



MIENTES TAN BIEN

Audrey Ferrer



MIENTES TAN BIEN

Audrey Ferrer

© Audrey Ferrer.

1ª edición, noviembre de 2018.

Diseño de cubierta e ilustraciones interiores: Alba Sáenz.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

SINOPSIS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

EPÍLOGO

APÉNDICE

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

*A mis padres,
unos veteranos en el arte de enseñar que la prioridad siempre es el amor
por los nuestros.*

*«Pues aunque fingirlo intenten,
la voz, la lengua y los ojos,
les dirá el alma que mienten».*

(La vida es sueño, Pedro Calderón de la Barca)

SINOPSIS

Matías, con su descaro, su sonrisa turbia y ese puntito canalla que lo delata, llega a una aldea casi deshabitada.

Necesita alejarse de uno de sus desastres.

Ya ha asumido que allí va a catapultarlo el aburrimiento, pero se equivoca: ese diminuto universo con habitantes singulares parece hecho a medida para sus calamidades. Entre los nuevos vecinos lo espera ella...

Tessa es dureza, vehemencia, desafío, irreverencia, pasión. La chica con gasolina en vena que uno desearía inflamar.

Ella luchará para alejarlo. Él batallará para conquistarla con sus versos teatrales y su ingenio. Pero no será sencillo... Ambos deberán aceptar que las guerras contra las mentiras que uno se cuenta están abocadas a rendirse en los labios ajenos.

¿Qué verdades y qué mentiras les pertenecen?

PRÓLOGO

Una mentira es el refugio oculto entre dos porqués.

Uno puede perderse eternamente entre porqués. Ahogarse en el oleaje de lo que no cuenta. De lo que teme. De las mentiras que comparte.

Pero en algunas ocasiones, ese refugio puede resultar en oportunidad.

Ese mediodía de abril, la oportunidad llevaba a un hombre de treinta y pocos hasta una aldea perdida entre montañas y más montañas. Sus tonos verdes, ocres y marrones se animaban bañados por el sol mediterráneo de un sábado cualquiera que lucha por la primavera. Artigas, la aldea, se acurrucaba entre ellos, abrazando apenas veinte casas de piedra y adobe, a alturas desiguales, que se fundían con el paisaje casi como si hubieran nacido de él.

Y sin embargo, el desconocido que conducía acercándose hasta ella solo alcanzaba a ver una agrupación de casas medio derruidas esperando un derrumbe próximo. Es lo que tiene la desgana: cicatriza los sentidos y los congela perezosamente; aunque el recién llegado intentara disfrazarla con su sonrisa insolente y se repitiera como un mantra que encontraría la forma de entretenerse allí el poco tiempo que durara su estancia. Tenía que hacerlo. Ya no le quedaban más armas para fastidiar su vida.

El sonido del coche no pudo pasar desapercibido en aquel lugar mudo que parecía sumergido en el cristal de una esfera decorativa con purpurina. Resultó una llamada para que dos figuras femeninas alcanzasen a ver, tras el resquicio libre de una cortina tintineante, el coche desconocido. No la furgoneta del panadero, ni la motocicleta del afilador, ni el resto de vehículos habituales de la gente del pueblo vecino. Un coche desconocido. Un posible peligro.

No necesitaron palabras. Porque el miedo, al contrario que la desgana, desorbita los sentidos y habla por sí solo, con un lenguaje rápido, a veces prematuro. Cada una de las dos hermanas habló con su miedo en esos instantes fugaces. Se miraron unos segundos, comprobando en los ojos de la otra que sabían qué hacer a continuación. Una de ellas cogió a su hijo, hasta ese momento absorto frente a la pantalla del televisor, lo aferró entre sus brazos y se perdió en el piso superior, agazapada con el cuerpo del pequeño fundiéndose en su terror, disimulando con palabras de cariño una normalidad imposible. La otra hermana siguió observando a través de la ventana el ascenso del coche por la cuesta. Su miedo le galopaba en el cuerpo, más aún cuando vio salir de casa la figura de su amigo para enfrentarlo por ellas. Se

apresuró a alcanzar el *walkie-talkie* y seguir observando desde la misma esquina de la ventana.

El sonido de la llegada del coche forastero había resultado ser también una llamada para el *sheriff*, que salió de una de las primeras casas nada más oír la primera alerta y se plantó en medio del camino, oyendo el crepitar de la gravilla que indicaba que el sujeto se acercaba peligrosamente. Se guardó el *walkie-talkie* en el bolsillo trasero del pantalón, demasiado viejo, demasiado roído, y adoptó una postura típica que había visto millones de veces en los *westerns* de la tarde. A simple vista cualquiera diría que parecía un poco nervioso por la responsabilidad, ¡pero cómo disfrutaba de su papel!

El recién llegado, que en un primer momento se había animado al comprobar que en aquel lugar dormido aparecía la silueta de un alma humana, tuvo que parpadear varias veces hasta corroborar que el tipo que se acercaba iba realmente vestido de *sheriff*. No eran alucinaciones propias de las horas de conducción, no. Había que joderse...

—Buenos días —saludó expectante.

El *sheriff*, por su parte, recitó las palabras que había repetido hasta memorizar.

—Buenos días. Control rutinario. Necesito su carnet de identidad y la razón por la que visita usted esta aldea abandonada. —Quedó orgulloso de su voz, había sonado autoritaria, y especialmente de su fluidez. ¡No se había enganchado ni una vez! De mucho habían servido los ensayos.

El desconocido arqueó una ceja, con la gracia característica de quien lleva toda una vida lanzando miradas burlescas. Se tomó un segundo para recolocarse en el asiento del coche, apoyando la espalda en una postura relajada, cruzó los brazos para disfrutar del espectáculo y viró la cabeza dejándola caer hacia el supuesto *sheriff* con socarronería. Y con esa actitud, esbozó una sonrisa tramposa que lo definía y que hubiera conquistado a cualquier amante del sexo masculino.

Gracias al universo, la aldea tenía la inmensa suerte de contar con un *sheriff* asexual.

—Por supuesto, *sheriff*. Le habla el comandante de la caballería.

Evidentemente, el *sheriff* no se creyó aquello, claro.

—Muy gracioso, pero a mí no me en-en-engaña, que ahora la caballería se llama Po-o-licía o Guardia Civil y-y-y llevan uniforme azul o verde. Ande, muéstreme el DNI. —Ay, ay, ay. Menos mal que había sabido contestar, porque se estaba poniendo nervioso con aquel guaperas con chupa de cuero negra.

El desconocido volvió a sonreír, suspirando.

—Claaaro, pero sí que hay *sheriff* en una aldea perdida de Castellón, ¿verdad? Y pretendes que te tomen en serio con ese disfraz... ¿Son carnavales en el pueblo? ¿Es esto una cámara oculta?

Ya lo sabía él, que el problema era el uniforme, y ya se había quejado, pero no había forma de encontrar otro más apropiado. Se sacó su amuleto y su tesoro máspreciado: la placa estrellada que le ofrecía su digno rango, y la plantó prácticamente en las narices de aquel gracioso. Se obligó a pensar en el siguiente paso del ensayado protocolo y recordó las palabras que lo acompañaban.

—Está usted en la zona independiente de Artigas, señor, y aquí soy la fuerza de seguridad y del orden. Así que, con su debido respeto y si no tiene nada que o-o-ocultar, no tendrá motivo para negarme su identificación.

—Debes de estar de coña. ¿No?

—¿Tanto le molestaría enseñarme su identificación? —El *sheriff* seguía recitando como un autómata todas las frases del protocolo.

El desconocido arqueó las cejas de nuevo y clavó sus ojos traviosos en aquel hombretón de uniforme que rozaría los dos metros de altura. Enjuto. Con un rostro peculiar de nariz prominente y orejas en exceso protagonistas. Le costaba entender lo que estaba ocurriendo, y sin embargo, le encontraba la gracia a aquel enclenque con los huevos suficientes como para ir vestido de aquella guisa y detenerse frente a su coche. Ladeó la cabeza y se palmeó la mejilla con varios toques, tratando de esconder su risa y meditando la respuesta... Decidido: no se le daba muy bien repensar y total, no perdía nada mostrándole su DNI, así se apiadaba de aquel personaje que parecía en apuros, sudando a mares. Parecía inofensivo, así que tomó su identificación de su cartera con parsimonia y lo mostró al agente. Eso sí, sin dejar que se lo arrebatara de entre sus dedos.

El *sheriff* lo inspeccionó, y anotó en su libreta el nombre y apellidos del desconocido, así como su lugar de procedencia. Le costó un poco concentrarse, vaya, porque el guaperas no dejó de sonreírle, guasón. Daba igual. El desconocido no era el sujeto peligroso.

—¿Todo claro, agente? —El recién llegado empezaba a agotarse con aquella pantomima.

—¿El motivo de su visita?

—Vacaciones.

—¿Sabe usted que en esta aldea no hay nada turístico que ver?

El desconocido contuvo una sonrisa, apretando los labios.

—Son unas vacaciones para... descansar, desconectar.

—Esto es una aldea, aquí no hay hostales, ni hoteles...

—He alquilado una casona, no hay problema. —El visitante demostraba paciencia y sentido del humor dada la situación, aunque no entendiera nada de aquello.

—U-u-usted verá, pero yo le advierto de que es una aldea con dos calles, y ahora mismo, solo estarán ocupadas unas siete casas.

—Nunca me había encontrado a un agente que denostara tanto su pueblo, con el debido respeto, *sheriff*. —El recién llegado tuvo que ponerse la mano frente a los labios para no revelar las risas que se le escapaban.

—¿Que quééé? —Por la cara del agente, quedó patente que no había entendido qué había querido decir.

—Denostara: significa «denigrara, ultrajara»...

El *sheriff* pareció ponerse más nervioso, y el desconocido entendió que seguía sin comprenderle, así que se compadeció de él y siguió con aquel juego.

—Significa «insultar», más o menos —volvió a aclarar.

—No-no-no-no. De insultar nada, que yo soy el *sheriff*. Mi trabajo es mantener la se-seguridad de la gente de Artigas. Cuanta menos gente nos visite, mejor hago mis fun-funciones.

La carcajada del desconocido resonó entre el silencio sepulcral de aquella tierra.

—¿Algo más..., agente?

El *sheriff* repasó mentalmente todos los protocolos y no encontró nada más que decir, así que retrocedió hacia el arcén para dar paso a aquel magnífico vehículo y se despidió del visitante.

—Nada más, lo estaré vi-vi-vigilando.

—No lo dudo. —Y llevándose los dedos índice y corazón a la frente, le dedicó un saludo que al agente le pareció un poco chulesco, pero que después estuvo practicando él mismo durante unos segundos, mientras observaba el coche subir la cuestecita que lo llevaba al resto de casas de la aldea.

El recién llegado reemprendió su camino aún pasmado por lo que acababa de pasar, sin dejar de seguir los movimientos del *sheriff* por el espejo retrovisor.

Por su parte, este sacó su *walkie-talkie* para dar la señal que anunciaba que todo estaba bajo control.

—Aquí el *sheriff* informando a torre de control. Aquí el *sheriff* informando a torre de control. —¡Amaba esa parte de su trabajo!

—Aquí torre de control recibiendo a *sheriff*.

—Sujeto identificado. Arrenda-da-da-tario de la casa de los Beltrán. Repito: sujeto identificado, arrendatario de la casa de los Beltrán. No hay peligro aparente. Repito: NO-HAY-PELIGRO-APARENTE.

—Recibido, *sheriff*. ¿Por cuánto tiempo se queda?

El *sheriff* titubeó.

—No lo sabe.

—¿Viene solo?

Más titubeos.

—No he visto a nadie más en el coche. —Pero lo cierto era que había olvidado preguntarlo.

—¿Por qué viene solo a una casa rural?

—... No lo sé. —Un extraño sentimiento perforó el pecho del *sheriff*. Sintió que había olvidado todo aquello. No quería decepcionar a su «torre de control» y única amiga.

Para la chica y «torre de control», sin embargo, no había hueco para la decepción entre aquella calidez cargada de agradecimiento y admiración que se extendía hacia su amigo cada vez que realizaba esos gestos. Aunque en esos momentos tan solo pudiera pensar en el forastero que acababa de aparcar el coche delante de la replaceta de la primera calle, a unos metros de su casa.

—Está bien, *sheriff*, lo has hecho muy bien. Seguimos con el protocolo, voy a salir. Cambio y corto.

—Recibido.

El recién llegado había salido del coche echando un fugaz vistazo panorámico a su alrededor. Cerró con firmeza la puerta de su vehículo y, tras estirar un poco las piernas, dio unos pasos buscando cobertura. Los ojos de la chica analizaban cada movimiento. Desde la casa no podía ver el rostro masculino, pero se adivinaba su figura proporcionada, el aplomo en sus movimientos, la elegancia de su ropa... Y la brisa le trajo retazos de sus maldiciones por la falta de señal en su teléfono.

En la versión objetiva de los hechos, tan solo ocurrió que un desconocido llegó a una aldea casi deshabitada. Nadie los avisó de que la objetividad también se refugia en los ojos de quien la mira, ni de que aquella llegada iba a alterar fulminante e irremediabilmente las vidas de todos ellos.

1 MATÍAS

«*Quien piensa que huye el riesgo,
al riesgo viene*».

(*La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca)

Mi concepto de normalidad por aquel entonces ya era bastante flexible, de otra manera no habría podido convivir conmigo mismo durante esos treinta y tres años. Y aun así, no pude calificar mi llegada a la aldea de otra forma que no fuera... extravagante. ¿Un *sheriff* en una aldea perdida de Castellón? ¿Qué acababa de pasar? Había dejado a aquel tipo atrás, hablando por teléfono. ¿Carnavales? ¿Cámara oculta en diferido? ¿Enajenación? ¿Ganas de tocarme los cojones?

Ni puñetera idea, pero me había echado unas risas, y lo primero en lo que pensé tras salir del coche fue en desentumecer mis músculos después de la paliza de viaje, asegurarme de que mi ropa era adecuada por si acababa saliendo en una de esas estúpidas grabaciones de *Inocente, inocente* (en la que me aseguraría de exhibir una sorpresa creíble y una actitud sugerente) y, por último, en llamar a mi amigo para preguntarle si sabía de qué iba aquello.

Pero no tenía cobertura. No tenía cobertura. Ni unos metros a la derecha ni a la izquierda. ¿De verdad existían los lugares sin cobertura? Joder. Hasta ese momento había pensado que era una burda excusa que la gente ponía cuando se iba de fin de semana para follar, pero no. Cuando anduve varios metros en busca de señal y no la hallé, me convencí de que aquello me estaba ocurriendo. A mí.

Estaba claro que mi amigo Julián sabía adónde me enviaba. Al puto fin del mundo. Menudas vacaciones.

—No hay señal, no hace falta que busques. —La voz femenina me llegó nítida y firme desde mi espalda.

Al volverme, me sorprendió una joven de aspecto dulce, en total contradicción con su tono. Se cuadró delante de mí con su delicada pero rígida figura; su larga, lisa y oscura melena ondeando cual bandera. Tez pálida pero mejillas sonrosadas. Los ojos más bonitos que me habían taladrado jamás, y

eso que tenía un buen arsenal de recuerdos de miradas femeninas asesinas, pero sí, estos se llevaban el premio por la intensidad... y por su color verde grisáceo, casi transparentes, como su actitud.

—¿No hay cobertura? Tienes que estar de coña. —Ella no había sido delicada, así que yo también podía exponerme sin dar rodeos. Seguí moviéndome concentrado en el móvil, esperando que desapareciera la maldita pantalla de llamada al 112 y tuviera una mínima señal de vida inteligente. Pero no.

—Aquí no llega la señal, pero en el pueblo que has dejado atrás tendrás cobertura. Y hostales, casas rurales, hoteles, paseos a caballo... y wifi —esto último lo dijo como si fuera un niño pequeño al que le señalaran una maldita casa de los caramelos. Vaya, vaya con Miss Simpatía. Una clara invitación para largarme de allí. La segunda, para ser más concretos, en menos de tres minutos.

Me miré las pintas por segunda vez, asegurándome de que había tenido un día acertado o esperando encontrar algo fuera de lugar que me indicara por qué trataban de ahuyentarme. Había que joderse, el otro iba vestido de *sheriff*, ¿y me querían echar a mí? Nunca habían querido darme la patada antes de conocerme. Aquello era insólito. Estaba más bien acostumbrado a levantar pasiones; quizá después de conocerme las cosas se pusieran feas, pero de primeras... nunca. Atrajo mi total interés.

—¿En qué estaría pensando? Pero si yo venía a desconectar y desintoxicarme de esta vida viciosa... Este lugar será perfecto. Soy Matías, Matías... Ballesteros. —Le tendí la mano sonriendo, provocador.

Pero Miss Simpatía captó mi tonito irónico y ni siquiera hizo ademán de querer acercarse. Metió sus manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, calibró un poco el peso de sus piernas y me lanzó un mensaje que interpreté como: «¿Te crees que me importa? ¿Te he preguntado por tu nombre acaso?».

Me gustó.

Me gustó aquella ausencia de hipocresía. Su porte combativo.

—Mira, no quiero resultar grosera, pero creo que te has equivocado de sitio. Aquí no solemos recibir visitas. Apenas somos un puñado de vecinos. No hay bar, ni tiendas. La gente que visita la zona se aloja en el pueblo; te puedo dar varias direcciones si quieres alquilar una casa allí por un tiempo.

Aún me resultó más interesante ese empeño por deshacerse de mí. Y gracioso. ¿Hasta dónde llegaría si la empujaba un poquito más?

—Chica, tienes que mejorar tus dotes interpretativas. Mientes de puta

pena: te importa un rábano resultar grosera o no. —Me crucé de brazos esperando su reacción.

Ella se limitó a apretar los labios, dejó escapar un suspiro contenido, y achicó los ojos como si estuviera tratando de dilucidar a qué estaba jugando. O fijar su objetivo de tiro para vaciar el cargador.

—Mira, en eso te voy a dar la razón, no me importa una mierda cómo te resulte.

¡Ja! Lo había intuido. Menudo carácter. Era bueno leyendo personas, emociones y vidas, porque me dedicaba a reproducirlas. Por eso supe apreciar la lucha en su postura dura. Su figura como un bloque inamovible. Aquella energía que fluía a través de ella y me llegaba como un eco encendido de tambores de guerra. La chica con gasolina en vena, que podía estallar con un solo chispazo.

Recordé las enseñanzas de la academia: «Encuentra qué subyace detrás de cada comportamiento y situación si quieres llegar a descubrir cómo lograr una interpretación exacta, lógica y precisa. Trabaja desde el interior al exterior».

El interior de esa mujer estaba luchando. No sabía contra qué o quién. No sabía los porqués. Pero de repente me interesaban, quizá porque yo hacía tiempo que había perdido la pasión que encendía cualquier lucha. Y la admiré a ella por conservarla con tanta intensidad.

—Tranquila, supongo que se os han quedado atrofiados los modales por falta de uso. Dime, preciosa, ¿desde cuándo no veis por aquí a un humano? Debe de ser duro, ¿eh? Bueno, pues como puedes comprobar, tu especie ha mejorado bastante las habilidades sociales desde el último contacto que tuviste.

Sus ojos me perforaban elegantemente, en una advertencia silenciosa, que a mí me deleitó aún más. Tenía fuerza en la mirada. Tensión. Garra. Todos los cristales del mundo en sus ojos. Magníficos y peligrosamente punzantes. Pero se controlaba; los segundos de espera no hacían más que confirmarlo.

—Supongo que tienes razón. No queremos herir tu sensibilidad; el pueblo te queda a dos minutos. Buen viaje.

Combativa. Impulsiva. Salvajemente honesta. Una excepción, una preciosa excepción envuelta en un exterior de labios afresados y esculpidos, y mirada invencible.

—Cielo, necesitáis urgentemente un técnico en turismo. ¿Por qué tanto interés en espantar a las visitas? Primero el del disfraz de *sheriff* y ahora tú. ¿Qué pasa? ¿Tenéis por aquí una plantación de marihuana que intentáis

esconder? —Puso los ojos en blanco y volvió a entrecerrarlos. Supuse que, de haber sido un muñeco de práctica de tiro, no me quedarían centímetros disponibles. Mi sonrisa parecía animarla más a ello.

—Lamento decepcionarte, pero no hay plantación. —Siguió erguida, con la postura alerta. Contenida—. No es que tengamos ningún interés en ahuyentar a la gente, pero las casas de la aldea no están preparadas para albergar a turistas. Si buscas un sitio tranquilo, puedo indicarte otros pueblecitos pequeños y cercanos en los que encontrarás más comodidades. Mira bien a tu alrededor. —Desvió ella misma la vista hacia las casas sin tejado, hacia el abandono—. ¿Qué desearías de aquí?

Estuve a punto de aplaudir. Cuadrados. Había que tener los ovarios cuadrados para seguir insistiéndole a un extraño en que sus vacaciones en aquel montón de piedras eran peores de lo que él imaginaba. Pero no podía decirle que no había sido un destino elegido, sino impuesto. Ni que su actitud me estaba despertando las primeras ganas de quedarme.

Me vinieron a la cabeza unos versos de *La vida es sueño*, y respondí con ellos, porque la ocasión lo requería. Y porque responder interpretando es uno de mis mejores recursos, para ligar, para enfadar, para lucirme, para escaquearme y en esa ocasión... para incendiar a la chica de gasolina. Con aquello imaginaba que me acercaría peligrosamente a su umbral de explosión, así que rescaté mi mejor tono sensual y dejé que mis labios le susurraran mientras mis ojos la envolvían:

—«*Cada vez que te veo,
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo*».

Se produjo una pausa fugaz. Un segundo de desconcierto. El efecto de la magia teatral.

—Genial. Un pirado insoportable que quiere quedarse... —Arqueó los ojos y yo tuve que reír ante su incendio.

—¿Ves? Esa reacción es más natural al conocerme, creo que el resto ha sido un poco precipitado.

Me perdí su réplica, porque una señora mayor salió de la primera casona, alborozada, secándose las manos con un delantal, junto al individuo disfrazado de *sheriff*.

—¡Oh, Tessa! ¡No me digas que ya está aquí el chico que esperábamos! He escuchado el coche, pero me habéis pillado amasando y no podía salir. —Su

tono era dulzón y tenía una cadencia melódica que pronto descubriría que era típica de aquella tierra—. Yo soy Otilia. Los Beltrán nos dijeron que habían alquilado su casa y me pidieron que me encargara de dejarla a punto para hoy.

Le tomé la mano para besarla, como un auténtico caballero de antaño, gesto que provocó un bufido de la joven (delatada como Tessa), un suspiro de doña Otilia y mi total diversión. El falso *sheriff* se posicionó al lado de la chica, intercambiando unos breves cuchicheos.

Bueno, bueno..., quizás ni la cobertura ni el wifi fueran tan necesarios, finalmente.

—Encantado de conocerla, doña Otilia; yo soy Matías.

—Uy, uy, uy. Doña no, por favor, con Oti bastará, y háblame de tú. —Y esa sonrisa bajo la nariz y su rubor me señalaron que ya tenía una fan más—. Como no sabía si habrías previsto que no hay tienda de ultramarinos aquí, y por si era demasiado tarde para ir al pueblo, me he tomado la libertad de hacer algunas compras y dejarlas en tu nevera.

—Muchas gracias, Oti. Veo que eres imprescindible en la aldea.

La aludida volvió a sonrojarse, y la joven me demostró que tenía el movimiento de arquear los ojos perfectamente sincronizado con mis palabras.

—Hijo, no te creas, es que aquí nadie puede ser prescindible porque somos apenas ocho personas. A Tessa ya la conoces; luego está su hermana Sonia, y el pequeño. Mi hijo Ben, al que ya habrás conocido en la entrada; Ricardo y Mariana, que viven en aquella casa, y su hermano, Humberto, y deja ya de contar. El resto viene esporádicamente.

Maldito Julián y toda su estirpe. Me había mandado al culo del mundo.

—Justo es lo que estaba buscando. Un lugar tranquilo para relajarme —mentí con desparpajo.

—El bisnieto de Beltrán nos dijo que eras artista. —No se me escapó la sed de información que demostraba Otilia.

Me entró la risa floja. Artista. Ya no sabía qué puñetas me quedaba de artista. Ni del resto.

—Sí, bueno —carraspeé—, soy actor.

—¡Actor! ¿¿Sales en la tele??

—No, bueno, soy actor de teatro. Pero ahora... necesito un tiempo para... reinventarme.

Sí, aquello nadie lo dudaba, espectáculos daba hasta aburrir. O mejor, hasta que me desterraban a la montaña de Heidi sin cobertura. Me guardé las manos en los bolsillos de mis vaqueros y llevé la vista hacia las montañas,

deseando que no me formularan más preguntas sobre aquello.

—Eso está muy bien, hijo. Estás en el lugar perfecto. Todo el mundo prefiere el pueblo, y aquí no suelen subir. ¡Así que nosotros, encantados de tener compañía! —Su entusiasmo resultaba casi contagioso. Casi, porque a Miss Simpatía no le llegó.

—Precisamente de eso mismo se estaba quejando Tessa hace un momento, de la falta de visitas por aquí.

Otilia captó mi sarcasmo, y su mirada pasó a ser sutilmente recelosa. Tan solo un especialista en comunicación no verbal como yo lo podría haber advertido.

—Bueno, a Tessa y su hermana no les gustan mucho los desconocidos, pero estoy segura de que pronto nos acostumbraremos todos. Por cierto, ¿te he dicho ya que Ben es mi hijo? —El cambio de tema confirmó mis sospechas.

—Sí, nos hemos conocido hace unos momentos... en un control rutinario, ¿verdad, *sheriff*? —pregunté con cautela, esperando unas risas o cualquier aclaración sobre aquel disparate, pero su respuesta me dejó más perplejo.

—Sí, se toma muy a pecho su puesto y nuestra seguridad. —Sonrió doblemente orgullosa.

—Matías me de-decía que mi uniforme no era real. —La voz de Ben de repente me resultaba más insegura, como si se hubiese desinflado en el intercambio anterior.

—¿Qué sabrá él de uniformes? —replicó Tessa derribándome con su mirada—. Ni caso, Ben, tú, ni caso.

—Bueno, bueno, que no llegue la sangre al río. Es normal que lo pensara si no está acostumbrado a encontrarse con *sheriffs* —terció Oti con gesto comprensivo.

Vale, entonces la locura del *sheriff* era apoyada por todos si aceptaban aquello. Quizás era genético o hereditario porque todos compartían lazos consanguíneos. A veces esas cosas pasaban: si no había mucha gente, se casaban entre ellos. Igual a todos se les iba la olla un poco. ¿Había sido capaz Julián de mandarme a una aldea de chiflados? Visto lo visto..., igual sería más animado así; al fin y al cabo, no parecía que hubiera mucho más con lo que entretenerse.

—También me ha dicho que él era comandante de-de-de la ca-caballería, pero lo he pillado.

Vaya con el *sheriff* chivato.

—Lo has hecho muy bien, Ben, pero que muy bien. El actor es un

graciosillo. —Una bomba aterrizando sobre el pobre muñeco de tiro con mi cuerpo y cara, lanzada desde el mismísimo infierno en los ojos de la chica de gasolina.

—Pensaba que estaba de broma, y me he limitado a seguirla —me defendí, palmeándome la mejilla y enmascarando una risa inoportuna.

Aún no entendía muy bien qué pasaba allí, pero tenía ya leves sospechas. Ben parecía un niño grande, al que todos estuvieran apoyando en aquel papel de *sheriff* adulterado. Sin embargo, seguía percibiendo que me perdía algo más. Un buen actor distingue la falta de correspondencia entre la conducta, las palabras y las emociones. Y yo apreciaba esa desconexión en Miss Simpatía y las situaciones que acababa de vivir.

—Por supuesto. Creo que todos haréis buenas migas, tendréis la misma edad —Oti parloteaba embalada, con poco contacto ocular en la primera parte del mensaje y nerviosismo en sus movimientos cortos. No, no parecía una locura compartida..., trataban de esconder algo—. ¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

Ya lo había preguntado. La chica arrugó la nariz intentando ocultar una pequeña sonrisa que me encantó adivinar.

—Oti, a ti te cuento lo que quieras. Tengo treinta y tres.

—¿Ves? A ojo de buen cubero lo he adivinado. Ben tiene treinta y dos. Tessa, veintinueve; congenian de maravilla. Ya verás qué bien estaréis. —Miss Simpatía se cruzó de brazos y lanzó una mirada incrédula que me hizo sonreír de nuevo.

Pensaba proseguir con mis intentos de sacarla de sus casillas, pero pronto me demostraron que en aquel sitio un simple visitante era fiesta local, porque de entre la montaña aparecieron tres abueletes con sus boinas, sus garrotes y sus pasos vacilantes para contarme sus vidas, iniciar una batería de preguntas y acabar abrumándome.

Humberto era viudo, un antiguo pastor, ya jubilado, con mofletes y sonrisa fácil medio desdentada. Mariana y Ricardo, por su parte, resultaban una pareja más bien contradictoria: ella podía competir con los investigadores más famosos por su habilidad para preguntar casi sin necesitar respirar. Él asentía y observaba.

Otilia me cogía del brazo como si quisiera demostrar al resto de vecinos que era su gran descubrimiento. Y la chica de la mirada asesina contemplaba la escena como si aquel ritual de bienvenida fuera muy habitual.

—¿Te gusta el dominó?

—Ehh, creo recordar que sí —respondí lacónico.

—Bien, aquí jugamos al dominó todas las tardes. En casa de Ricardo. Cuando hace buen tiempo, sacamos la mesa a la calle.

—Y al mus. También jugamos al mus —apuntilló Ricardo.

—Por las mañanas estiramos un poco las piernas, recorremos este tramo varias veces. Hoy, como es sábado, hemos bajado a por agua a la chopera. Es totalmente potable, puedes coger cuanta quieras.

—También jugamos a la petanca.

Me pareció el infierno. El maldito infierno.

La chica de la mirada asesina se marchó complacida. Se alejó sin formalismos. Sin excusas ni despedida. Con una sonrisa tramposa que me retaba a no salir corriendo de allí en las próximas horas, se adentró en una de las pocas casas con tejado y las ventanas sin tapiar, seguida por el *sheriff*.

Se me quedó en el cuerpo la extraña sensación de quien pierde la oportunidad de decir algo importante. Pude espiar de reajo su trayecto mientras los allí presentes me relataban sus rutinas, curiosidades del pueblo, la vida de sus padres, su infancia y, si me despisto, también la historia medieval del sitio. Vale. Lo había pillado. Pueblo de pastores. Despoblado ahora. Todos muy tristes porque la gente joven lo abandona. Aldea condenada a desaparecer.

Me sentía como un simple macho reproductor a la vista de ocho ojos que tenían la esperanza de que me quedara allí y tuviera una manada de cachorros para salvar la natalidad y la aldea. Pues andaban listos. Pero como buen artista que era, fingí escucharlos y dejé la puerta abierta a que aquella vida aislada acabara gustándome.

Los vecinos siguieron demostrándome que no tenían nada mejor que hacer además de acompañarme a la casona que había alquilado. No tenía pérdida. La aldea estaba formada por dos caminos irregulares y estrechos, empinados y atacados por hierbajos demasiado altos: el camino de Arriba y el camino de Abajo. Me reí, pero no. No era broma. Esos eran los nombres. Funcionales, eso sí.

Mi casa, mi nueva condena, mi cárcel sin wifi ni televisor, estaba en el superior. Se llegaba a ella saliéndose de la calle de Arriba y sorteando unos escalones trabajados en la misma roca de la montaña que por poco se cargan a mi pelotón de bienvenida. Quizá le hubiera encontrado el romanticismo si hubiera ido a pasar unos días con alguna amiga especial, pero en aquel momento lo concebí como un destierro demasiado rotundo.

La casa era tan limpia, grande, fría y... rural como me había imaginado. Mucha madera. Mucha cortina de ganchillo. Mucha piedra. Y chimeneas de las que funcionaban con troncos verdaderos de los que hay que estar pendiente todo el santo día, no de las que las imitan pero funcionan con electricidad; esas no habían llegado a Artigas ni a mi casa en la calle de Arriba. Tuve la sensación de que había retrocedido hasta 1960. Y la sensación se convirtió en certeza cuando Otilia me presentó... la cocina de gas (¿aún existían?). Ni rastro de microondas, ni lavavajillas, ni vitrocerámica. ¿La única ventaja que encontré? La panorámica de las ventanas, con sus vistas infinitas a las tierras desoladas; al pequeño campanario del pueblo vecino, que se mantenía erguido solo por orgullo, y al porche posterior de la casa por la que había visto perderse a Miss Simpatía...

Cuando al fin me quedé solo en la casa, salí a buscar la piedra sobre la que me habían indicado que, en ocasiones, y solo en ocasiones, era posible encontrar un poco de cobertura. Y llamé al culpable de mi ostracismo. Al menos en eso tuve suerte, porque pillé una rendijita de señal.

—¿Ya has llegado? —Al grano, como siempre. De fondo escuchaba los sonidos cotidianos de los ensayos, y admito que se produjo una pequeña explosión de angustia en mi pecho. Porque yo quería estar allí, siendo otro sobre las tablas del escenario, dedicándome a lo único que se me daba bien.

—Sí. ¿Has estado aquí, tío? ¿Sabes cómo es esto?

—No, pero me han hablado de ello. Marcela estuvo allí unos meses, cuando estaba embarazada.

—¿Y qué pretendía, someter al bebé a una tortura por aburrimiento? Te lo voy a resumir: dos calles, sin cobertura ni señal wifi; de hecho para hablar contigo estoy en lo alto de una roca haciendo equilibrios absurdos...

—¿Para qué quieres wifi y redes sociales? —me interrumpió—. Es mejor que te mantengas alejado; ya nos conocemos y sé lo que te deleita contestar con *memes* de los tuyos. Después nos dicen que no te tomas nada en serio y lo empeora todo.

—En mi defensa diré que yo solo me dedicaba a responder cuando escuchaba pestes sobre mí. Además, me lo curré: buscaba los mejores *gifs* y creé *memes* dignos de premios. Pero es que hoy en día mi inventiva y humor creo que son ingeniería artística para sus pobres mentes cuadriculadas. —Se me dibujó sola una sonrisa descarriada al recordarlo.

—No, Matías, lo que pasa es que se te olvida que no cabe el humor cuando tus últimas cagadas han afectado hasta tal punto a tu imagen profesional que

solo te han dejado dos opciones: quedarte y hundirte con todo el equipo, o alejarte e intentar que un tiempo prudencial entierre tus errores lo suficiente para que vuelvan a contar contigo sin reticencias. ¿Entiendes?

Tenía razón, pero ni loco lo reconocería. No me interesaba volver a esa charla.

—Vale, dejemos entonces el wifi. Pero ¿sabes que son apenas ocho vecinos, que parecen todos chalados, que incluso creen que existen los *sheriffs* y que la media debe de andar por los setenta años? Encima, la única chica que he visto tiene instintos asesinos hacia mi persona... Eso sin conocerme, imagínate cuando lo haga. ¿No había nada más solitario?

—Me dejas más tranquilo; debes de sentirte como en casa, en tu salsa. Por cierto, aléjate de la chica y céntrate en ti, que ya sabemos cómo acabas. Te enamoras perdidamente, la pifias, las pierdes, te emborrachas y empieza la hecatombe.

Había dos teorías sobre mi mala racha (que se resumía en un número indecente de amores perdidos, fiestas nocturnas, dinero malgastado, resacas famosas y decepciones profesionales). La primera teoría consistía en pensar que era un artista ebrio con las entrañas borrachas de arte incomprendido por esa sensibilidad melancólica y la libertad de horarios y costumbres asociados a la profesión. La segunda me convertía en un casanova frustrado en una búsqueda eterna de amor. Julián era partidario de esta última.

Porque sí, había que reconocerlo, me había enamorado como un quinceañero, cuando tocaba. Y había tocado a menudo. Ni miedos al compromiso ni mierdas de esas. Yo me enamoraba del amor y de todo lo que cupiera en él. Me enamoraba a rabiarse, como forma de vida. Y cuando llegaban los problemas, el amor se extinguía y rabiaba... hasta el siguiente. Eso sin contar con que mi forma de querer era poco ortodoxa, porque mi primer amor era siempre el teatro.

Ninguna

teoría

era

la

acertada.

Nadie adivinó mis problemas con los miedos que habían ido creciendo poco a poco y en silencio, desde mi cabeza hasta los pies anclados al escenario, paralizándome casi por completo. ¿Quién podría haberme atribuido miedo escénico precisamente a mí? ¿A qué actor le hubiera interesado

confesarlo?

Me había apasionado la actuación, hasta que había llegado el pánico. Hostia. Daba risa. Actuando desde hacía más de diez años y de repente tenía un miedo de cojones a salir al escenario. De repente, no: desde que los papeles se habían vuelto relevantes, desde que las expectativas puestas en mí parecían excesivas. Y entonces había descubierto que beber un poco de *brandy* antes de la actuación me ponía a punto de caramelo. Y después necesité el *brandy* también para los ensayos finales. Hasta que había aparecido como una cuba en un estreno. Desamores y fracaso profesional. El resumen era mi coche llegando a una aldea incomunicada y mustia.

—Voy a tenerlo francamente difícil para todo, así que puedes estar orgulloso de ti mismo. La chica ya me desprecia y no hay ni tienda ni bar; tengo que bajar al pueblo para todo, repito, para TODO. Y el pueblo está cerca, pero vaya, que hay que pensárselo para coger esa carreterita borracho...

Escuché un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—Eso es lo que pretendía, Matías. Que te lo pienses mucho todo.

Chasquéé la lengua. Dolía. Lo que más me pesaba era haber arrastrado a mi compañía con ello, haberles fallado. Por eso no había tenido más remedio que hacerles caso cuando mi segunda familia, mis compañeros, se habían plantado en mi casa para pedirme que me alejara un tiempo de todo. Era lo mejor para la obra, para que mi imagen no la ensombreciera más. Era lo mejor para ellos, que no tendrían que estar preocupándose por mi mala vida. Desde su punto de vista, también era lo mejor para mí, que tenía que «reencontrarme».

—No vamos a discutir de nuevo. Relájate. Haz deporte. Lee. Cuídate. Yo, mientras, intentaré sacar adelante tus marrones. —No lo culpé por las palabras. Las palabras habían llegado a resultarme inmunes.

—¿Cuánto tiempo habéis pensado tenerme aquí confinado?

—Mira, Matías, creo que no lo estás entendiendo. Nosotros no confinamos a nadie. Esto no es un castigo. Tú no eres un niño pequeño. Si quieres, te vuelves. Nadie te obliga a nada. Si estás allí es porque pensamos que es la mejor opción. ¿Hasta cuándo? Pues hasta que todo vuelva a la normalidad por aquí y pueda volver a colarte en algún proyecto o hasta que tú te centres, yo qué sé. Mientras, ¿sabes qué haría yo?

—¿Coger unas vacaciones de infarto?

Otro resoplido.

—Llevas varios años de vacaciones, Matías. —Su voz sonó cansada—.

Mira, tengo que colgar. Ya iremos hablando.

Algo se removió dentro de mí. Julián era mi mejor amigo, casi un mentor, y se ocupaba de mí como de un hijo. Exagerado y paternal en exceso, pero con buenas intenciones. Ya lo había cabreado suficiente.

—Venga, dime. ¿Qué es lo que harías tú mientras tanto?

Escuché de nuevo el aire expulsado de sus pulmones, y lo imaginé cerrando los ojos unos segundos con fuerza, como solía hacer cuando lo martirizaba.

—Empezaría de cero. Allí nadie te conoce. No hace falta que sigas imponiéndote el papel de que todo en la vida te resbala.

Ya. Bueno. El problema era mucho más serio que eso. El puto problema era que ya todo me resbalaba. Ojalá hubiera estado interpretando un papel. Ojalá que mi desapego y mi indolencia fueran una de mis brillantes actuaciones más. Sin el teatro, todo me producía desgana. Era un hombre sin propósito, sin motivo y sin porqués por los que batallar. Nada me importaba lo suficiente como para sacrificar mucho.

—Bien, escucha, te iré llamando yo cuando pille cobertura en el pueblo.

—Descuida. Y recuerda, por lo que más quieras: NO-LA-CAGUES —enfaticó.

Pero todos sabemos que cuando el mundo te pide tantas veces que no la fastidies, el mensaje que tú recibes es que es inevitable que, antes o después, vuelvas a fastidiarla.

Y

eso

fue

exactamente

lo

que

hice.

2 TESSA

«¿Por qué tus ojos traidores con los míos se fundieron?»

(*Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,*
Federico García Lorca)

Mi hermana Sonia me escudriñó durante todo el desayuno de aquel domingo. Notaba sus ojos posarse en mis manos mientras untaba la mantequilla en el pan; en mi boca cuando bebía a sorbos el café; en mis ojos perezosos, que habían pasado una noche inquieta por culpa de esa nueva presencia con la que teníamos que contar en la aldea desde el día anterior.

—Estás muy rara desde ayer —apuntó finalmente.

Me centré en las migajas que caían dibujando constelaciones sobre la mesa de la cocina.

—Mira quién fue a hablar... —Mi voz aún sonaba soñolienta, como si advirtiera la charla y no quisiera despertarse.

—Pero yo soy la miedosa siempre. Y en cambio tú... esta vez estás rara.

—Tengo sueño.

—No. Te noto como dispersa desde ayer, desde que volviste a entrar en casa después de que apareciera. ¿Por qué no hablas claro? ¿Por qué no me dices qué te parece?

—No era lo que esperaba. Solo eso.

—¿Crees que...? ¿Crees que...?

—No. No —fui rotunda—. No creo que tenga nada que ver, no creo que haya ningún tipo de relación. Simplemente no sé qué hace aquí. —Levanté los hombros y suspiré, poniendo cara de rancia—. No es el perfil habitual de gente que viene de visita. Me ha extrañado.

—¿Seguro?

—Ya te lo dije. Madrileño. Actor de teatro. Viene para reinventarse, ya sabes, la nueva moda. ¿Qué relación pueden guardar? —Era una pregunta retórica, más una afirmación que una cuestión en sí—. Ya nos lo avanzó Beltrán, no hay de qué alarmarse. Dijo que tenía buenas referencias, y que era gente corriente y decente.

Aunque yo no hubiera visto nada de corriente ni de decente en aquel tipo. ¿De ahí nacía mi intranquilidad?

Matías era... REVOLUCIÓN.

Fue una certeza instantánea. Lo llevaba escrito en sus ojos oscuros, que sabían mirar a los míos directamente, sin filtros, sin vergüenzas. Lo habían gritado sus labios, demasiado apetecibles, enmarcados en una barba de días que pretendía parecer descuidada. Esos labios provocadores que dejaban escapar palabras tan claras como inadecuadas para un recién llegado. Lo leí en su pelo, desmañado, oscuro, que señalaba una dejadez fingida para un tipo que lucía chupa de cuero, suéter invernal y pantalones negros rasgados con botines del mismo color.

No, Matías no tenía nada de corriente ni decente. Ese hombre tenía un puntito canalla, y lo sabía llevar.

Con una mera conversación había conseguido alterarme, y no era algo que yo me pudiese permitir si no quería enzarzarme en un conflicto más, así que había luchado para alejarlo, para gritarle con mi cuerpo entero y todas las palabras permitidas que no era bien recibido. Pero no había tenido efecto alguno, y si lo tuvo, fue el contrario al deseado, porque me pareció percibir que nacía un brillo travieso en su mirada ante el desafío. Un brillo inmutable que quería quedarse.

Si algo había aprendido de ese primer encuentro con el chico de los ojos avellana, la sonrisa turbia y la altura de un modelo de revista, era que con él no funcionaba lo que resultaba útil con el resto del mundo. Matías seguiría sus propias reglas.

Así que lo había plantado en aquella placeta cercado de vecinos detectivescos antes de enfurruñarme más. Quedé más tranquila al percibir cierto hastío en él: si teníamos suerte, veríamos desaparecer ese coche los próximos días, para no volver a verlo. Jamás.

—¿Y entonces qué es lo que no te cuadra? Seguro que entre Ben y tú lo acorralasteis. —Sonó a reproche, y no me sorprendió porque, a pesar de todo, Sonia no aprobaba nuestras tácticas.

Tuve que pararme a reflexionar unos instantes la respuesta.

—No parecía saber adónde llegaba... No sé. Si planeas una escapada para «reinventarte» —copié el gesto de las comillas con las manos—, imagino que sabes adónde vas. No es un secreto que aquí no hay nada, y él no parecía muy convencido. Era... como si hubiera llegado aquí por accidente. ¿No es extraño?

—Creo que le damos demasiadas vueltas, Tess. Vendrá a buscar inspiración. ¿Te acuerdas de aquel filósofo que vino hace dos años para escribir su ensayo? O aquella bailarina que se quedó unos meses durante su embarazo.

—Es que no tiene pinta de nada de eso. Esperaba a un montañista, o a un naturópata de esos, yo qué sé...

«Lo que nunca me hubiera esperado encontrar en una aldea olvidada en los mapas era a alguien capaz de erosionar mi desidia». Pero eso solo pude admitirlo en mi cabeza, porque suponía aceptar que aquel encuentro había escrito en mi piel un lenguaje nuevo.

—¿De qué tiene pinta, entonces?

«De rompecorazones, de gamberro exótico, de canalla, de pirata urbano, de príncipe oscuro».

—Si no se larga antes de mañana, lo compruebas. Hablaré con Ben para ver si podemos planear algo y ayudarlo a decidirse por el pueblo.

—No lo hagas, Tess. De verdad —sonaba tajante—, todo está bien.

—Es lo que dices, pero pasarás unos días arrugándote cada vez que oigas su coche, o evitando su presencia. Y no puedo, soy incapaz de verte así, Sonia.

Lo odiaba. Odiaba ese desasosiego sometiendo su respiración, aquel estado que oprimía de nuevo a mi hermana desde que nos habían avisado de la estancia de un visitante. Odiaba ver como el miedo se derretía en su cuerpo hasta hacerla parecer endeble. Pequeña. Quebradiza. Ella, mi hermana mayor, que había sido la mano segura que sostuvo mis primeros pasos tambaleantes. Hubiera hecho cualquier cosa para detener su llegada. La suya y la de cualquiera.

—Creo que voy superándolo poco a poco. No me ha afectado tanto esta llegada, incluso he dormido bastante bien esta noche —afirmó, y yo tuve que reconocerme que se mostraba mucho más tranquila que en otras ocasiones. ¿Estaríamos aprendiendo a vivir con ello?

—Pero si se queda, tendremos que contárselo —protesté.

—Lo hemos hecho antes y no ha ocurrido nada. La gente nos entiende. ¿Qué es lo que te molesta? ¿Qué es lo que ha cambiado esta vez? ¿Tengo que preocuparme por algo?

—No. Qué va. Quizá estoy un poco enfadada conmigo misma; me provocó y creo que consiguió salir ganando él.

Sonia se cubrió la cara con ambas manos.

—¿Qué le dijiste? ¿Por qué no me lo contaste ayer?

—Estaba demasiado ocupada tranquilizándoos a ti y a mi sobrino, *doña Angustias*. Además, sé que no ibas a creerme, pero esta vez yo apenas tuve un veinte por ciento de culpa de lo ocurrido. Me provocó él.

En sus ojos acusadores vi la prueba de su desconfianza. Para una vez que era verdad...

—¿Qué sucedió?

—Nada. No pasará a ser una de las mejores bienvenidas de Artigas, pero nada grave. Lo intenté convencer para que se quedara en el pueblo, me provocó, le contesté un poco brusca. Fin. —Mientras hablaba, rebobinaba una y otra vez la película de instantáneas de aquel primer encuentro; deseando comprender qué me había fastidiado tanto—. Es que tiene una actitud extraña este tío, con todos... Una actitud... como pecaminosa.

—Tessa, pero qué vergüenza.

—No te sulfures, que no parece muy delicado. Además, creo que lo convencí, pero para quedarse, sin cobertura ni nada. ¿Te lo puedes creer? ¿Qué clase de persona se empeñaría en quedarse en un lugar como este si encima no eres bien recibido?

—Tess... —se acercó hasta mí, apretando mis hombros en un gesto suave —, yo aprenderé a afrontar mis miedos, y tú deberías relajarte batallando contra los miedos de todos.

—Ya hemos hablado de esto... —me quejé sutilmente.

—Ya. Pero no dejas de enfrentarte a medio pueblo defendiendo a Ben, te desvives por Luis, estás siempre alejando cualquier situación que pueda asustarme, y hay veces que siento que no te miras. Que te estás olvidando de ti.

Noté que empezaban a mezclarse en mi cuerpo las sensaciones de angustia y pereza. No quería que rebuscara en mi interior, no quería que supiera que esa fuerza combativa por ellos era lo único que me mantenía erguida.

—Yo estoy bien —mentí con cierto tono de desidia.

—Ninguno podemos estar bien. Pero tú, Tess, llevas el mundo a tus espaldas desde hace casi siete años. Y creo que empieza a pesarte.

Me pareció que hablaba de otra vida, una que ya no nos pertenecía. Siete años hacía que éramos otras. Seis años viviendo en Artigas. Ya estábamos echando raíces, aunque habría cosas que cargaríamos siempre.

—Deberías intentar salir. Conocer gente nueva.

Aquello borró de un plumazo el malestar incipiente por la charla que pretendía rescatar mi hermana.

—¿De verdad crees que puedo encontrar gente nueva en el pueblo? ¿De

verdad, Sonia? —La miré, incrédula. Con la risa bailándome los labios.

—Algunas de las chicas salen los sábados por otros pueblecitos cercanos... —Su voz se fue apagando conforme ella analizaba lo que decía.

—¿De verdad me ves a mí saliendo? ¿Y en ese plan?

—Es lo que hacen las chicas a los veintinueve años, Tess. Quizá es hora de tener una vida... normal.

—Pff, qué pereza. Salir hasta las tantas... y perder el tiempo en conversaciones gratuitas con el *reggaeton* de fondo para después tener que comerme la cabeza con las citas. No, no va conmigo.

—No me puedo creer que no tengas ni unas poquitas ganas de conocer gente nueva.

—Pues créetelo: me da pereza conocer gente nueva, y más aún como... como una misión: ¡salir a cazar a la presa! Y me da más pereza aún el después: preocuparte de conjuntar la ropa interior, fingir que te interesan sus mierdas y acabar fingiendo también los orgasmos. De verdad, no tengo tiempo para esas tonterías.

—Pero es que siento que es culpa mía que tengas esa visión. Me siento responsable de que no puedas tener una relación, vivir un amor...

—¡Qué poética! Ya tuve una relación, ¿te lo recuerdo? Loren, y me arrepiento cada vez que me lo cruzo en el pueblo.

—Eso no fue un amor, Tess. Eso fue sexo desganado.

Se levantó para ir a la cocina, y la seguí.

—¿Cómo estás tan segura?

Me miró de reojo mientras ponía los huevos a hervir. Imaginé que quería aprovechar para dejar preparada la comida, y que ese día tocarían huevos hervidos. El día anterior habíamos cenado tortilla de patatas y el otro, huevos escalfados.

—Porque te costó medio segundo dejarlo. Si hubiera sido amor o sexo convincente, te habría costado un pelín más.

—Sexo convincente. Sexo desganado... —paladeé—. Me gusta. ¿Puedo utilizar esta charla para alguna de mis novelas?

—Estás desviando el tema, y me doy cuenta.

—Es que nunca habías insistido, y no sé qué te pasa estas últimas semanas que de repente mi vida amorosa ha pasado al primer puesto del *ranking* de toodos los problemas que tenemos. No lo entiendo.

—Me siento culpable. No quiero verte languidecer...

Yo sabía que había algo más, pero lo dejé correr.

—Sonia, no volvamos a ello, por favor. —Mi tono ya denotaba cansancio.

—Como quieras. —Suspiró—. Entonces háblame del nuevo. ¿Cómo es?

—Ay, por Dios, ¿no había otro tema? —lamenté.

—¿Es guapo?

Sabía que escarbar en los detalles la tranquilizaría, así que cedí.

—Feo no es —admití.

—Buff. Eso significa que es tremendo. —«Tremendamente gilipollas», pensé, pero no lo dije en voz alta para no desvirtuar el intento de mi hermana por recuperar el buen rollo—. ¿Majo?

—Rotundamente NO.

Sonia dejó de comprobar la cocina de gas que trataba de encender para mirarme directamente a mí.

—Te ha gustado. Te ha sorprendido y no estás acostumbrada a ello. ¿Me equivoco? ¿O te conozco demasiado como para equivocarme?

—Fin de la charla —tararé.

—Tessa, anda, vuelve. Que ya no seré más pesada, era una broma...

—¿Ah, sí? Podrías dejar de bromear sobre mí y hacerlo sobre el hecho de que comemos huevos cada día porque Rodrigo y tú sois incapaces de decirnos que tenéis ganas de veros fuera de los repartos que hace de huevos y leche — la pinché.

Rodrigo era el propietario de la pequeña granja que se veía desde nuestra ventana, y su admiración por mi hermana lo llevaba a visitarnos cada día para traernos productos frescos.

—A Luis le gustan los huevos —protestó a regañadientes.

—Claaaro, no tiene más remedio.

—Tienes razón, cambiemos de tema. ¿Qué tal tu novela?

—Pfff. En fase de corrección, sale en unas semanas. Estoy empezando otra.

—Ojalá te vaya bien y puedas dejar la granja... Te lo mereces tanto — murmuró.

Mi hermana no llevaba bien que yo tuviera que trabajar esporádicamente en la granja de Rodrigo y no pudiera dedicarme plenamente a mi vocación: escribir. Había autopublicado ya cuatro novelas románticas, pero los ingresos eran escasos, y el sueldo de Sonia al cuidado de la señora Villar también era pésimo, así que los días que me reclamaban en la granja contribuían a mantenernos. Al fin y al cabo, eran trabajos que podíamos ejercer sin contrato, sin que nuestros nombres estuviesen registrados en ningún sitio, así que nos conformábamos con ellos. Tenía que reconocer también que a mí la granja

había acabado por gustarme, a pesar de la arbitrariedad de horarios.

—No me importa mientras pueda dedicarme en mis ratos libres a escribir.

—A mí sí me importa. Empiezas a trabajar antes de que salga el sol, te ocupas de Luis, vuelves al trabajo, escribes, ayudas a Ben... Ahora faltaba el club de lectura. A este ritmo vas a acabar contigo, Tess.

—Hablando de ello —tercié—, tendremos que avisar a Luis de que el nuevo se queda, que no fue una visita de un día. No me gustaría que se lo encontrase por sorpresa y se asustase.

Sonia asintió, un poco aplanada.

—¿Te molesta hablarlo tú con él? Se lo dirás mejor que yo...

Nos mantuvimos unos segundos la mirada.

—Ya sabes que no me importa.

Toda la gente mostramos esas incoherencias. Sin excepciones. No es que fueran cosas de mi hermana. De forma más o menos consciente, todos acabamos lanzando mensajes contradictorios. Me refiero al hecho de que la gente me pidiera que fuera una persona más pacífica, más tranquila, menos combativa, pero a la vez requiriesen mi presencia en cada batalla, ya fuera grande o pequeña.

Encontré a mi sobrino en su habitación, tal y como suponía, sentado sobre la alfombra mullida, jugando con los muñecos de Playmobil situados en el Fuerte del Oeste. Aquel había sido mi regalo para su cumple. Pensé que las interacciones con los muñecos lo estimularían a hablar, pero no funcionó.

Luis tenía seis años, los ojos azules, el pelo anaranjado como el atardecer y como Sonia, su madre, y unas cuerdas vocales en perfecto estado. Pero no solía hablar. Sabía hacerlo; de hecho, hasta los cuatro años hablaba por los codos. Después llegaron días de silencio, alternados con otros de monosílabos, frases cortas; y posteriormente la sospecha del médico, dos palabras cayendo sobre nosotras como una losa acumulada a la cantidad de escombros que ya cargábamos: mutismo selectivo.

Sonia y yo nos habíamos convertido en expertas leyendo sobre el tema, pero nada de lo que probábamos funcionaba. Don Vicente, el médico que una vez a la semana atendía en el pueblo, nos solía repetir que era una situación transitoria que mejoraría con el tiempo..., pero ya llevábamos dos años en ese estado de transitoriedad.

—Eh, pequeño saltamontes —mi voz se dulcificaba en su presencia—, ¿te apetece que juegue contigo un ratito?

Solo asintió.

—Necesitaré al menos tres palabras, entonces. —Era un pequeño truco que empleábamos para incitarlo a hablar. Teníamos miles.

—Sí quiero, tía —respondió casi en un suspiro, y mi sonrisa llegó a ampliar incluso mi caja torácica. Yo ya estaba casada con mi vida con ellos. Yo no necesitaba un amor.

La alfombra redonda se convirtió en nuestro campo de batalla. Desplegamos una pequeña ciudad y apadriné a los muñecos de bandidos, la vaquera y los *cowboys*, para dejarle a mi sobrino sus preferidos: el *sheriff*, el general, los soldados, la diligencia, la familia del Oeste...

—¡¡¡Los bandidos atacan la diligencia!!! —Mi estúpido tono de voz acompañó a mis muñecos contra los suyos.

Luis reaccionó disparándonos mientras imitaba el sonido de los tiros, y nos enzarzamos en una batalla cuerpo a cuerpo en la que mi vaquera y mis fieles bandidos acabaron tendidos en el suelo mientras yo intentaba hacerlos agonizar. Mi patético intento arrancó una sonrisa a mi sobrino. Me embelesó ese brillo en su mirada, demasiado ingenua para lo vivido, y el sonido de risa juguetona que conocíamos tan poco.

—Siempre ganan los buenos, Luis.

Pretendí darle esperanza. Pretendía cargarlo de optimismo... en el juego y en la vida. Por la manera en la que asintió, casi solemne, quise pensar que lo había entendido. ¿Era realmente así? ¿O le estaba mintiendo a mi pequeño?

—Por cierto, hay un nuevo vecino en la aldea. Si no se marcha antes, supongo que lo verás por aquí estos días. Ha venido porque necesita tranquilidad, pero tiene pinta de ser muy divertido y buena persona. —La saliva se había vuelto ácida al tener que hablar así del tipo pretencioso, pero necesitaba que Luis me percibiera despreocupada. Durante un instante, mi sobrino me miró fijamente—. No hay peligro. No debes preocuparte.

Había mil preguntas en sus ojos. Pero no las pronunció, así que no pude responderlas. Tampoco sé si yo hubiera sabido.

Fue un domingo raro. No salimos de casa. No hubo caminata, ni juegos con Luis en la chopera, ni recogida de lavanda, ni salí a escribir al porche o perdida por la montaña. Nos quedamos en casa, jugamos, limpiamos y los tres miramos mucho por las ventanas abiertas, esperando escuchar el motor del nuevo despidiéndose. Pero no ocurrió.

Ben llegó poco antes de anochecer, como cada día; al finalizar su jornada de «trabajo» se cambiaba en su casa y llegaba a la nuestra justo a tiempo para cenar y seguir con el ritual de la noche, el club de lectura. Había sido otra de nuestras ideas recientes, y aún estábamos en periodo de prueba.

—Es domingo por la noche, hoy toca película —pidió Ben ayudándonos a retirar la mesa.

—Veremos una peli después, pero primero tenemos que leer, Ben. Es por Luis.

—No entiendo qué tiene que ver. No qui-qui-quiere hablar, nada tiene que ver con leer.

—Se está quedando rezagado en clase —trataba de explicarle pacientemente—, están aprendiendo a leer y a escribir, y él no se muestra interesado. No quiere leer en voz alta, así que tenemos que incitarlo a la lectura; creo que ya te lo expliqué la semana pasada.

—Pero no entiendo por qué tenemos que leer nosotros si es él quien no sabe.

—Porque si nos ve leyendo, despertaremos su curiosidad y querrá leer también.

—Todos nosotros hablamos, y él no quiere. Esas cosas no se pe-pegan, Tessa.

No pude evitar reírme ante la curiosa lógica de mi amigo. Di varios toques en su rodilla en un gesto cariñoso y nos tapé a ambos con la vieja manta, esperando a que mi hermana acabase de trastear por la cocina para iniciar la lectura.

—Tenemos que intentarlo, además, a ti te vendrá genial. Otilia se puso muy contenta cuando le dije que haríamos club de lectura cada anochecer.

—Sí. Me ha hecho traer uno de los libros de *dummies*. —Mi amigo adoraba ese tipo de libros, habían sido uno de sus últimos descubrimientos, y su madre los encargaba casi de cualquier temática para que leyera—. ¿Estás segura que no hay libro de *dummies* pa-para aprender a ser *sheriff*?

Me hizo sonreír de nuevo.

Me hizo recordar...

Cuando llegamos a Artigas, Ben vagaba sin un rumbo concreto. Era el chico de los recados en el pueblo y ocupaba sus días mendigando por las casas cualquier tarea que a veces se compensaba con unos céntimos. Eso era lo de menos. Porque Ben tenía diversidad funcional intelectual, y por ello recibía una pequeña paga del Ministerio, y parecía que con eso debería haber

quedado todo resuelto. ¿A quién le importaba su dignidad? ¿Su realización personal? Se me abría el corazón en canal cada vez que lo veía limosneando cualquier recado para sentirse... útil.

Nos hicimos amigos con rapidez por muchas razones, entre ellas, que me gustaban las personas cálidas y nítidas como él. Se coló en nuestras rutinas. Las cenas. Los juegos con Luis. Las películas de los fines de semana. Otilia solía decir que nuestra llegada al pueblo le había devuelto la humanidad a su hijo. «Y viceversa», pensaba yo.

Meses después de tenerlo a diario por casa, le pregunté a qué le gustaría dedicarse, y me respondió que desde pequeño siempre había deseado ser *sheriff*. Adquirimos un uniforme, y lo más importante: le buscamos funciones. Ben pasó de ser el mero chico de los recados a sentirse parte fundamental en la comunidad, era nuestro queridísimo *sheriff* (aunque sus funciones se parecieran mucho más a las de vigilante forestal).

—Ya lo miramos, Ben, y no, no hay libros de *dummies* de ese tema. Estoy completamente segura. —Él se quedó pensativo—. Por cierto, lo hiciste realmente bien ayer.

Mi amigo llevó dos dedos hasta su frente e hizo un extraño gesto, entre el saludo militar y quitarse un sombrero imaginario, que me dejó estupefacta.

—Sí. Y con el sombrero que encar-ga-garás nadie volverá a decirme que no soy un *sheriff* au-au-autén... verdadero —sonó decidido, aunque su ligera tartamudez le hubiese fastidiado esa seguridad que quería desprender como autoridad.

—Da igual lo que piense la gente, Ben. En Artigas eso no es importante, porque aquí la gente solo somos nosotros. Así que lo relevante es cómo nos sintamos.

Asintió porque un bostezo había acaparado la atención total de su boca.

—Quiero ensayar más pro-to-co-los —pidió con cuidado de no trabarse.

—Hoy estoy agotada, pero los pensaré y los ensayaremos. —De reojo lo vi cabecear en señal de afirmación—. Si el nuevo dura hasta mañana, hacemos todos una porra, a ver si adivinamos cuántos días tarda en salir escopetado del aburrimiento.

—Lo apuntaré en mis tareas del día.

Esa vez, tampoco pude contener mi sonrisa.

Nos concentramos en la televisión, pero por más que intenté atenderla... mi mente iba y volvía a esa luz encendida de más que había ese día en la aldea. Esa revolución que había empezado a gestarse.

«¿Por qué el amor, de presencia gentil, es tan duro y tiránico en todas sus obras?».

(Romeo y Julieta, William Shakespeare)

Sonia llevaba horas mirando el reloj de reojo, como si así pudiera disimularse a ella misma que lo estaba esperando, que llevaba varios días deseando el mediodía del lunes, ese momento en el que Tessa aprovechaba la pausa en la granja para bajar a la biblioteca municipal del pueblo, Luis comía en el colegio... y ella podría recibir a Rodrigo con ansia bien enmascarada.

La casa entera estaba en penumbra, y el único sonido que laceraba la atmósfera era el tintineo de la manecilla del antiguo reloj de cuerda, marcando los segundos que los separaban del que sería el cuarto o quinto encuentro entre ellos. Nerviosa e insegura, buscó cualquier cosa que apagase esa impaciencia, que ocupase sus manos y alejara los pensamientos que se habían convertido en su peor compañía.

«No aprendes, Sonia, no aprendes. Otra vez enganchada a un hombre».

Puso la cafetera al fuego y se quedó absorta contemplando las llamas sobre el acero.

«Vergüenza te tendría que dar ansiarlo como una perra en celo, tú que te prohibiste los hombres por siempre jamás».

Ni siquiera escuchaba el sonido del burbujeo de la cafetera.

«Después de todo lo ocurrido, tú ocultándoles a tu hijo y a tu hermana que te acuestas con un hombre».

Lo que sí que escuchó con una claridad nítida fue el ruido del motor de la furgoneta y el freno de mano anclándola a la replaceta. Su cuerpo se anticipó incluso a la llamada de él a la puerta, y se apresuró a abrirle.

Rodrigo la esperaba en el umbral tan parco e inmutable como siempre. Ese hombre inalterable que tenía el poder de alterarla a ella. Tan educado que desconcertaba. Tan imperfectamente guapo que intimidaba.

Un tipo alto, casi imponente, que, sin embargo, no parecía darse cuenta de ello; con los músculos trabajados y cansados por una vida dedicándose sin tregua a la carga y descarga en la granja. Si uno lo observaba atentamente (como había hecho Sonia mil veces) se daría cuenta de que tenía los ojos

verdes y pequeños, el rostro duro, la mandíbula de acero y el tabique de la nariz algo desviado por un accidente laboral... Y si ese alguien observaba un poco más el conjunto, también advertiría que sus imperfecciones solo contribuían a darle sensualidad a aquel equilibrio humano.

Ese lunes Rodrigo llevaba el pelo rubio trigo engominado, creando un tupé que armonizaba perfectamente con la camisa de otra década, pero pulcra y limpia, como su mirada, fija en ella pidiéndole paso.

—Hola —susurró con voz entrecortada.

—Hola, Sonia.

Tan sobrio en palabras... Resultaba curioso que los hombres de su vida actual parecieran cortados por el mismo patrón: Luis, con su mutismo selectivo, y Rodrigo, casi podría considerarse con un mutismo autoimpuesto.

—¿Quieres pasar?

No esperó la respuesta. Los pasos de él, regulares, seguros y pacientes, la siguieron hasta la cocina.

«Ojalá que me bese antes que nada».

Pero Rodrigo no lo cumplió, como nunca haría su granjero caballeroso. Se sentó a la mesa de roble de la cocina, llegando a intimidar a esa madera vanidosa, haciendo sentir su mundo pequeño, y aceptó el café que ella le ofreció.

«Bésame, Rodrigo. Bórrame estas ansias. No pidas permiso».

—¿Qué tal estáis? ¿Cómo lleváis lo del... nuevo?—preguntó él con esa voz gruesa que a ella le producía un ronroneo en las entrañas.

—Bien. No sabemos de él desde que llegó el sábado. Oti se ha acercado a su casa y dice que se pasa el día dormitando, que parece cansado. Luis y yo no lo vimos.

—¿Qué tal está el niño?

—Bien. No sé cuánto tiempo tendremos antes de que vuelva del cole... — El rostro se le encendió por el atrevimiento, pero ya estaba hecho.

A Rodrigo aquello lo confundió. Había esperado encontrar a Sonia cabizbaja. Preocupada. Ojerosa. Vulnerable. Cansada. Indispuesta. Frágil. Alarmada. Desganada.

Había ido hasta allí con la intención de tranquilizarla. Distraerla. Mimarla. Abrazarla. Calmarla. Blindarla. Animarla. Arroparla.

En cambio, ese comentario parecía pedirle otra clase de atenciones. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no había entendido el mensaje? Frunció un poco el ceño y clavó una mirada suspicaz en ella, que empezó a jugar con la cucharilla de su café, hasta que la mano de él la detuvo, acariciándola con la seguridad de quien sabe que así calma, intuyendo que Sonia acababa de empujar unos centímetros su límite del decoro. Rodrigo paseó sus grandes manos por la palma de ella, temiendo que le disgustara cada rugosidad de las mismas, cada marca ajada. Ya sabía cómo se sentían sobre la piel de aquella mujer, y él también las quería recorriéndola.

La complació. Tiró de su mano al tiempo que se levantaba, y ella se volcó sobre su cuerpo. La besaba despacio, hundiéndose en el hueco de su clavícula, saboreándola, jugueteando sin piedad con su deseo arrebolado.

Sonia lo pudo desvestir a duras penas, porque él se pegaba a su cuerpo como si no estuviera dispuesto a perder ni un milímetro de ella, como si tuviera que respirarla. Aquello la hacía jadear, casi exhalando el corazón. La desvestía sin que ella se diese cuenta, izándola en volandas y olvidando el vestido como una isla en el suelo de la cocina, huella del furor, mientras ellos buscaban un punto de apoyo cualquiera que los sostuviera.

Hicieron el amor sobre la mesa de roble, ella tendida, él acercándola al borde para embestirla y subirla a la cima del placer. Rodrigo entró en ella con suma suavidad, escuchando el cuerpo femenino, colmándolo. Rugió con la primera embestida y ella se aferró a su cintura. Él buscó su clítoris con sus dedos expertos y obtuvo jadeos contenidos como respuesta. Piel contra piel, ambos dominando los sonidos que no podían exhalar, entrechocando rítmicamente. Reconociéndose. Se dejaron ir pronto, quizá por el miedo a ser descubiertos. Quizá porque habían contado demasiados días sin sentir el uno al otro. Cuando ella se tensó alrededor de su miembro, él se permitió el placer propio, y finalizó besándola en la boca.

Antes de retirarse, tuvo que tragar saliva al contemplarla desnuda, saciada. La melena rojiza escampada sobre la madera, etérea. Su mano cubriéndose la boca, tratando de apagar respiraciones bruscas, de tapar su pudor.

Él le alcanzó el vestido y le dio un beso dulce en la sien. Quería decirle con esos pequeños gestos que había más que juego sexual entre ellos, pero las palabras nunca le resultaban amigas. Nunca emergían como él las pensaba, y tendía a evitarlas en lo posible. Por eso no le decía a Sonia que la quería, que la quería desde hacía al menos tres años; aunque no se hubiese consentido nada más que subir cada día a la aldea para llevarle leche fresca, huevos y la

carne que ella pidiese. Que solo por ella detenía la jornada y conducía hasta su casa, único momento del día en que se permitía el pequeño placer de desviarse de la ruta para llegar hasta su puerta.

Para ver aquella melena cobriza enmarcando el rostro delicado y los ojos índigo.

Quedarse con sus movimientos suaves.

Y volver al día siguiente.

Que desde que habían empezado esos encuentros unas semanas atrás, era capaz de detener el trabajo de todos sus jornaleros para ir a bañarse y peinarse para estar con ella, y regresar minutos después a la granja para soportar las miradas de asombro de su plantilla.

Pero Rodrigo no sabía cómo decir todo aquello.

Ambos se vistieron en silencio, y se sentaron de nuevo en la misma mesa que había apagado el calor de sus cuerpos, frente al café, ya frío. Ella, al percibirlo, se apresuró en ofrecerse a preparar más. A recalentarlo. A lo que fuera.

Él negó con un gesto de cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Está perfecto. —Bebió de él para demostrárselo.

—Está frío. No me cuesta nada...

—Está perfecto, siéntate y descansa.

En realidad en su mente las palabras sonaban mejor. En realidad en su mente las palabras murmuraban:

«No te apures conmigo, pequeña. Soy un hombre de modos sencillos. Me encanta el café frío si se ha enfriado por hacerte el amor, y me lo beberé frío sin rechistar por cualquier otra razón, porque me encantaría el café de cualquier modo si cada día es contigo. Pero soy un arma de doble filo. Porque mis modos sencillos acabarán aburriéndote. Porque es difícil llegar a quererme, aunque lo intentes».

Ese era el gran pecado de Rodrigo. El conformismo. La felicidad con poco, casi migajas. Ser un hombre de pueblo, de granja, de vida humilde y sencilla. De café de cualquier manera. No saber ser de otra manera ni añorar otra vida. Él tan solo deseaba ser querido como la quería a ella, esa era su meta, porque el resto ya lo tenía.

Pero sabía la dificultad que ello entrañaba. Su exmujer ya había salido corriendo de su vida, acompañada de uno de sus mejores amigos, y le había dicho claramente a Rodrigo lo que él ya había descubierto viéndola opacarse día a día: que todas las muchachas del pueblo y alrededores podían perder la

vista en él, pero que si supieran... si en verdad supieran..., no querrían un hombre así en sus vidas. Un hombre que vivía para el trabajo y para llegar a casa después de él. Que sabía de vacas y gallinas, de pedidos de granja y de caminos más cortos para transportar los pedidos. Y puede que de querer a una mujer, de quererla bien. Pero que no sabía mantenerla en su vida.

Cada vez que en la radio de la granja escuchaba la canción del maestro Sabina, se sentía el protagonista de esas letras. De esa triste poesía.

«Me gusta todo de ti, pero tú no. Tú no, tú no...».

Activaban el recuerdo de las palabras de su exmujer:

«He intentado quererte, de veras que lo he intentado, no ha sido por mi parte... Pero resulta imposible. Es que nadie puede contentarse con esto, Rodrigo. ¿Qué mujer crees que se conformaría?»

Aún tenía que respirar hondo al recordarlo. Ella se había ido hastiada de él y de su rutina. Y lo había dejado queriéndola más y queriéndose él menos. Quizá nada.

Él había tardado años en recuperarse del recuerdo, y del querer, pero el mensaje seguía calado: ¿qué mujer se conformaría?

¿Qué mujer...?

Por ello no culpaba a Sonia por mantener su relación en el anonimato.

—Mañana creo que vamos a necesitar a tu hermana. —La mente siempre acababa yendo a la granja. Al trabajo. A su poesía.

—¿Quieres que se lo diga yo misma? ¿A las cinco y media de la mañana, como siempre?

Rodrigo asintió pensativo, acariciándose la barbilla.

—A las ocho y media descansaremos para que pueda subir a por el pequeño y llevarlo al colegio. No te apures.

Ella le sonrió, agradecida.

—Me sabe mal que tengáis que parar la marcha, ya sabes que puedo decirle al transporte escolar que pase a por él.

Sí. Rodrigo sabía. Como también sabía que Luis se alteraba en esos trayectos.

—No. Nos organizaremos el resto o pararemos un momento, pero cuenta con que tu hermana lo lleve.

Llamaban a Tessa los días en que había picos de trabajo, esporádicamente. A veces la avisaban sin antelación. Voceaban desde la granja y la chica bajaba con su bicicleta poco después. Pero siempre respetaban las horas que ella necesitaba para el pequeño. Había sido un pacto tácito entre ellos que Sonia

desconocía.

Él aún recordaba el día en que Tessa se había plantado en medio del ajetreo para pedir trabajo, hacía ya años. La noticia de la llegada de dos bellezas y un bebé a la aldea se había esparcido como la pólvora en el pueblo, y Rodrigo supuso que aquella chica con actitud peleona era una de ellas. Ninguna otra mujer había osado nunca pedir trabajo allí. Él se había fijado en su delgadez, pero también en su mirada resistente, y dedujo que pasaban estrecheces.

—No necesitamos a nadie fijo. Pero hay días en los que dos manos más serían buenas.

Ella asintió.

—Nunca he trabajado en nada parecido —y la voz sonó agrietada, como si fuera a romperse, a pesar de la actitud digna de la muchacha. Él lo entendió como una disculpa.

—No pasa nada. Sé que aprenderás. —Se lo había dicho el fulgor de su porte. Esa chica preferiría verse muerta antes que estúpida, aunque después de citarla para el día siguiente tuvo que preguntarse qué tareas podría darle. Seis años después, Rodrigo se preguntaba qué clase de trabajo no podría darle.

—¿Hablaste con Tessa sobre lo nuestro? —preguntó él cuando su mente volvió al presente, tratando de no mostrar demasiado interés.

—No, no pude. No encontré el momento. —Los ojos de Sonia se disculpaban.

—Claro, tiene que ser difícil. No te apures.

«No te apures, Sonia. Soy un hombre de modos sencillos que puede esperarte eternamente».

Horas después de que Rodrigo hubiera vuelto al trabajo, Sonia le acariciaba la frente a su pequeño, tendido sobre su regazo. Lo peinaba con los dedos, absorbiendo su calor, aprovechando los pocos instantes de soledad que les permitía el caprichoso horario laboral de ella. Tessa lo había llevado a casa y, después de la merienda conjunta, se había marchado sola. Madre e hijo pelearon con las letras y los deberes, y ahora descansaban frente a los dibujos animados.

Escucharon unos pasos en la calle y los golpecitos en la madera llamando a la casa, y nunca, pero nunca, nunca hubiesen abierto esa puerta si no

hubieran escuchado la voz de Oti, cantarina y alegre, tras la misma.

Luis dio un respingo y parpadeó, sonriendo hacia su madre.

—Mira quién ha venido a vernos —canturreó al ver la alegría de su hijo, que quería a Otilia como a una abuela.

Se le condensó el aire en los pulmones y se quedó petrificada cuando, tras el crujido de madera, Sonia se encontró a un tipo de casi dos metros.

Y entendió al momento la turbación a la que se había rendido su hermana después de conocerlo.

—Hola. —La sonrisa perezosa eclipsaba el rostro del hombre—. Debes de ser la hermana de Tessa. Yo soy...

—Matías —lo interrumpió bajito.

—Sí. —Pareció contento por el reconocimiento—. Voy a quedarme unos días aquí y Otilia ha insistido en acompañarme para presentarme.

La aludida carraspeó y Sonia pudo enfocarla, ser consciente de su presencia. La buena mujer mostraba una sonrisa comedida que la obligó a funcionar, a perder aquel absurdo terror.

—Yo me quedo más tranquila si le presento ya a todo el mundo, ¿verdad, Sonia?

No. Lo que Otilia estaba haciendo era ayudarla a vencer miedos y reticencias acompañando al visitante a su hogar.

—Claro, pasad. ¿Preparo café?

Matías tenía la capacidad innata para conectar con el espacio y hacerlo suyo con facilidad, de moverse con ese aplomo y esa transparencia que diluía cualquier otro pensamiento que no fuera ÉL. Sonia lo descubrió muy pronto con aquel primer café y la charla que los vinculó. Otilia ya estaba rendida a sus pies de antemano, pero a Luis y a su madre se los supo ganar en ese momento. Llegó a sorprenderse a ella misma entreteniéndose con los detalles de la profesión del actor y contándole sobre su trabajo al cuidado de la anciana Villar.

—Conocí a tu hermana ayer. Supongo que todo el mundo os lo dirá, pero qué distintas sois.

Sonia y Otilia sonrieron por lo acertado de su comentario.

—No me refiero al aspecto físico, que conste, que sí tenéis similitudes...

—Sabía a qué se refería: aunque el color del pelo y de los ojos fueran distintos, ambas tenían las facciones delicadas como su madre, altura casi idéntica, misma talla de ropa...—, ¡pero menudo carácter! —continuó él. A ninguna de las dos mujeres les pasó inadvertido que Matías parecía hablar de

Tessa con cierto... interés.

—Son las dos muy dulces en realidad, cada una a su manera. —Oti no perdía nunca la oportunidad de repoblar la aldea.

—No lo dudo. —Matías le guiñó un ojo, esbozando una sonrisa canalla que llegó a sonrojar a Sonia—. ¿Por dónde anda? Porque en casa no debe de estar, si he podido sentarme aquí y sigo ileso.

—Debe de estar al caer... —se limitó a decir Sonia.

¿Estaba Matías alargando la charla esperando a su hermana? Eso parecía, porque siguió haciéndolo. Tenía una forma especial de entender a las personas, de meterse bajo su piel. Ahí sentado en su sofá, confería al viejo salón un aire... digno. Las atendía como si Oti y Sonia fueran personalidades relevantes concediendo una charla de vital importancia para la humanidad. Las penetraba con sus miradas directas. Resultaba una persona sumamente expresiva: la manera de asentir, la forma de clavar esa mirada almendrada, la sonrisa traviesa... Tan diferente de Rodrigo, con todas sus barreras erigidas para comunicarse... Sonia tuvo que apartar aquellos pensamientos y reprenderse por la reciente comparativa que la hacía sentir culpable, casi miserable.

Luis, que había empezado escondiéndose tras la puerta, se dejó seducir por la charla y acabó sentado en la alfombra, aunque seguía mirando con prudencia al recién llegado. Cuando Matías intentó en varias ocasiones entablar conversación con el pequeño y obtuvo solo silencio, Oti se vio en la obligación de susurrarle, de explicarle.

—Luis no suele hablar... No es por ti, él es así.

Matías detuvo unos instantes la mirada en el pequeño y se limitó a sonreírle.

—Es pasajero —justificó la madre, violenta como siempre se sentía al tener que excusar a su hijo—, sí que puede y sabe hablar. Solo que... no quiere. A veces, cuando coge confianza, habla un poquito...

Matías seguía contemplando al niño, que fingía no escucharlos, jugando con sus diminutos muñecos. Se desplazó hasta el otro extremo del sofá bajo la atenta mirada de las mujeres del corazón encogido.

—Hola, Luis. —El aludido no quería mirarlo—. Por mí está bien que no quieras hablar. No pretendo cambiarlo, ¿sabes? Yo hablo demasiado, puedo hablar por los dos, si quieres. Pero si te parece bien, me gustaría que fuéramos amigos. Con el tiempo, claro. No necesitamos hablar para entendernos...

El niño alzó la cabeza con curiosidad. Sonia intuía que aquello le resultaba

nuevo. Todo el mundo jugaba a sacarle letras, palabras... Nadie le había dicho nunca que podían ser amigos sin que él tuviese que dar nada a cambio. Todos pedían palabras. Y aun así el pequeño no acababa de fiarse del todo, por si resultaba un truco más.

—Yo soy actor, así que mover a los muñequitos y esas escenas se me da de miedo. ¿Quieres verlo?

Luis asintió, firme. Pero sin darle ninguna palabra.

No contaban con la pericia de Matías, con su impecable interpretación de voces llenas de matices, con su timbre atronador y suave a la vez, que consiguió enmudecerlos a todos y que llenó de juego cada rincón del salón. Las miradas de Luis empezaron a quedarse, a alargarse, a no esconderse. A recorrer los movimientos bulliciosos y divertidos de los muñecos que manejaba el actor.

Otilia sonreía satisfecha y Sonia volvió a respirar tranquila cuando el propio Luis le tendió a Matías varios de los Playmobil que aún guardaba en sus manitas. La había conmovido que el recién llegado aceptara sin preguntas las características de su hijo. Estaba harta de interrogatorios, de juicios y de consejos. Y en cambio el actor se estaba acercando a su pequeño con delicadeza, aceptando su silencio como parte de él. ¿Quién era Matías y qué sabía del miedo? Sonia pensó que alguien que era capaz de traspasarlo en los demás debía de ser alguien que lo conocía de cerca. Intuyó entonces que aquella forma de mostrarse tenía que ver con ello. Desenfadado. Escandaloso. La certeza la invadió, y supo que la sonrisa perpetua que esbozaba no era tan solo una provocación, era la forma de enfrentarse al mundo. ¿Lo habría descubierto su hermana?

Observando a su hijo venciendo lentamente el espacio que lo separaba de Matías, viéndolos jugar, no pudo evitar pensar que esa era la clase de figura que a su pequeño le había faltado todos esos años. La felicidad de la cotidianidad. De lo que debería ser una costumbre. La ternura que recompone. Las risas. La atención. La comprensión.

Su reflexión fue detenida por la llegada de Tessa, que, ajena a la presencia masculina, irrumpió en el hogar sin saludos estériles.

—Pfff. ¡¡Qué frío hace ahora!! Vengo helada, ¡como un cubito!

Otilia miraba hacia la puerta y sonreía, anticipando lo que venía, y Sonia ya sentía en su cuerpo la incomodidad con la que se cargaría el ambiente.

—Se te nota, tienes la nariz roja. —El actor la provocó como saludo, en un tono desenvuelto pero divertido, y la miraba... con una fijeza que atravesaba.

Sintiéndola. Diluyendo el infinito en sus ojos. Como si hubiese estado deseando su apocalipsis.

Sonia tuvo una segunda certeza esa tarde: a ella nunca la habían mirado así.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a presentarme, Miss Simpatía. No todos tenemos tus modales... Y he podido comprobar que tu mala leche no es un asunto genético.

—¡No la provoques, Matías! —lo riñó Oti con dulzura, como si se conocieran de otras vidas—. Ven, Tessa, hija. Siéntate aquí y tápate con la mantita. —Tessa se sentó como una autómatas al lado de la anciana, bajo la atenta mirada de Matías—. Sí que estás helada, cielo. Vaya manía con irse a trabajar por ahí perdida..., con lo calentita que podrías estar en casa. ¿Dónde estabas?

La expectación creció con los segundos de espera, así que Tessa cedió.

—Doña Petra estaba desaparecida desde esta mañana. Supuse que era porque se acercaba el momento del parto, así que he salido a buscarla. Y menos mal, porque si no la llevo a encontrar las perdemos a las dos. Rodrigo la ha ayudado y ha ido bien.

Todos celebraron la noticia, excepto el forastero.

—¿Quién es Doña Petra?

—Ay, Matías. ¿Quién va a ser? Una vaca. —Oti estaba encantada con su papel de guía—. Tessa trabaja en la granja orgánica de Rodrigo, la mejor de la zona. Los animales campan a sus anchas, ¿verdad? ¡Y algunas de las vacas se esconden para parir! ¡Fíjate tú! Serán vergonzosas, digo yo. ¡Y también es artista! ¿Verdad, Tessa?

—¿La vaca? —Matías no salía de su asombro.

—¿Cómo va a ser artista una vaca? Nuestra Tessa. Cuéntale, cielo, cuéntale, no te hagas la remolona, que es una pregunta inocente.

Ella arrugó los labios para mostrarse en desacuerdo, pero incluso su hermana la alentaba a contarlo.

—Soy escritora de novela romántica —intentó que su voz sonara mortalmente aburrida.

—¿Tú? ¡Ja! —se mofó el actor—. Nunca lo hubiera dicho. No habrá persona menos romántica en la faz de la Tierra.

—¿¿Qué sabrás tú?? —contraatacó encendida.

—Eres una cínica, salta a la vista. Pero oye, que no pasa nada, que los cínicos también tenéis derecho a vivir...

—Los cínicos escribimos historias de amor mucho más reales.

—¿Y las vivís? ¿También las vivís?

Ella le mantuvo la mirada, orgullosa, desafiante. Él hizo lo mismo, incitándola, provocador. El aire podía cortarse con el filo del orgullo de cada uno de ellos, que parecían haber olvidado que había seis ojos más en la estancia. Seis ojos con sus seis oídos, atentos...

—Y tanto que las vive. Pero eso no se pregunta, Matías. Que eres un bribón. —Aunque Oti lo miraba con clara admiración—. Anda, vayamos y dejemos a las chicas que preparen todo para mañana, ¿eh? Antes de que acabéis como el rosario de la aurora.

El cuerpo de la mujer cortó la furia visual entre aquellos dos y se llevó al actor.

Hubo una tercera certeza, esa compartida por cada uno de los presentes. Todos ellos tuvieron claro que Matías iba a alterar el mundo de Tessa.

No imaginaron, sin embargo, que todos se verían envueltos en aquella historia. Ni el papel que iban a desempeñar...

4 MATÍAS

«Quise verle porque una persona sola con locuras se divierte».

(La vida es sueño, Pedro Calderón de la Barca)

Cosas que aprendí los primeros días en la aldea:

1. El silencio infinito y prolongado durante horas y horas puede llegar a provocar un zumbido molesto en los oídos.

2. Aunque no se disponga de cobertura ni wifi, el cerebro pide mirar el móvil millones de veces al día para comprobar si este consigue alguna forma de conexión alternativa contigo. No hay que hacerse ilusiones. También se revisan las fotografías de las juergas y se echan de menos.

3. El aburrimiento está infravalorado. Es difícil sobrevivir(le). Cuando las personas nos aburrimos todo se magnifica y nos da por pensar.

4. Pensar está sobrevalorado. De verdad, pensar no es tan bueno como dicen.

5. Para combatir la tendencia al acto viciado de pensar es recomendable dormir más horas.

6. La clave para la supervivencia está en los vecinos: los que te alimentan, los que vienen a comprobar que estás vivo y coleando, a los que puedes jorobar como modo de entretenimiento, etcétera.

No es que me hubiera vuelto un chalado, ¿no? Es que si ya tenía tendencia a que se me fuera la pinza, en Artigas, esta salía de paseo con más frecuencia. Me dio por pensar que era una especie de náufrago urbano en un desierto silvestre y cada día escribía mentalmente mi propio diario.

«Domingo. Día dos en Artigas. Ayer llegué sobre el mediodía. Los autóctonos son algo hostiles a mi presencia. Me han sorprendido algunas de sus costumbres, como sus rituales de bienvenida y sus códigos de vestir. Tengo que explorar, pero por el momento he llevado a cabo un experimento: dormitar el sábado por la tarde y el domingo entero».

«Lunes. Día tres en la aldea. Se me acaban los plátanos, las sardinas

enlatadas y el queso. No sé cómo voy a sobrevivir si no salgo a inspeccionar la zona y busco una tienda. La vida aquí es realmente dura. Otilia, la vecina que comprueba mi pulso, me ha sacado esta tarde para provocar interacciones con los nativos. No todos son tan hostiles. Y existe esperanza de permanencia de su especie: hay un niño en la aldea».

«Martes. Día cuatro en la aldea. Otilia me encuentra en bolas en mi terraza».

Había salido descalzo a la terraza de la habitación, la que daba a la parte trasera de mi casa, y los huevos se me quedaron como canicas. No es que hiciera un frío afilado, porque la llegada de la primavera había empezado a templar el ambiente, pero asumí que mi idea de tomar el sol tampoco había sido acertada. Las vistas ofrecían una panorámica en la que se adivinaban a lo lejos árboles floreciendo en distintos colores como cuadrados de *patchwork*. Había que reconocer que el territorio tenía su encanto... para quien supiera pararse a apreciarlo.

«Julián, coño, llámame pronto y dime que ya puedo volver».

—¡Matías! ¡Hijo! ¿Dónde vas desnudo? ¡Te vas a enfriar!

No sé si Oti estaba más preocupada por mi salud o por la suya al encontrarme tal y como me habían traído al mundo, apoyado en la barandilla de hierro forjado de la terracita. La vista iba y volvía a mí como si quisiera apartarla por vergüenza y esta rebotara contra el entusiasmo.

—¡¡Dicen que esto rejuvenece, Otilia!!

—Anda, vístete y vente a casa que tengo café y bizcocho casero.

Al cuerno con la tienda, Otilia quería alimentarme y yo me dejé. Trasteé con la ropa de la maleta aún por deshacer, y me planté en su casa en unos minutos, siguiendo el aroma del bizcocho que podía rastrearse desde la calle. Entablamos una charla de besugos, en la que yo intentaba sonsacarle información sobre Tessa y su familia (sin éxito), y ella intentaba convencerme de que tenía que salir de la cama y de la casa (con idéntico resultado).

—No es sano encerrarse tanto. Tienes que encontrar cosas que hacer: mira, por aquí es costumbre bajar a almorzar al bar del pueblo; al mediodía puedes comer con Ben y conmigo; después siesta, paseo y a jugar a las cartas con los vecinos; por la noche club de lectura en casa de las chicas, ¡sin hacer enfadar mucho a mi Tessa!

—¿Qué es eso del club de lectura en casa de las chicas? —Por fin algo captaba mi interés.

—¿Te gusta leer?

—Teatro sí.

—Se reúnen todas las noches a eso de las nueve para el club de lectura, para que el niño los vea leer. Si quieres ir, coges un libro y dices que vas de mi parte.

—¿Cualquier libro? Solo me he traído libros de teatro... —Algunos de esos siempre viajaban conmigo a cualquier parte.

—Cada uno lee su libro, cualquiera valdrá.

Ante mi gesto de extrañeza, Oti me explicó con más paciencia el motivo. Y en mi cabeza empezó a tomar forma una idea que esperaba que funcionase.

—Tessa tiene un genio del demonio —me atreví a decir en un intento de sonsacar más información dando un rodeo—. Me echará de allí a patadas.

—Sí que lo tiene, sí. Y un corazón de oro, cerrado a cal y canto. Tú y yo sabemos que no pudo echarte del pueblo, así que imagino que podrás arreglártelas para lograr que no te eche de su casa...

«Fíate tú de las ancianitas con piel de cordero y corazón de loba», pensé observando su sonrisa picarona y provocando la mía.

—Tessa no es fácil, para nada —siguió—. Es de las personas que arremete antes de preguntar. La vida la ha entrenado, y ella ha sido muy buena aprendiz, así que ahora tiene la piel de acero. Esa chica es una valiente, y hay que tener agallas para seguirle el ritmo a una muchacha así. Pero bueno, que solo vas allí a leer, ¿verdad?

Me palmeé la mejilla enmascarando mi risa desvergonzada. No me hizo falta preguntar cómo lo tenía tan claro todo. Ni por qué se le iluminaban los ojos al hablar de la chica de gasolina. Hubo alguien un día, que se había atrevido a seguirle los pasos a Oti. Hubo alguien un día que tuvo agallas. Y hubo una vez en la vida, una Otilia muy parecida a Tessa.

Hay cosas que, simplemente, se sienten.

Le guiñé un ojo y asentí quedamente.

—¿Y Sonia? Parece muy dulce.

—Espero que no vayas a marear a las dos hermanas porque entonces sí que te vas a enterar de lo que es bueno.

Volví a reír.

—No es eso, pero me di cuenta de que la situación parece un poco extraña, y no son de aquí, no tienen el mismo acento que vosotros. ¿Qué sucede?

No hicieron falta más aclaraciones ni divagaciones, Oti se dio por entendida. No había que ser muy listo para deducir que en esa familia había una historia por contar.

La anciana desvió la mirada y se concentró en doblar el trapo de cocina sobre que el que había apoyado los antebrazos hasta el momento.

—Es mejor que de momento no hagas preguntas sobre ellas, chico. Es pronto para que confíen. Dale tiempo.

Me pareció lógica su actitud, y me gustó que no tratase de esconder lo evidente.

—¿Viven ellas solas con el pequeño?

—Si lo preguntas por saber si están casadas te digo que hoy no, mañana ya veremos. Apresúrate si quieres llegar a tiempo, que hombres que las rondan tienen. ¿No te he dicho que no más preguntas?

Bernardo, Mariana y Humberto hicieron su aparición en ese mismo momento, con sus vozarrones, el golpeteo del bastón y alguna que otra tos.

—¿Ya has convencido al chico para que se quede? Necesitamos muchachotes fuertes que tengan ganas de repoblar, tú ya me entiendes. —Ese era Humberto, que nos hablaba como si estuviéramos a tres kilómetros de distancia.

—Bueno... os confesaré algo, no soy el más adecuado para quedarse a... repoblar, tengo un pequeño problema de fertilidad. —Abrieron los ojos como platos—. Ya sabéis... espermatozoides vagos. —Saqué al experto en interpretación que habitaba en mí y apreté los labios en un gesto de resignación.

—¡¡Santo Dios!! ¿Eso qué significa? —Mariana se santiguaba a más de mil.

—¡Que no se levanta el cachivache! —exclamó Oti, atolondrada.

—¡¡No!! —exclamé. Lo que fuera menos eso, joder.

—¡Que dispara demasiado rápido! —intentaron adivinar de nuevo, esa vez Humberto.

—No, mujer, eso solo significa que necesita más intentos para hacer diana —explicó Ricardo, con los ojos entrecerrados y toda su comprensión.

—Ahh, bueno, pillín, eso es lo que dicen todos.

Cuando la tropa se marchó a pasear, yo me bajé al pueblo, para entretenerme, comprar comida y socializar. Allí me di cuenta de lo importante que resultaba quién era yo, de dónde llegaba, por qué los visitaba y a qué me dedicaba. Casi cada persona con la que me cruzaba me saludaba con ambición de información, aunque parecía que la mayoría ya la supiera y tan solo necesitara que sus oídos y sus ojos fueran protagonistas de ello, testigos en primera persona. Daba la impresión de que las visitas allí escaseaban. Mucho.

Veía caras de satisfacción cuando les decía que era actor, y las mismas se desinflaban cuando matizaba que me dedicaba al teatro. Mi puta vida en bucle, resumida en esos gestos, en esas milésimas de segundo.

Ya casi a mediodía decidí comer en el que me indicaron era el único bar de la zona.

El «local de Tino» era taberna, bar, casino, tienda de chuches, zona de recreación y el único sitio que tenían para reunirse. Le vi ya de primeras, el encanto de los sitios de siempre. Ese aire nostálgico por los letreros laterales que una vez tuvieron todas las letras, un toldo roído por el sol y magullado por la aridez; los ventanales grandes que permitían el cotilleo; la terraza con las mesas de publicidad estriadas por todas las pasadas de estropajo, con algunos vecinos sentados en ellas, tan frescos, mirándome como si fuera una maldita aparición. Los saludé con la misma osadía y no hubo sorpresas al entrar en el local: me recibieron las mesas con los bordes cascados, las sillas de melanina de distintas generaciones (y ninguna de la actual), fotos antiguas y torcidas en las paredes y demasiadas cáscaras de cacahuete por el suelo. Allí una mesa con el sonido característico del dominó, aquí unos jóvenes con más birras que cabezas y la barra vacía capitaneada por un tipo con gesto afable, jugando al solitario.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿qué hay? Yo soy Tino, el dueño del local. —Me estrechó la mano, campechano.

Los decibelios disminuyeron, los clientes del bar pausaron y rebajaron cualquier charla y se centraron en mí.

—Soy Matías, me estoy quedando en Artigas unos días.

—Sí, eso me han dicho. ¿Te pongo algo?

—¿Qué cervezas tienes?

Creo que todos en el local lo escucharon, y vi de reojo como arquearon las cejas.

—Pues tío, no les pongo nombres, pero te las presento y tú las bautizas si quieres.

Estallé en carcajadas por su atrevimiento y el mío, y porque su tono medio avergonzado había acabado por avergonzarme a mí por la pregunta.

—¿De dónde sales, tío? —preguntó Tino, saltando de su cuchitril y palmeándome la espalda después de que nuestras risas se hubieran apagado.

—Llámame raro, pero en Madrid solemos elegir las bebidas.

—*Madrizz, Madrizz*. Cómo no —repitió imitando mi pronunciación—.

Raro no, pijotero un rato.

Me puso una cerveza con un nombre impronunciable, y se movió por la barra sin dejarme solo, preguntando, contando. Nos caímos bien. Bromeamos con esa hermandad de quien se tantea y se reconoce. En valores. En humor. En ese *no-sé-qué* de camaradería.

El ruido infernal del motor entumecido de una máquina de atropellar mundos se coló por las paredes de papel del sitio y detuvimos unos segundos la charla. Me volví para ver como un tractor aparcaba entre el parque y el bar.

Y la que lo conducía no era otra que la chica de gasolina.

Con un mono de trabajo que no impedía que se intuyeran sus formas.

Con ese orgullo desafiado y latente.

Con una sonrisa que competía con la primavera.

Nunca una imagen me parecerá tan sugerente como ver a una mujer sin límites. Me pareció poderosa allí arriba.

Invencible.

Descendió ligera, sin prisas, saludando a los que la miraban desprenderse de su trono como una reina inmortal habitual. Y de nuevo la perdí en el interior del edificio que quedaba frente al parque.

—¿Dónde va Tessa? —La señalé con la cabeza dando la sensación de que ya nos conocíamos lo suficiente.

—Eso es el Ayuntamiento, la Casa de la Cultura, Servicios Sociales, cuartel del alguacil, edificio multiusos del pueblo... Pero imagino que ella irá por la Biblioteca. Hay wifi y suele bajar para recabar datos de esos.

No soy precisamente bueno filtrando ideas maliciosas, y aquella se cruzó como un relámpago antes de que pudiera analizarla. Salí del bar y bloqueé su tractor con mi todoterreno, asegurándome que no había forma humana de moverlo de allí... a menos que se atreviera a arrasar con él. La idea por sí sola ya me divertía.

Tino había visto mi maniobra y me sonrió al recibirme de nuevo.

—Estás loco, tío. Se va a poner como una bestia. No sabes lo que te haces.

—¿Sabes qué? Que ahora tengo hambre, tomaré un bocadillo.

—No me digas que no te he avisado. —Recogió la baraja de cartas esparcida sobre la barra y negó con la cabeza, sin perder su sonrisa—. ¿De qué quieres el bocata?

—Ah, ¿a esos sí que los bautizas?

Soltó una carcajada aferrándose la barriga.

—Tú eres un mamón de mucho cuidado, pero agárrate los machos que

cuando venga Tessa se te van a acabar las risas.

Pude contemplarlo por la ventana que daba a la cocina preparándome un bocadillo de jamón a la plancha con un queso de la zona que casi me hizo olvidar que tenía a mis espaldas una bomba nuclear a punto de ser activada. Mientras lo preparaba me contó voceando que aquel bar había sido el negocio familiar de sus padres y abuelos, pero no me quiso responder a ninguna de las preguntas que le hice sobre Miss Simpatía y su familia. Otro intento yermo.

La puerta se abrió con energía, y se me dibujó sola la sonrisa.

—Tu coche está bloqueando mi vehículo —de nuevo esa voz penetrante. Vehemente.

Me ladeé con lentitud deliberada, dejando la mitad del bocata sobre el plato. Tino tenía un brillo de anticipación vivaracho en su cara.

—Buenos días, preciosa —la piropeé.

Lo estaba. Llevaba un moño que no se le mantenía del todo atado por la suavidad de los mechones oscuros, que se deshilachaban. El mono azul envolvía su silueta hasta su cuello, y el frío marcaba sus mejillas y su nariz, ligeramente sonrosadas. Pero lo verdaderamente magnífico eran esos ojos duros que se contenían.

Para los actores cada movimiento tiene un color, un sonido, un equilibrio. Los movimientos de Tessa asediaban. Eran llamas color violeta. Calcinaban y atraían a partes iguales.

—He dicho que tú coche está bloqueando mi vehículo —repitió con un tono mecánico que me avisaba de que su límite estaba cercano.

Humedecí mis labios y repasé con la lengua los dientes disimulando mi sonrisa para después hacer girar mi taburete y fijar la vista en la acera. Antes de que pudiera seguir con mi juego, se acercó a nosotros una mujer con melena corta y rizada, que nos interrumpió, acelerada.

—Este maromo debe de ser el chico del que todos hablan, yo soy Cristina, la mujer de Tino. —Me plantó dos besos sin ceremonias y aprovechó el desequilibrio para palparme los hombros y la cintura. Yo encantado con su descaro, por supuesto—. Creo que por una vez en la vida no han exagerado con la descripción... ¡Madre mía, cómo está!

Tino se reía a duras penas, aún demasiado pendiente de los cohetes en los ojos verdes de Tessa. A puntito de reventar la capa de ozono y mandarme a otro puto planeta.

—Estamos haciendo una porra, a petición popular de este bombón —señaló a Tessa—, dice que ya debes de tener el coche cargado para salir

pitando. ¿Me puedes dar una pista para tener ventaja?

—Gracias, Cris. Ahora querrá quedarse hasta el verano —replicó la aludida con voz espesa.

—La verdad es que cada minuto que paso cerca de ella me decido más a alargar mi estancia —repliqué guiñándole un ojo.

Cristina nos ignoró, tan flamenca.

—¿Es verdad que eres actor?

—Sí, de teatro.

—¿Entonces no sales en la tele y ese tipo de cosas? Creo que tu cara me resulta familiar.

—La fama está sobrevalorada. —Hice un gesto banalizando que a ella le resultó gracioso y que a Miss Simpatía la puso más nerviosa. Removió las piernas y se cruzó de brazos sin dejar de calcinarme—. Pero sí que he dado algunas entrevistas últimamente, quizá si aquí llega la prensa...

—Sí, a la tienda de ultramarinos llega la revista *Hola*, un poco más tarde de lo habitual, pero llega.

—Mmm, vaya, pues no. No tengo el caché suficiente para que las revistas de esos niveles retraten mi *loft* en Vallecas.

Más risas de Tino y su mujer. Más resoplidos de Miss Simpatía.

—Ah, ya veo. Va a ser una de esas pasiones reñidas que me gustan tanto...

—Esa fue Cristina, observando la actitud de Tessa; y aquello solo significaba que la tenía de mi bando. ¿Qué bebían las mujeres de esa zona para ser tan deliciosamente maliciosas? Que les levanten un monumento, joder—. Entonces voy a apostar que te quedas un tiempcito, que me da en la nariz que voy a ganar esta porra.

—Cris, no te emociones, anda.

—Tessa, cielo, no hay por qué negarles lo evidente. —Se estaba convirtiendo en un vicio aquello de provocarle incendios.

—¡Ay, Tess! Qué caradura es. Este es tu príncipe azul.

—En fin, una lástima que sea republicana —dijo la aludida con desidia.

Me resultaba graciosa enfurruñada. Le guiñé un ojo, clavé mi mejor mirada en la suya y le susurré con voz enronquecida:

—*Ah, el amor combativo... todo creado de la nada. Grave levedad, seria vanidad, caos deforme de formas hermosas, pluma de plomo, humo radiante, fuego glacial, salud enfermiza, sueño desvelado, que no es lo que es. Yo siento este amor sin sentir nada en él.*

La nebulosa particular que nos había envuelto se resquebrajó con los

murmullos de Tino, que anunciaba que yo estaba como un cencerro, y los aplausos silenciosos de su emocionada mujer.

—¿Qué es lo que has recitado? —alcancé a oír la pregunta de Cristina, aunque no aparté los ojos del rostro impermeable de Tessa.

—Unos versos de Romeo y Julieta.

—Ohhh. ¿Los recuerdas? ¿Has interpretado alguna vez a Romeo?

—No. Lo cierto es que solamente aprendí algunas estrofas para ligar. Son puñeteramente infalibles, nenas —mi tono, exagerado y socarrón, elevó el sonido de las risas, que se escucharon hasta en Teruel. Estoy casi seguro.

Y lo mejor de todo es que, aunque estuviera intentando reprimirse, a la chica de gasolina se le coló la sonrisa entre las pestañas.

El matrimonio volvió a meterse en la cocina para preparar los menús, y Tessa volvió a pedirme exigirme que quitara ya el maldito coche de detrás del tractor.

—Ah. ¿Es un tractor? Pensaba que era un monumento en memoria de los primeros que se atrevieron a montar con ruedas.

Apretó los labios para no morderme a mí, supuse. Para no desgarrarme la piel a tiras.

—Pues no, es mi tractor, se lo presento al urbanita torpe. —Hizo un ademán con el brazo, casi teatral—. Y ahora, ¿puedes quitarlo para que me pueda ir a casa?

—Vale, cielo, me acabo el bocadillo y lo quito.

El aire se podía cuartelar, y el tiempo para mí empezó a medirse en los segundos que faltaban para que la chica de gasolina se incendiara.

—Creo que no me has entendido. Tienes que salir. Ahora.

—Tessa, estoy comiendo, cariño. Tengo las manos pringosas, solo tienes que sentarte un momento y esperar. O mejor... te invito a algo.

Ya estaban todas mis cartas sobre la mesa. Ella levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Ya.

Me volví de nuevo hacia mi plato, sin poder desinflar mi diversión.

—No tienes más remedio que esperarme, nena.

—¿Tú has permitido esto? —se dirigió a Tino, que se asomaba por la ventanilla de la cocina—. ¿Te parece divertido?

—Eh, eh, eh. Aguanta fiero, que yo lo he avisado. No tengo nada que ver. —Su amigo levantó los brazos y se adentró en la cocina murmurando que ya sabía él que iba a pagarla y algo referente al loco del nuevo, con su mujer

siguiéndole los talones preguntándole qué sucedía.

—¿No puedes conmigo y la pagas con él?

—Vale, Matías, ya me has gastado la broma. Ya lo has pasado bien. Ahora dame las llaves de tu coche y yo lo aparto mientras tú acabas de comer —dijo cansina.

—Prefiero que te sientes a comer conmigo.

—Ya, pero eso no va a pasar.

—Entonces tendrás que esperar a que acabe, contemplándome. Deléitate, cielo —paladeé.

Su mano se fue directa al bolsillo de mi pantalón, donde creyó que estaría la llave.

—¡¡Joder, Tessa!! —interpreté alarmado para llamar la atención de los clientes—. ¡¡Aquí delante de todos no puede ser!!

—Ah, ¿pero te crees que eso me va a parar? —El reto en su mirada, la ira en su piel. Se volvió hacia los vecinos—. ¡Me ha bloqueado el puñetero tractor! ¡Estoy buscando la llave!

Su mano siguió hurgando celosamente cerca de mi entrepierna, y mi miembro no estaba dispuesto a contenerse el estímulo que me provocaba esa mujer impulsiva. Explosiva.

Gemí fuerte, siguiendo con mi papel... o con mis ganas.

—¡Oh, sí, nena! Sigue.

No tardó en notar mi excitación, una llave muy distinta a la que ella buscaba.

—¡¡Serás... cerdo!!!

—¡Pero si has sido tú! ¡Eso no se puede evitar! Te me has echado encima y luego te enfadas. No hay quien te entienda.

Se apartó y suspiró fuerte.

—Te estás tomando demasiadas molestias huyendo de mí. Me temes, si no te sentarías a mi lado y me demostrarías que no te preocupa compartir un rato sin miedo a perder tus bragas conmigo.

Fingió una risa de principiante. Una risa de intérprete *amateur*.

—Ya, claro, y entrar en tu juego. ¿Crees que me chupo el dedo, Matías?

—No lo sé, enséñamelo —murmuré para que solo ella pudiera escucharme—. ¿Qué piensas hacer?

Volví a saborear mi bocata, tranquilo.

—Tirar marcha atrás sin importar lo que le ocurra a tu coche.

Ahí estaba la prueba de que no me equivocaba con ella.

—Lo he pensado, pero no te atreverás. Insistes en complicarte, con lo sencillo que hubiera sido sentarte conmigo... En fin, me apiadaré de ti: ven de nuevo a por la llave... si te atreves.

Percibí la duda en su cuerpo, pero ganó el desafío, y se acercó a mí con lentitud.

—Qué poco me conoces —me retó.

—Estoy deseando hacerlo, preciosa. La llave está en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Me limpié las manos con servilletas de papel y me levanté para que pudiera alcanzarla.

Tessa clavó los ojos en los míos y consumió la poca distancia que nos restaba. Podría haber decidido evitar el roce de nuestros cuerpos, esquivarme; pero aceptó la guerra con todas sus consecuencias, y sin dejar que nuestras miradas se perdieran, deslizó su mano por el interior del bolsillo. Cuerpo frente a cuerpo. Me quedé completamente inmóvil, disfrutando de la cercanía y del ritmo de mi pulso multiplicándose al sentir la caricia suave de su aliento. Pensé que sus pestañas podían enredarse con las mías, y que sus ojos jaspeados e intensos me desafiaban a comprobar hasta dónde podía llegar. Aproveché la proximidad para susurrarme en mi oído.

—¿Era esto lo que querías? ¿Ya estás contento? —su voz sonó demasiado sensual. Demasiado cercana.

«Joder con la incendiaria».

—Quería comprobar que no rehúyes ninguna guerra, amor.

Su hallazgo tintineó entre sus dedos.

—Espero que elijas mejor a tus oponentes en un futuro, o que te acostumbres a perder. —Hubiera besado esos labios que se alejaban, triunfales.

Me apresuré en sacar un billete y dejarlo sobre la barra para seguirla. Ni siquiera nos despedimos de los dueños del bar.

—Siento decirte que soy ganador de esta primera batalla, cariño.

—Pobrecito, supongo que tu ego necesita creerlo, pero aquí están las llaves y ahí estás tú siguiéndome —su tono fue firme, vencedor.

—Te pedí que te quedaras hasta acabar mi almuerzo y eso es lo que has hecho. —Los dos nos volvimos para evidenciar que el plato que antes soportaba mi bocadillo ahora permanecía vacío en la barra—. Y encima me he llevado un achuchón gratuito.

Sus ojos furiosos se medían con mi sonrisa. Me estampó las llaves contra

el pecho.

—Gracias por acompañarme hasta el coche. Nos veremos antes de lo que imaginas —me despedí.

Tuve que reconocerme que nadie allí había ganado cuando me descubrí subiendo al coche con urgencia para liberarme de ese deseo insatisfecho que había crecido en mi entrepierna.

Además, tendría que ingeniármelas para que esa leona me abriera la puerta de su casa esa misma noche...

5
TESSA

«—*Nadie podrá evitar que suceda lo que tiene que suceder.*

—*¡Tanto te gusta ese hombre!*

—*¡Tanto! Mirando sus ojos me parece que bebo su sangre lentamente».*

(*La casa de Bernarda Alba*, Federico García Lorca)

Me costaba creer que estuviera en mi casa sentada en un corro con el pretencioso, insoportable y descarado de Matías. Vendida en mi propio hogar y por mi propia hermana, que lo había dejado pasar con la excusa de no montar un numerito delante de Luis. Con la misma excusa aderezada de educación, Sonia me había pedido que le diéramos una oportunidad a la idea que el rey de los calaveras planteaba. Porque eso era el colmo: se había presentado aquel martes por la noche criticando nuestra perspectiva del club de lectura, argumentando que no tenía sentido que cada uno leyera su libro y que así esperásemos atraer la atención de mi sobrino.

Y se había tomado la gran molestia de arrancarse con la iniciativa y fotocopiarnos en el pueblo una obra teatral para Sonia, Ben, él mismo y para mí. Los mismos que estábamos en ese momento sentados como indios en el suelo, cerca del crepitar del fuego, mientras Luis nos observaba sentadito en el sofá, con su libro de cuentos en el regazo.

Y se suponía que aquello era una magnífica idea. Eso había dicho Sonia, prometiéndome que si no funcionaba, la descartaríamos «amablemente» y seguiríamos al día siguiente con nuestra marcha. Estaba impaciente por deshacerme de él.

—Tenemos que escoger personajes. Yo ya he pensado un reparto. —Matías parecía entusiasmado con aquello.

—Cómo no... —ataqué veladamente. Sabía que me estaba comportando como una cría, pero no lo podía remediar. No con él.

—¿Qué libro es este? —preguntó Ben con gesto de extrañeza, observando

su fardo de fotocopias.

—Es una obra teatral. *La casa de Bernarda Alba*. Un clásico.

—¿De qué va?

—Se podría resumir en que es la historia de una familia en la cual tres hermanas se enamoran del mismo hombre. Aunque hay mucho más que eso.

—Oh. —Ben pareció complacido con la información. Supongo que el amor se podía entender universalmente.

Sonia y yo tampoco habíamos leído la obra, y confieso que despertó cierta curiosidad con su resumen.

—He pensado que Ben podía ser Poncia; Sonia puede interpretar a Angustias, Amelia y la criada; Tessa, a Adela, Magdalena y Martirio; yo trataré de interpretar a Bernarda, a María Josefa y el resto de personajes con papeles más secundarios. Primero cada uno debería leer el primer acto en silencio, y luego nos ponemos a ello en voz alta. ¿Qué os parece?

—Mejor no opino. —Daba igual porque todos me ignoraban, la verdad.

—Vale. —Sonia parecía dispuesta a ser la nueva Concha Velasco.

Matías ayudó a Ben marcándole sus intervenciones, leyéndolas y explicándoselas, así que a mi hermana y a mí nos dio tiempo a leer y releer el primer acto, incluso el segundo. Luis seguía sentadito en el sofá pasando las páginas de su libro sin ningún interés en nada en particular.

—Vale. Creo que ya podemos empezar. Lo que vamos a hacer son lecturas dramatizadas, se trata de que reaccionéis a lo que hayáis leído, a vuestros diálogos. No son lecturas exactas del personaje, necesito que os transforméis en ellos, que penséis en vuestras propias reacciones frase a frase... Olvidaos de la vergüenza, de cambiar voces, tenéis que sentir que sois cada uno de...

—Blablabla. Vayamos al lío o este suplicio de día no acabará nunca.

Matías sonrió. Al parecer yo le hacía mucha gracia. Lo odié un poquito más por eso.

Empezamos la interpretación a modo de lectura. Y la acabamos.

Y entre medias... fue un tremendo desastre.

Uno de los gordos.

Catastrófico.

Una calamidad hecha a medida por Matías, claro, que había escogido personajes que resultaban nuestra antítesis.

A Ben le costó horrores interpretar a la clara y atrevida sirvienta Poncia, y se enganchó tres millones de veces, más aún cuando el recién estrenado director de teatro lo instó a mantener ese porte rancio de la época y un tono

crudo. Mi hermana, tan dulzona ella, tenía que leer los papeles de las hermanas más secas y fatalistas, y de las criadas *metomentodo*. Yo interpreté a la hermana rebelde pero enamoradiza, pasional, la desmedida, y a la comprensiva. El colofón fue la rotunda representación del actor de mujeronas como Bernarda, la tirana; la lunática de la abuela, y el resto de elenco con sus mundos.

Confieso que puse todo mi empeño en que resultara un fiasco y saqué a relucir todo mi arsenal de apatía. Pero me resultó imposible no contagiarme de aquel paripé desvariado.

Traté de luchar contra las sonrisas que se me escapaban muy a mi pesar.

Y traté de evitar las miradas de Matías, que me contemplaba con ese aire suyo, travieso y vanidoso, queriendo susurrarme con su sonrisa satisfecha que, a pesar de todos mis esfuerzos por permanecer irritada, él estaba consiguiendo hacerme reír.

Había que reconocerlo: Matías tenía... chispa. Aunque yo me empeñara en demonizarlo y tratar de sabotear la idea (y su vida en la aldea).

Pero el resultado fue tan torpe... que no me quedó más remedio que reír.

Y reír.

Y reír.

Todos lo hicimos. Teníamos que cubrirnos la cara con las fotocopias para ahogar nuestras risas y no desconcentrar al que en ese momento estuviera leyendo. Y mirarnos los unos a los otros de reajo como si estuviéramos conspirando. Y nuestra lectura, interrumpida por la cadena de carcajadas perpetuas, atrajo la atención de Luis, al que de repente encontramos observando por encima de nuestras cabezas tratando de entender aquel cuadro.

La recuerdo como una velada magnífica. Recuerdo nuestros rostros amarillentos iluminados por la luz tenue y el fuego. Recuerdo nuestras sonrisas creciendo sin límite, cercanas las unas a las otras. Llevaré siempre conmigo la ilusión desconcertada en el rostro de mi sobrino, que empezó a creer realmente que las letras podían crear cualquier emoción grandiosa. La naturalidad de Ben sintiéndose parte de un grupo en igualdad de condiciones, equiparándose también en ternura.

Fue mágico descubrir un pedacito de teatro en una casa de adobe, junto a una chimenea encendida aún en primavera, con la luna proyectando su luz nocturna por la ventana. Un *sheriff* con problemas de fluidez en el habla. Una pelirroja vergonzosa con tantos miedos como amaneceres. Una chica de acero fundiéndose. Pasándolo tan bien que olvidamos todo, incluso que el objetivo

era deslumbrar al pequeño. Por eso lo conseguimos.

No. Tampoco gané aquella batalla. O eso pensé en esos momentos. Aunque por aquel entonces aún me quedaba por aprender que perdiendo también se gana. A veces, algo mucho más grande que lo perdido.

Sonia y Luis se fueron a dormir poco después de acabar nuestra primera intentona de club de lectura teatro, y Ben aprovechó para escabullirse en la cocina para prepararse algo de comer: si se lo permitíamos, podía pasar el día picoteando guarradas.

Me quedé sola ante el peligro.

Matías se repantigó a mi lado en el sofá, comiéndose el espacio y concediéndome apenas unos milímetros de tregua entre su cuerpo y el mío. Intenté ignorarlo, concentrarme en la pantalla del televisor hasta que Ben regresase, pero notaba mi respiración cargada.

—Eres una actriz nefasta, Tess. Lo has hecho fatal. Menos mal que mañana seguiremos ensayando...

Antes muerta que reaccionar ante una nueva provocación. Seguí ignorándolo, allí sentada. Envarada. Llena de estalactitas.

—Y no me refiero solamente a la lectura de tus papeles. Mírate ahora: ahí fingiendo que sigo siendo tu enemigo cuando sabes que algo ha cambiado esta noche y me ves con otros ojos. —Su voz era un roce indecoroso, aterciopelada y pecaminosa—. Podemos parar y firmar la paz, o puedo seguir incendiándote.

No respondí. Lo ignoré. Mentira, fingí ignorarlo.

—En fin..., como quieras, seguiremos. Fíjate bien: ahí luchando contra todo ese calor que te provocho, ¿eh? Tu respiración aletargada. Sé leer el deseo en ese estremecimiento, ese temblor que has intentado enmascarar presionando tus piernas...

—Vale ya, Matías —siseé.

Me volví lentamente, entendiendo en el mismo momento en el que mis ojos se encontraron con los suyos y con su sonrisa ganadora que había sido un error. Me miraba con deseo, con esos ojos oscuros y seguros fijos en mí. No parecía orgulloso de su hazaña, no parecía estar jugando. Ese hombre me desconcertaba.

—Eres un capullo manipulador. Y como no te comportes, te voy a arrastrar fuera de mi casa.

Mentira. Me estaba gustando todo aquello. No lo entendía... Quizá me halagaba toda esa atención en mí. Quizá era simplemente ese deseo encendido después de tanto tiempo... Quizá mi hermana llevaba algo de razón y lo que necesitaba era sexo... convincente.

Su risa me acarició.

—No me haría falta provocarte si me prestaras atención por voluntad propia, como haces con todo el mundo.

—¿Por qué te tomas tantas molestias?

—No es una molestia. Es un placer.

—¿Por qué?

—¿Qué otro entretenimiento hay aquí? —Se encogió de hombros y resopló. Era inútil tratar de conversar con él—. Entonces, ¿qué? ¿Fumamos la pipa de la paz?

¿Qué otra opción me quedaba? ¿Esperar a sentirme arrastrada hasta su siguiente desafío? Ese hombre parecía de los que no se rendían.

De los que a mí me gustaban.

Asentí y estreché la mano que me ofrecía. Resultó un apretón cálido, y breve, y lo eché de menos cuando lo perdí. Maldito Matías, qué bien sabía jugar con sus artes.

—A Tino no le ha gustado que preguntara por ti esta mañana. Parecía receloso. —Sabía que era una pregunta indirecta, aunque a mí no me dio la gana ponérselo fácil.

—Ajá.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—Sabe que nos conocemos. ¿Por qué te protege?

—Si estás tratando de preguntar si tengo algo romántico con Tino, ya sabes la respuesta.

—No. La cuestión es: ¿por qué hay tanto hermetismo a vuestro alrededor? ¿Por qué Otilia dijo el primer día que no os gustan los extraños? ¿Por qué no vivís en el pueblo, con sus comodidades? ¿Por qué me da la impresión de que os estáis escondiendo en una aldea despoblada?

Creo que no llegó a enfadarme porque lo preguntó muy suave, parecía realmente preocupado.

—¿He hecho las preguntas adecuadas? —volvió a inquirir en un susurro.

Sabía que me estaba analizando. Sabía que indagaría en mi postura, en mi voz, que olería cada mentira que quisiera contarle. Así que ni lo intenté.

—Supongo. Antes o después ibas a cuestionártelo, y lo entiendo, pero acabo de conocerte, así que no las voy a responder. Tampoco las van a responder en el pueblo, ni aquí, porque es un asunto serio. Así que te pido, si no quieres ponernos en una situación muy comprometida, que dejes las preguntas sobre nosotras.

—Entendido. No tienes por qué preocuparte. Pero dime al menos quién se esconde: ¿ella, el pequeño, tú... o los tres?

No lo dejaría. Descartaría hipótesis. Intentaría sonsacar detalles.

—Déjalo, por favor. —Aparté el orgullo y ese estúpido juego de desafío—. Cuanta menos gente sepa, más protegidos estamos. No rebusques. Por favor.

Asintió lentamente, con un gesto endurecido que me resultó nuevo, con una seriedad que me parecía imposible en él.

—Está bien. —Suspiró—. Aunque me gustaría que confiarais en mí... Sé que es pronto para ello. Pero podría ayudar... Tengo contactos. Sea lo que sea, estoy seguro de que podría echaros un cable.

Negué con un gesto de cabeza, pero me gustó esa nueva cara del desconocido. Esa faceta tan cálida. O desinteresada. Casi tierna.

—¿Amigos?

Volví a negar, pero esta vez sonriendo. Qué mala mentirosa era.

—Entonces esta pregunta sí tienes que responderla: ¿quién diablos le compró el jodido disfraz a Ben?

Y ahí iba otra nueva sonrisa involuntaria. Y otro intento para apagarla, para hacerla morir antes de que mi contrincante ganase más batallas. ¿Qué les ocurría a mis labios que no podían dejar de curvarse estando con él?

—Por supuesto que fui yo. Intenta comprar un uniforme de *sheriff* a alguien que mide dos metros, a ver qué encuentras.

—Querrás decir un disfraz de *sheriff*.

—Es su uniforme —repartí las sílabas con una lentitud deliberada, retándolo a contradecirme.

—Oh, venga ya, Tessa. No creo que sea sano que piense que realmente es el *sheriff*.

—No es lo que piensa, es lo que es. Ben actúa como uno, tiene sus funciones, y por lo tanto lo es. No hay más que hablar.

—¿Te parece bien que cualquiera pueda reírse de él por ir por ahí de esa guisa? ¿Te parece bien que viva una mentira?

—No puedo controlar de lo que se ríe la gente, pero te puedo asegurar que

en el pueblo y aquí, lo respetamos. Y ¿sabes qué? Ben antes no tenía ganas de vivir. Se sentía un cero a la izquierda. Tiene derecho a contarse las mentiras que necesite para seguir viviendo. No hace daño al resto. Así que tiene todo el derecho.

Parpadeó unos instantes y creí ver que sus ojos me enfocaban con un brillo orgulloso.

Por fin empezaba a salir vencedora de algún desafío con él.

—«Tiene derecho a contarse las mentiras que necesite para seguir viviendo» —repitió con un hilo de voz—. ¿Quién podría contradecirte? Pues sí. Al fin y al cabo, yo trabajo con la mentira, la modulo, la recreo, la hago mía y la convierto en arte... y en verdad. —Jugueteó de nuevo con el silencio, lo dejó prender unos segundos—. Tuve un maestro que defendía que un mundo sin mentiras era un mundo sin creatividad, sin ficción: un mundo aburrido. Solía decirnos que teníamos que encontrar las mentiras y las verdades que nos pertenecían a cada uno.

—¿Y las encontraste?

—En parte sí..., pero las reservaré para cuando estés dispuesta a contarme tu parte.

Nos aguantamos la mirada unos segundos que contenían demasiados latidos atropellados. Cercanía. Curiosidad. Complicidad.

—Aunque... ya podrías haberte esforzado para conseguirle un *uniforme* —recalcó la palabra— mejor —resolvió rompiendo la sobriedad instalada.

Esa vez le regalé una sonrisa sin filtros y tuve que desviar la vista, contemplar el fuego, pensativa.

—Pues en unos días llega su sombrero.

El que llegó fue Ben, un segundo después. Reapareció con un bol repleto de cacahuets dulces y un sándwich, y ni siquiera parpadeó por ver a Matías en el que solía ser su sitio. Envidié esa carencia de análisis. Esa facilidad para aceptar quizá lo que no entendía.

—¿Qué me he perdido? —farfulló entre el repiqueteo de los cacahuets que mascaba.

«Le he tenido que regalar varias sonrisas al recién llegado. Se me ha resquebrajado el pecho y escaparon, sin querer. Y las ha recogido al vuelo, y ahora sé que volverá mañana. Con su teatro y su descaro. Y yo temo por mis sonrisas».

—Nada. No hemos empezado a ver nada, te estábamos esperando —me limité a decir mientras le pasaba el mando para que eligiera el canal.

—Ben, lo cierto es que te has perdido la explicación de Tessa sobre la importancia de tus funciones. Cuéntame...

Y así fue como a Ben se le abrió el pecho y se le escaparon sonrisas traicioneras. Así se rindieron mis labios.

Y así, empezó nuestra amistad. Una amistad de tres.



RINDO
MI
BOCA.

6 MATÍAS

*«Solo, por ver si puedo,
harás que pierda a tu hermosura el miedo,
que soy muy inclinado a vencer lo imposible».*

(La vida es sueño, Calderón de la Barca)

«Día seis en la aldea. Ya he establecido como rutina dormir como venganza, bajar a almorzar al bar del pueblo y llamar a Julián. Hoy sí que ha atendido la llamada: que es pronto para volver, dice. Me van a tener aquí hasta que acabe la puta obra. Lo veo venir. Improviso un tirachinas y quemo las horas apuntando a las vigas del techo con bombas de papel. Por la tarde, desde la ventana de mi casa, veo a la chica de gasolina con el pequeño nativo, sentados en su porche. Parecen hacer los deberes. Segundos después estoy sentado con ellos».

Aquel porche tenía su encanto (un encanto aburrido, pero encanto, al fin y al cabo): con la vid enredándose en la pérgola de madera, dejando entrever racimos de uva envueltos en papel de periódico, el color verde esparcido por todos los sitios, muchas flores por aquí y por allá, sillones de mimbre con capas de toda la gama de Titanlux y muchos cojines. Sobre una puerta reconvertida en mesa, Luis hacía deberes mientras Tessa lo ayudaba y, a ratos, escribía anotaciones mientras ambos pasaban de mí.

—¿Qué son todos esos *post-its*? —Señalé la libreta en la que se amontonaban sin orden de todos los colores inimaginables. Además, podían verse muchos en la habitación de Tessa, que era la que conectaba con el porche, así que me levanté a inspeccionar sus paredes repletas de descripciones de tíos rubios con ojos verdes. ¿Qué diablos tenía contra los morenos?

POST-IT 1: Pasado. Ella estudiante de psicología. Él estudia publicidad. Encuentro en el lago.

POST-IT 2: Descripción de él, muy atractivo, rubio de ojos verdes y sonrisa ladeada.

Seguro de sí mismo.

Los tenía numerados, pero aun así allí había para volverse loco siguiendo aquella telaraña que se extendía pared tras pared. Aproveché para curiosear su austera pero agradable habitación: totalmente blanca, con una cama sin mueble cabecero, un armario pequeño y una cómoda de madera sobre la que se apoyaba un espejo, un montón de libros y un jarrón con lavanda seca. Así que las verdaderas protagonistas eran esas notitas cuadradas moteando las paredes como un camino ondulante.

—No veo ningún moreno de ojos marrones. ¿Qué tienes en contra de nuestra pigmentación?

Le hizo un poquito de gracia mi pataleta infantil.

—No tengo nada en contra de los morenos, y todos son el mismo rubio de ojos verdes: el protagonista.

—Quiero leer tus historias. ¿Por qué no quieres decirme tu seudónimo?

—Porque no pienso darte más armas en esta guerra, Matías. Y ahora, silencio, que Luis se desconcentra.

Y me gustó. Porque reconocía que allí había una guerra. Y porque aunque luchara contra ello, yo podía ver su sonrisa colarse entre sus pestañas cada vez que me acercaba.

Jugué con Luis para que ella pudiera tener un descanso y centrarse en su novela... y vi demasiadas veces sus ojos posarse en nosotros, acompañados de aquella sencilla sonrisa que intentaba apagar con una mueca.

Y me gustó.

«Día siete en la aldea. Sigo en busca de mi integración social entre los nativos, por el bien de mi salud mental. Hay similitudes con la vida urbanita: entre las mujeres del pueblo genera cierto entusiasmo mi presencia. Me visitan en el bar cuando saben que estoy, me ofrecen comidas caseras... Incomprensiblemente, el sexo masculino parece más hostil. Esta mañana Tino me ha avisado de que puedo llevarme gratis un *pack* completo de vivencia extrema en el pueblo —una hostia en toda regla de algún marido— si no detengo mis encantos. Por la tarde oigo el ruido del freno de la bicicleta y sé que es la nativa hostil llegando después de recoger al pequeño. Al rato soy yo el que está sentado con sus deberes, mientras ella teclea cerca de nosotros.

Hay que ver lo que consigue el aburrimiento».

Y ahí estábamos los dos, relacionando los dibujitos de aquel libro según su nombre fuera con la letra «c» o la «q». Y ahí estaba de nuevo: el miedo de Luis a que lo empujara a hablar. Los niños no eran mi debilidad. Vale, tenía que dejar los eufemismos: siempre solía buscar el lugar más alejado de ellos en las reuniones con amigos o compañeros de curro. Pero ese niño en especial me recordaba a mí. Él con sus terrores y yo con los míos, aunque uno de los dos supiera camuflarlos.

La chica de gasolina ese día llevaba un pantalón corto y una sudadera ancha de la que apenas sobresalían sus dedos para teclear. A ratos cesaba el sonido arrítmico y seguro de las teclas, para volverme loco apoyando las piernas sobre otro sillón de mimbre. Unas piernas deliciosas, por cierto, que exponía demasiado a pocos metros de un tipo con deberes soporíferos y muchos días sin sexo. En esos momentos Tessa parecía otra, distraída. Para ponérmelo más difícil también se levantaba y alcanzaba un racimo pequeño de uvas de la pérgola, mostrando unos centímetros su abdomen. Y joder qué piel. Cuando me pillaba mirándola yo volvía a ser el pobre muñeco tiroteado con dardos venenosos desde sus miradas fulminantes. Sobreviví gracias a mi escudo: su sobrino. Así que volvía a mirarla cuando podía, sabiéndome a salvo, para mi total diversión.

Luis y yo jugamos hasta la hora de su ducha, momento en el que Tessa me despachó a mi casa. Pero volví después de la cena para seguir con nuestra lectura de *La casa de Bernarda Alba*. Ben se enganchó menos veces... y me dio en la nariz que habían estado ensayando el papel esa misma mañana.

«Día nueve en la aldea. La gastronomía autóctona está basada en los huevos. Tooodos los días cenamos huevos con distinta receta».

Era fin de semana y vi a Tessa con Luis, cargados con mochilas dirigiéndose hacia la chopera.

—¿Dónde vais?

—No te importa, pesado. —Pero yo la había pillado mirando hacia la terraza de mi casa al salir de la suya.

—Tienes razón, no me importa, me apunto dondequiera que vayáis.

Y así fue como me llevaron de excursión improvisada hasta el riachuelo, nos mojamos los tres en una guerra de salpicones que dejó en evidencia la

silueta de la chica inflamable y cargó el aire entre nosotros de un deseo que esperaba la chispa adecuada para prenderse.

Después me autoinvité a su casa a cenar. Aún mojado y anhelante.

«Día diez en la aldea. Me aburro. Me aburro. Me aburro. Tengo la sensación de que el espacio entre la comida y el momento en el que los oigo sentarse en el porche es demasiado espeso. A los nativos ya no los sorprende verme por su vivienda. Pero hoy la autóctona pelirroja también está en casa... y la chica de gasolina aprovecha esa circunstancia para irse a escribir por la montaña. Que en casa no se concentra, dice. Pero me esquivo todas las miradas y sé que está huyendo de mí. Y lo que me anima saberlo... Creo que he iniciado un ritual de apareamiento con la mujer nativa hostil».

Cuando el pequeño acabó los deberes, y después de pedir permiso a su madre, subimos a la habitación para jugar. No tenía ni idea de cómo había ocurrido, pero con Luis sentía el nacimiento de un vínculo especial. Quizá fuera que entendía aquella máscara afónica que se había impuesto para reconciliarse con sus miedos. Quizá yo aún tenía la mía muy presente. El hecho es que me encontré en su habitación inventando juegos con sus muñecos, protagonizados todos por los miedos, y finalizaban superados gracias al teatro (que parecía ser lo único en lo que me desenvolvía bien). Le hablé de mí y de mis terrores. De lo que sentía cuando los tenía. De los suyos y cómo derrotarlos. Y empezamos a practicar unos ejercicios de relajación y dramatización.

Quería intentar borrarle ese terror con todo lo que yo sabía acerca de él.

Sonia me invitó a quedarme mientras ayudaba a bañar a Luis en el piso superior, para seguir después con la cena y el teatro. Solo, en la planta baja, encontré en la vitrina del comedor, entre todos los libros, algunos volúmenes repetidos... y así descubrí el escondite de la escritora de romántica escapista.

Esa noche Tessa peleó con sus diálogos, interpretando a la fiel hermana enamorada, y yo disfruté haciéndole difícil la tarea de esquivarme. Me senté a su lado y me incliné indecorosamente para hacerle apuntes de su texto, guardando la distancia exacta para activar su piel sin abordarla. ~~Para que quisiera más.~~ Para que ambos quisiéramos más.

«Día trece. He conseguido afinar mi puntería con el tirachinas, que se le escapan algunas palabras al pequeño nativo y quedarme prácticamente a vivir con las mujeres autóctonas. Llego por la tarde y me voy a medianoche, después de las noches de teatro. Mi ritual de apareamiento progresa. Hay momentos en que consigo que mi presa no se acuerde de que me está evitando, y entonces charlamos y reímos... hasta que nos rozamos. Y ella reconoce esa intensidad y se larga. Da igual. Sus pastillas de freno se desgastarán intentando apaciguar el deseo, y yo no tengo otra cosa que hacer aquí aparte de esperar. He recibido el pedido de los libros que hice. Han llegado al bar; ni los repartidores suben hasta esta aldehuela: ya tengo los libros de la chica inflamable junto a otros de teatro que he vuelto a comprar, en vistas de que aún me quedan unos días por aquí».

«Día catorce. Hay una nativa sensible que se esconde tras sus desafíos, su cinismo y sus gestos de asco —ladeando ligeramente el labio superior y arrugando la nariz— que intentan enmascarar sonrisas. Hay una chica de gasolina que sobrevive con cerillas en su interior. Y lo sé porque he leído sus letras».

«Día quince. Julián y yo hemos hablado esta mañana: tiene la impresión de que en la civilización todo se va diluyendo porque son otros los que encabezan escándalos. Piensa que podré volver pronto».

7
TESSA

*«...que aunque atravesase la mar
el agua me ha de prestar
nardos de espuma y sosiego
cuando me vaya a quemar».*

*(Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,
Federico García Lorca)*

Todos nos habíamos acostumbrado a que Matías se paseara por nuestro día a día con pertenencia, alterándolo todo. Ben ya lo miraba como un amigo, mi sobrino lo esperaba con la ilusión rellenoando sus mejillas, mi hermana parecía sentirse segura en su presencia... y yo fingía inapetencia, pero estaba deseando escuchar sus pasos directos a mi porche cada tarde.

Eso me hizo odiarlo un poquito.

Pero Matías también estaba logrando que los míos me necesitaran un poco menos, hacerme reír en contra de mi voluntad y que Luis se atreviera con algunas palabras titubeantes en su presencia.

Y eso me hizo odiarlo mucho más.

Estaba decidida a evitarlo siempre que pudiera, por eso solía marcharme de casa las tardes en las que Sonia no trabajaba.

Eso es lo que hice aquel día, el decimoquinto que Matías repetía su presencia en casa. Los dejé solos con Luis y me refugié en mi rincón preferido de la montaña, aprovechando que empezábamos a dejar atrás el frío, dispuesta a olvidarme de todo y cazar inspiración con mi libreta.

Volví ya de noche, justo a tiempo para el club de lectura rebautizado como «noches de teatro» y... ¡sorpresa!: Matías nos presentó una adaptación de *Peter Pan* en la que había estado trabajando para que Luis participara. Antes de que Sonia o yo pudiésemos decir que era demasiado pronto, el pequeño accedió. Y algo parecido a un volcán despertó en mi interior cuando percibí la complicidad con la que se miraban, las pequeñas vacilaciones de mi sobrino para intentar seguir el juego de Matías...

En el reparto de papeles, me escabullí, alegando que me dolía la cabeza. Salí al porche con mi libreta y mi portátil, y dejé que la noche cayera sobre mis hombros mientras oía el eco de sus voces llegando hasta mí. Incluida la de Luis, fugaz e infrecuente. Pero empezando.

Sonreía sola cada vez que alcanzaba a distinguirla, para después hundirme, a sabiendas de que me estaba perdiendo todo aquello por no soportar que había sido gracias a Matías.

Escuché sus pasos poco después. Y de nuevo mi corazón aleteando, vertiginoso.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí sin atreverme a mirarlo a la cara para que no detectara mi mentira. Él alcanzó con la mano las tiras de lucecitas que rodeaban los postes del porche y las toqueteó pensativo para después sentarse a mi lado en uno de los sillones de mimbre. Alargó las piernas y dejó descubiertos sus tobillos, y hasta ese gesto me pareció puñeteramente *sexy*. Que me apagasen como fuera ese fuego lento.

—Te has perdido la participación de tu sobrino. Hemos repartido los papeles. Adivina quién hará de Campanilla...

—¿Ben?

—Ben será Garfio. Y yo, Campanilla.

Me reí un poquito. Él siempre lo conseguía. Él parecía conseguirlo todo. Y ese pensamiento revolvió mi malestar.

—Tú serás Wendy, por cierto. Sonia hace de los niños perdidos y de narradora.

No pude morderme más los pensamientos.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté a bocajarro.

—¿El qué?

Odié que tuviese esa capacidad para mantenerme la mirada por muy afilada que fuera la mía. Su serenidad elegante. Esa forma de desvestirme las ideas con sus ojos francos. Ese pose de pirata descarado.

—¿Cómo estás consiguiendo que Luis hable un poquito?

La risa le bailó en los labios, y se palmeó la mejilla intentando resguardarla.

—¿Es eso lo que te jode? ¿Por eso te escondes de mí?

Suspiré fuerte como respuesta.

—No lo estáis entendiendo.

—¿Nosotras no lo entendemos? ¿Nosotras, que llevamos toda su vida a su

lado? ¿Y tú sí?

—Yo lo miro con otra perspectiva. Vosotras, sin querer, lo hacéis pequeño. Pero no veis lo que yo veo.

Lo detesté por hablar de Luis con esa ternura. Porque me derretía todas las excusas. Todos los contraargumentos.

—Dime cómo lo haces. Enséñame qué estás haciendo y cómo lo ves tú.

—No estás preparada para ponerlo en práctica.

Casi pude escuchar el estallido de furia en mi pecho.

—Te irás dentro de poco. Tengo que saberlo para seguir haciéndolo cuando no estés. —¿Cómo me costó sacar cada maldita sílaba! Pronunciarlas sin chillarle.

Zarandearlo.

Besarlo.

—¿Has observado a Luis cuando está en una situación en la que se le pide hablar? Tiene tanto miedo que lo extraño sería que pudiera articular algo. Siempre agacha la cabeza un poco, esconde las manos porque le sudan las palmas. Cuando le pedís palabras..., lo observáis atentamente, esperándolas, y aumenta su malestar: huye con monosílabos o cualquier mensaje prefabricado para la ocasión. Y entonces se graba aún más su miedo. Estáis demasiado pendientes de él: que si los muñecos, que si la lectura, que si los juegos de vocabulario...

Matías hablaba con la vista fija en la oscuridad, hasta que finalizó su discurso y nos observamos, midiéndonos.

—¿Y qué es lo que haces tú?

—No estás preparada para ello, Tessa. Yo no tengo objeción en intentar explicártelo, pero vas a salir huyendo como una cobarde, igual que esta tarde. Porque lo que realmente te quema es que esté venciendo el miedo de tu sobrino... y el tuyo, ¿verdad?

Tragué saliva y desvié la mirada hacia la noche. Hacia el silencio que hormigueaba en la aldea y hacía más difícil ignorar sus palabras.

—Quiero saberlo. Necesito saberlo.

Matías se encogió de hombros y sonrió con un brillo de expectación; después se humedeció los labios y se levantó de la silla, tendiéndome la mano.

—¿Segura? ¿Es lo que quieres?

Me desconcertaba. Le aguanté la mirada: uno, dos segundos. No más.

—Sí, es lo que quiero. ¿Para qué tengo que levantarme? ¿No puedes decírmelo así sin más?

—No, cariño, tengo que demostrártelo, tienes que experimentarlo para que sepas de lo que hablo. Es un método poco ortodoxo, ya te aviso, pero tienes que dejarte llevar para sentirlo. Confía en mí.

Su forma de morderse el labio inferior me mostraba que estaba esperando mi negación, así que me incorporé, evadiendo la ofrenda de su mano.

—Ven, deja caer los brazos a cada lado de tu cuerpo, mantén una postura recta pero relajada. Ahora separa un poco más las dos piernas..., no tanto, más natural..., así. Perfecta.

—¿Están todos durmiendo?

—Ya empiezas con las excusas: sabes que duermen y que Ben se ha marchado hace rato ya. Relájate y cierra los ojos.

Cerrar los ojos, dejarme a su merced. Otro peldaño en su reto.

Tragué saliva, pero seguí sus instrucciones.

Bajo un cielo raso, al lado de un porche iluminado con tiras de lucecitas... mi cuerpo expuesto, mis ojos cerrados y él rondándome. Podía sentirlo cerca, localizarlo frente a mí. Escuchar el roce de su ropa al acercarse. Aun con los ojos cerrados podía sentir los suyos sobre mi cuerpo... entonces empezaron los susurros.

—Para entender a Luis primero debes recordar tus miedos, activar tu memoria emocional o sensitiva. No tiene que resultarte complejo, porque a tu manera tú aún vives en el miedo...

Sus pausas alborotaban mis sentidos, los descontrolaban. Cada milímetro de mi piel estaba a la expectativa de sus próximos susurros, de sus próximos movimientos.

«Que no se atreva a tocarme. Y si me toca, que no se atreva a quitarme las manos de encima. Que no me bese. Y si me besa, que no se detenga».

—¿Tienes cerca algo que te da miedo? Respíralo. —Yo lo que temía eran sus labios tan cercanos. Y él lo sabía—. Recorre esa experiencia: las reacciones, los sentimientos, las sensaciones... Porque el segundo paso es desaprender ese miedo: amarte con todos tus contrastes. Aceptar que no hay un solo tú, no exigirte siempre lo bueno y lo bello; la fuerza y la entereza; lo justo y lo grande. Porque eso, cariño, es mentira.

Su voz arenosa, murmurada tan próxima, hacía sentir mi piel desarropada. Vulnerable. A la intemperie.

Tenía ganas de gritarle que ganaba. Que ganaba de nuevo y yo volvía a huir.

—Quítate esa máscara, la versión simple y pobre de ti misma que te

empeñas en interpretar; de blancos y negros, de buenos y malos, de siempre y nunca. Y empieza a escucharte en todas tus versiones, con todas tus imperfecciones y tus contradicciones. Porque todo eso, Tess, es lo que nos hace humanos. Todo eso, que quieres esconderte y escondernos, es lo que te hace verdad. Y poesía. Y arte. Todo lo que me vuelve loco de ti...

Tragué saliva. Temblaba, aunque luchara por controlarlo, con fuerza. Me agrietaba. Y pensé en pedirle que detuviera aquella trampa mortal, pero no fui tan fuerte y me ganó escuchar sus murmullos, a mi corazón latiendo en acústico. Y saberme ya a la deriva.

—¿Sabes por qué sé tantas cosas de tu sobrino? Porque he memorizado mi miedo, y ahora sé leerlo en vuestros cuerpos. —Empezó una suave caricia, desde el hombro hasta mi mano, que alteró mi piel y me hizo abrir los ojos de golpe.

—¿Es necesario? —pregunté con voz entrecortada.

—¿Ya quieres rendirte?

Volví a cerrarlos con fuerza y me obligué a respirar, con la banda sonora de su risita. Hasta que empezaron de nuevo los susurros cerca de mi cuello, erizándome la piel.

—El miedo se aprecia en tu esternón. —Deslizó, como en una caricia, su dedo índice desde mi cuello hasta el esternón, cortando mi capacidad para respirar con un simple roce—. Si lo hundes demasiado, muestras tristeza, recogimiento; cuando estamos alegres, lo empujamos hacia delante... Tu sobrino siempre se recoge cuando tiene que hablar, tú siempre lo empujas hacia delante intentando vencerte..., pero entonces lo fijas con los hombros y creas una coraza tan visible como tu máscara.

Sentí su presencia en mi espalda. Su respiración tan interrumpida como la mía, casi muriendo en mi cuello.

—Esta línea —dejó caer su mano por mi espalda, siguiendo mi columna con lentitud estudiada— es la línea central del cuerpo, porque decimos que parte de la frente, de las ideas (también los miedos), pasando por la garganta, ahogándote; después pasa por nuestro ombligo, oprimiéndolo. —Una de sus manos se apoyaba en mi vientre mientras la otra, en su lento recorrido, se detenía a pocos centímetros de mi trasero, dándome pie a la anticipación. Y yo solo era un eje en medio de sus férreas manos. Y aun así no protesté—. Tú siempre la tensas cuando estoy cerca de ti..., cuando te rozo..., cuando te miro..., como ahora, tan tirante como una cuerda de guitarra porque sabes que estás expuesta, y que con un lento roce... la podríamos desgarrar.

Abrí los ojos entonces. Lo encontré con su rostro asomándose al mío. A la espera del beso. Del choque. Del roce. A unos milímetros menos. Otros tantos menos. Pero deteniéndose.

Pestañeé con suavidad por la cercanía. Lo deseé. Deseé su impulso para agarrarme, besarme, amarme. Y luché para no ser yo quien lo iniciara, para que su cuerpo no ganase al mío.

—Y he aquí tus miedos: tan dispuesta como temerosa. Piensas que luchas contra mí, cuando estás luchando contra tu pánico... y te gana. Ojalá te atrevas a pedir, a reclamar, a no ser indiferente y confiar.

Se acercó tanto que nuestros labios se acariciaron en un roce casi imperceptible y delicado que pretendía tentarme, cuestionarme, trastornarme. Pero me negaba el resto a la espera de que fuera yo quien lo tomara. Casi podía sentir el cosquilleo de su barba sobre mi piel...

Retrocedí un paso. Volví a tragar saliva y a humedecerme los labios para no morderle los suyos. Tomé una pequeña bocanada de aire. Quería arrancarle la piel a tiras. ¿Por no haberme besado? ¿Por haberme definido?

—Bravo. Has aguantado más de lo que pensé, pero finalmente has dejado que ganen los temores. ¿Ya sabes por qué nos estamos muriendo por arrancarnos los labios el uno al otro y te dominas? —Sonó dulcemente fiero y clavó sus ojos más negros que nunca, más peligrosos, en los míos.

—En unos días te irás. —No sé de dónde salió aquella justificación, pero fue mi voz.

—¿Esos son los cargos en mi contra? ¿Que no voy a quedarme indefinidamente aquí? ¿Es esa la mentira que te estás contando para no atreverte?

«Me aterra tu convicción. Me aterra porque solamente sé amar con superlativos; porque después del amor, solamente sé odiar con la misma intensidad. Y sé que si me abandono, te improviso y tú te marchas, yo recogeré los pedacitos de sonrisas rotas de Luis, Sonia y Ben. Pero nadie sabrá recoger los cristales de mi coraza despedazada».

—No. Es lo que prefiero. Buenas noches, Matías —dije ya marchándome.

—Ah, Tessa. Mientes tan bien...

Me metí en la habitación y cerré las enormes puertas de madera para no arrepentirme, sin siquiera pararme a recoger nada. Todo se quedó allí fuera en el porche iluminado: los *post-its* y el rastro que dejaba mi cobardía. Después me encerré en el baño para refrescarme la cara y apagarme la piel. El espejo me devolvió la imagen de mis ojos, antes honestos, antes combativos. Antes

sin miedo.

«Mientes tan bien».

La huella de sus palabras me quemaba. Se mezcló con mi propio desconcierto, preguntándome:

«¿Desde cuándo te rindes sin luchar una batalla, Tessa?».

Y

entonces

salí

a

pelearla.

8 TESSA

«¿Dónde, cómo o de qué suerte hoy (...) has venido a perderme y a perderte?».

(La vida es sueño, Calderón de la Barca)

Me moví con la noche y alcancé a ver la puerta de Matías cerrándose al tiempo que se encendían las tenues luces interiores. Me planteé regresar, desandar mis pasos. Pero mis nudillos golpearon su puerta antes incluso de racionalizarlo: fue mi cuerpo abandonado a ese deseo, que no parecía tener más ganas de luchar contra él. Matías arqueó las cejas al verme, pero ya no le permití más. Me abalancé sobre su boca, sujetándome en el cuello de su chaqueta, y él me agarró como pudo.

No me pidió calma. Nuestras piernas se enredaron en un baile de fuerzas, de pasos sin sentido, sin equilibrio, en los que Matías retrocedía ante mi avance, para que lo venciera. En el que yo lo empujaba hacia el sofá. Mis puños arrugados contra su pecho. Culpándolo. Por su culpa. Por su culpa. Por su culpa yo abandonándome.

Haciéndolo retroceder. Cuando en verdad la que retrocedía era yo.

Me abrazó. Me abrazó con resistencia.

—Mi Tessa valiente. Mi fiera luchando. Esta vez con sentido. Esta vez contra sus miedos —me susurró en la boca.

Y me deshice de su abrazo para que entendiera el mensaje: sin ternura. Y gimió. Y quiso darme lo que le pedía. Lo que finalmente me atrevía a pedirle a alguien. Supe que él quería darme lo que fuera.

El salón se llenó de mis respiraciones cortas. Cargadas. Jadeantes. Del sonido de su ropa casi rasgándose por mis manos, que querían actuar antes de que me diera tiempo a pensar. Y él me ayudó a no pensar. Me agarró del muslo y lo levantó hasta mi cintura, y mi instinto hizo que lo abrazara con ambas piernas. Rodeó el sofá conmigo en brazos, luchando por no enredarse con el pantalón que yo había desabrochado y que amenazaba con deslizarse. Y se deslizó. Y nos caímos enmarañados. Y me protegió abrazándome, parando el golpe con sus antebrazos. Y le dio por reír. Ay, su risa. Se mezcló con la mía.

Nos miramos, divertidos, aún encendidos. Y volvió a prenderse ese golpe de calor que nos unía. Me cubrió con su cuerpo y se apoyó sobre los brazos para desahogarme y cercarme a la vez, para enjaular mi desnudez con la suya y que no escapara. Matías besaba todo lo que yo quisiera ofrecerle. Mi cuello. Mi escote. Mi mandíbula. Mi boca. Mi boca. Mi boca... con tanto delirio y ternura que se la arrebaté. Me rebelé contra la postura, rodamos sin dejar de manosearnos hasta que acabé sobre su cuerpo. Me acunó entre las dos manos el rostro para volver a besarme, para que no me escurriera. Parecía querer habitar entre mis labios ansiosos. Solo cuando me escuchó gemir, desenfrenada, se permitió deslizarse las manos hasta mi cintura y me besó el resto del cuerpo, reincorporándose, sentándose sobre él; mis piernas lo rodeaban y él reclinaba mi cintura entre sus dedos. Yo me arqueaba y me retorcí. Me besó los pechos cuando yo consentía, y gruñía cuando me apartaba para volver a lamerlos con el vaivén que le permitía. Y esa fricción era sencillamente y salvajemente deliciosa.

Acaricié su miembro, y me retiró la mano, casi como si le quemara.

—Ni se te ocurra...

Demasiados días esperando, entendí. Tomé la iniciativa y apoyé las manos en sus hombros, levantándome para dejarme caer con lentitud, ensartándome en él. Temblamos. Temblamos y dejamos escapar el aire como si quisiéramos que solo estuviera el otro en nuestros cuerpos. Como si hasta el aire nos sobrara. Matías me contemplaba con un brillo de deseo y admiración. Sus miradas, mi arrebató y su intensidad me hacían sentir invencible y vulnerable al mismo tiempo.

Me moví con furia mientras él trataba de acompañar mi espalda con una mano y acunarme el rostro contra sí con la otra. Mimándome. Acercándome.

—No sé si *me* luchas o me follas, cariño —alcancé a oír entre jadeos a destiempo junto a mi oído.

Aquello consiguió acelerar más mis movimientos. Quizá mi rabia, porque crecimos en excitación y nos vencimos a un estremecimiento descosido. Me rasgó el pecho y se escapó todo de él. Como si lo intuyera, Matías me besó con premura antes de dejarme ir. Primitivo. Intenso. Noté mi cuerpo descomponiendo toda su furia, abandonándose definitivamente en su abrazo.

9 MATÍAS

*«¿Quién (...) podrá parar prudente
la furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un río la corriente
que corre al mar, soberbio y despeñado?».*

(La vida es sueño, Calderón de la Barca)

Mi chica incendiaria se apartó, dejando que su espalda se abandonase sobre la alfombra y la avalancha de su pelo uniese el poco espacio que separaba su cuerpo jadeante del mío.

—No va a volver a ocurrir —dijo antes incluso de que su respiración se calmase.

Intenté no reírme de la situación, pero fracasé, y si me despisto, me ahogo. Jodida mujer.

Un amasijo de mí en el suelo, con la vista turbia intentando detener el movimiento de las vigas que aún temblaban por el huracán que habían presenciado. Mi pecho intentando recuperarse de ese ritmo desparramado. Del mejor polvo de mi vida. Del más intenso. Sin fuerza apenas para dar bocanadas de aire... y ella ya luchaba contra el siguiente paso.

—Jodida loca...

Dejó caer la cabeza hacia mí e intercambiamos miradas, cada uno calibrando la reacción del otro. Hasta que estallamos en risas.

Sexo, desnudez y risas. Nada más erótico para mí. Nada más auténtico.

Tessa desvió la vista y la fijó en el techo, aún sin perder el amago de sonrisa. Su mano descansaba encima del pecho, y podía sentir que empezaba a calmarse, así que usé todos mis encantos para tentarla a quedarse.

Me levanté y le acerqué la manta primaveral que descansaba en el sofá.

—Ten, no quiero que cojas frío.

No protestó. Se dejó envolver; la rodeé con la frazada y encerré un poco más el hueco de su cuello para después dejar un escueto beso en su nariz, siempre helada. La abracé como a un todo, con su manta y su coraza, y para mí

sorpresa, lo permitió.

—Tengo que irme.

«Pero no quieres, y yo no te lo voy a poner fácil».

—Lo sé. Solo danos esta noche. Quédate —repliqué enredando un mechón de su pelo en mi índice.

«Ya no te queda combustible en vena para regalarme incendios, ni pastillas de freno para parar todo esto».

—Solo será esta noche —sentenció.

«Una detrás de otra».

—Lo que tú digas.

—Y me iré antes de que amanezca —avisó.

Fue unos minutos al baño, y aproveché para ponerme algo de ropa y para admirarla ya de vuelta, disfrutando al verla deambular por casa, arropada con la manta. Se deslizaba por la estancia casi avergonzada, pero observando cada una de mis pertenencias. Puso especial atención a mi montón de libros apiñados en la mesita auxiliar, al lado del sofá.

—Echaré de menos las lecturas compartidas de los clásicos ahora que estamos con las más apropiadas para Luis —dijo, acariciando mis libros desgastados como si fueran joyas antiguas.

—Lo remediaremos. Ven.

Cogí uno de mis ejemplares favoritos y tiré de ella hasta el patio al que se salía desde mi propia habitación. Eran villas que antiguamente habían albergado patios de animales, así que la terraza con forma de u rodeaba la casa y se fundía con la montaña. En ella había una hamaca de cuerda blanca enlazada a dos árboles perfecta para nuestros cuerpos. Ayudé a mi chica de gasolina a sentarse entre mis piernas y la abracé desde su espalda, manteniendo mi cuerpo entero rodeando el suyo. Apoyé la cabeza sobre su hombro para poder leer *Bodas de sangre*, aunque pudiera recitarla de memoria.

La noche se nos fue con ratos de lectura, en los que Tessa se fundía conmigo, con mi voz, con mi cuerpo. En los que yo unía mi pasión por ella y por mi teatro. Y otros ratos de locura, en los que consentía que mis labios se confundieran de camino y, en vez de murmurar versos de Lorca, susurrasen palabras picantes desde su cuello hasta cada poro de su piel. Y con cada intento, Tessa improvisaba más. Y (me) luchaba menos.

Se fue al alba. Tuvo agallas para despojarse de las sábanas blancas que nos envolvían y marcharse sonriendo ante mis súplicas infantiles para alargar

unos minutos más su presencia.

—«*Esa luz no es del día, lo sé bien; es algún meteoro que el sol ha creado para ser esta noche tu antorcha y alumbrarte el camino (...). Quédate un poco, aún no tienes que irte*»ⁱⁱ —recité en su cuello mientras me aferraba a su cintura para no dejarla ir.

—Calla, maleante. Tengo que trabajar. Habíamos hecho un trato. —Se escabulló entre risas y se perdió en la noche de nuevo. Semidesnuda.

Jodida Tessa.

Ese día bajé al pueblo mucho más temprano. Volví a llamar a Julián y tuve la suerte de pillarlo.

—¿Qué pasa, Matías?

—Buenos días. ¿Por qué tiene que pasar algo?

A mí todo me parecía espléndido.

—Porque nunca madrugas si no es urgente, y no creo que tengas nada urgente que hacer allí. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada. Oye, ¿cómo va todo?

—Igual. Por mucho que me llames, no van a olvidarse tan fácilmente las cosas. Dame un poco más de margen.

—No, tranquilo, que prisa no tengo. Está todo bien.

—¿Cómo? ¿Qué está pasando? ¿Por qué hace unos días me metías prisa y ahora me dices que no la tienes? Y encima me llamas a estas horas...

Era una tontería tratar de esconderle algo tan obvio.

—¿Te acuerdas de la chica de la que te hablé?

—No me jodas, Matías. Tenías que hacerlo, no podías quedarte quietecito.

—Escucha, es que no la conoces. Esta vez es diferente.

Pero Julián había escuchado demasiadas veces esas palabras de mis labios, así que no me libré de su sermón.

«Día dieciséis en la aldea. Grandes avances con la nativa hostil. Tengo ganas de subirme para aclamarlo a un teatro entero. Me siento capaz de andar *sin caerme por los hilos de araña que flotan en el aire travieso de verano, así de leve es la ilusión*ⁱⁱⁱ. La aldea ahora me parece un lugar idílico para quedarme un tiempo. Tengo que enterarme de qué huye la chica inflamable. Tengo que solucionarlo como sea».

«—¿Qué se propone usted?
—Que me veas vivir para que aprendas».

(*Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,*
Federico García Lorca)

Rodrigo estaba perdiendo a Sonia. Ya no podía visitarla en la aldea tan a menudo, porque el nuevo rondaba tanto la casa que era imposible encontrar huecos libres. Se limitaba a llevarle cada día lo que se le ocurría y esperar que en voz baja ella le dijera que podría escaparse un rato al acabar el turno de la noche. Pero eso solo había ocurrido una vez, y Rodrigo, en su infinita paciencia, empezaba a impacientarse.

Nada parecía fuera de lugar, excepto esa serenidad que desprendía Sonia, esa alegría. En su último encuentro ella le había explicado los avances de Luis gracias al tal Matías. Eso le había dicho. Pero él la había visto levitar, a ella, que solía esconderse tras su melena rojiza para no expresar demasiado.

Y en el pueblo hablaban. Que el tal Matías vivía en esa casa, decían. Que estaba cortejando a una de las dos hermanas. Pero seguro, vaya. Que sería a la pelirroja porque la otra ladraba y mordía. Y a Rodrigo se le hundía el pecho al pensarse de nuevo abandonado por otro, levantándose cada día con el peso de no ser suficiente.

A mediodía, desde la granja, vio el viejo coche de Sonia subir hacia la aldea, y eso solo significaba que había acabado el turno. Él sabía que no debía ir hasta allí sin avisarla, pero lo hizo. Dejó a sus jornaleros, se dio una ducha rápida y se montó en la furgoneta, con un cartón de huevos como excusa. De huevos se trataba.

Sonia le abrió la puerta, y se encontró con los ojos azules y sorprendidos de ella, que a él le dolía perder.

—Rodrigo, no te esperaba.

—No podré pasar esta tarde a hacer el reparto. He pensado en traerlo ahora.

«Y necesito verte a solas. Tocarte. Ser suficiente».

—Claro. Pasa. ¿Mi hermana se queda a comer en la granja?

—Sí. Hoy sí, les queda un rato de faena.

—¿Has comido? ¿Quieres que prepare algo?

Él la agarró del antebrazo suavemente para detenerla. No quería que se metiera de nuevo en la cocina, quería hablar y que las palabras se aliaran con él, por una puñetera vez.

—Hacía demasiado tiempo que no te veía.

«Me estoy volviendo loco. No sabes cómo te echo de menos».

Ella se sonrojó y esbozó una sonrisa modesta. Ladeó la cabeza tratando de esconder su rubor bajo la melena rojiza.

—Lo sé. Y yo a ti. Pero Matías siempre suele estar por casa, entra por el porche y podría encontrarnos en cualquier momento. De hecho, voy a ver si está la puerta de la habitación de Tessa cerrada...

Pero él siguió tirando de ella, pidiendo en un ruego silencioso que olvidara todo y que solo lo mirara a él por un momento. Sonia debió entenderlo, porque lo miró con ternura y lo abrazó.

—¿Está todo bien entre nosotros, Sonia?

—Claro, sigue todo bien. ¿Por qué debería estar mal? —Se despegó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Rodrigo fue consciente de que había estado conteniendo la respiración en ese mismo momento en que sus pulmones empezaron a funcionar de nuevo.

—Apenas nos vemos. Pensé que...

—Oh, Dios. Ha sido culpa mía, debería haber buscado más ratos para vernos. Hemos estado liadas, pero no se me pasó por la cabeza que tú...

—No, déjalo. No es culpa de nadie. Todo está bien... todo está bien...

Rodrigo se repetía aquello en voz alta como si no pudiera creerlo, pero tenía a Sonia entre sus brazos, sonriéndole.

La besó contagiándole a ella esa incredulidad de poder volver a tenerla, él que había ido allí a perderla. Entenderla. Despedirla.

Pero ahora, ahora iba a amarla.

Sonia nunca hubiera creído que podría despertar ese desenfreno en Rodrigo, por eso era incapaz de extinguir la sonrisa. ¡Y le parecía tan tierno que la hubiera ido a buscar para preguntarle si le sucedía algo! Con delicadeza, sin presionarla, sin esconder su inseguridad... Tan real.

Ella lo abrazó con más ímpetu, a lo que él respondió esbozando una sutil

sonrisa, ambos recuperándose después del sexo. Y en ese breve instante de desnudez y entendimiento mudo... Matías irrumpió en el salón, silbando.

—Joderrrr,... mierda... No he visto nada. Me voy, me voy.

A ellos solo les dio tiempo a girar el cuello hasta el sonido que había aparecido casi de la nada y que se esfumó tal cual había llegado. Pero ambos supieron que acababa de cambiarlo todo.

Sonia consiguió que Rodrigo la dejara ir sola hasta la casa de Matías para ¿explicarle? ¿Pedirle silencio?

Lo encontró en la terraza de la casona alquilada, leyendo acomodado en la hamaca y con un gesto picarón hacia ella cuando la divisó.

—Vaya con el huevero...

Sonia se ruborizó. Ese hombre con comentarios así no la ayudaba nada a perder la vergüenza.

—Te juro que no he visto nada —volvió a replicar.

Pero para Sonia había sido suficiente, y no hablaba de piel.

—Lo sé. No te preocupes. —¿Por dónde empezar?— El caso es que vengo a pedirte que lo que hayas visto quede entre nosotros... nadie sabe nada de lo que tenemos Rodrigo y yo.

Él arqueó ambas cejas.

—¿Nadie... nadie? ¿Ni siquiera tu hermana?

Sonia negó y se hizo mucho más pequeña.

—Ven, tranquila, siéntate. ¿Puedo preguntarte por qué? Seguro que me estoy metiendo donde no me llaman, pero, joder, digo yo que con la relación que tenéis las dos y viéndote con un hombretón como el huevero, me extraña que no hayas ido a contarle a Tessa.

Ella lo reprendió ligeramente con la mirada.

—No lo llames huevero —se quejó.

Él le guiñó el ojo.

—No voy a contarle nada a nadie, y lo prometo, solo si me sacas de dudas ya, Sonia. Hay demasiadas cosas que no entiendo, y creo que ya os he demostrado que podéis contar conmigo... para cenar y para lo que sea —bromeó, y entonces ella creyó que sí, que ese hombre con esa actitud desenfadada sí ayudaba.

Se tomó unos segundos para calibrar la situación, pocos, porque sabía

desde que había escogido el camino que separaba ambas casas, que Matías necesitaba una explicación decisiva.

Se cubrió el rostro con ambas manos y se masajó las sienes para acorrallar sus nervios.

—Eh, no quiero verte así. Lo retiro, no tienes que contarme nada... — Tenía las manos cálidas, serenas, y las puso sobre su hombro para lograr que Sonia lo mirara.

—No, después de todo, mereces saberlo. Tengo que empezar desde el principio, solo que... es largo. —Él la miró con preocupación, pero finalmente asintió—. Las sospechas que le confesaste a Tessa eran ciertas: estamos en Artigas escondiéndonos.

Lo difícil no era contarle, lo peor era revivirlo.

—Llegamos aquí hace seis años, huyendo de mi expareja, Ernesto. En fin, ya te imaginas... mi primer novio serio, excesivamente protector que se volvió controlador. Cuando me quise dar cuenta, me había minado poco a poco desde dentro, estaba casi aislada de todo el mundo excepto de mi hermana. La primera vez que me pegó, el ambulatorio denunció de oficio, pero yo no apoyé la denuncia. Entonces me quedé embarazada; si te digo la verdad, no sé ni cómo sucedió, se me ocurre hasta pensar que fue él quien alteró el preservativo porque nuestras últimas discusiones más gordas solían empezar porque yo no me atrevía a tener familia con él. Le oculté el embarazo y llegó la segunda paliza... ni siquiera recuerdo el motivo. Recuerdo el terror que pasé a que le ocurriera algo al bebé.

Matías le aferró la mano con ímpetu, trasmitiéndole valor.

—No sé cómo llegué de nuevo al ambulatorio, pero después me enteré de que me había llevado él mismo... quizá se asustó, quizá pensó que volvería a librarse como la primera vez. Llamé a Tessa, la pobre estaba fuera de la ciudad, en cuarto curso de Periodismo, y no tenía ni idea de nada. Pero en hora y media llegó al ambulatorio. Presentamos denuncia, y el centro de salud su parte de lesiones, pasamos media noche declarando, y el resto de la noche llorando abrazadas. Me moría de miedo, literalmente. Me venían a la cabeza todas las noticias de mujeres asesinadas con órdenes de alejamiento, de un tiro en la entrada del colegio delante de su hijo, las que tenían que llevarles cada semana los hijos a los padres maltratadores a sabiendas de que podían hacerles algo... y simplemente no podía. No podía soportarlo.

—Por supuesto que no, Sonia. Nadie puede.

—Tessa trató de tranquilizarme, de buscar cauces, pero yo sabía que él iba

a salir en un día de la cárcel, hasta el juicio, que podía tardar muchos meses, y que nada lo pararía hasta llegar a mí. Y si se enteraba de que esperaba un hijo suyo... entonces viviría con miedo toda la vida, o me mataría en cualquier momento, o le haría algo a mi bebé. Solo encontré la salida de huir. Tessa quería quedarse y luchar por las vías judiciales, me hablaba de pisos tutelados, y de asociaciones... pero yo solo era capaz de repasar en mi cabeza todas las caras de las mujeres que habían salido en las noticias en mi misma situación, que debían de haber estado protegidas con esos mismos recursos y habían fallado. Así que decidí huir. Sé que es difícil de entender y fácil de juzgar, pero...

—Nunca se me ocurriría juzgarte. De verdad. Y te entiendo. Entiendo tu miedo.

—¿Sabes que los juicios pueden incluso tardar en celebrarse más de un año? Sin una condena firme, él podría ver a su hijo. Hay jueces que incluso consienten que los puedan ver solos, otros que no. Tenía que estar a expensas de la suerte. Un día en el calabozo y después demasiadas oportunidades para matarme. Y él me había contado cada vez que había intentado dejarlo cómo lo haría. Lo sabía todo, incluso lo fácil que puede resultar saltarse una orden de alejamiento. Así que me marché. Y mi hermana no dudó en dejarlo todo por acompañarme. Buscamos los sitios más despoblados, estuvimos en Selas, cerca de Guadalajara, allí nació Luis. Decidimos establecernos poco tiempo en cada sitio, hasta que llegamos aquí y nos encontramos seguras. No es una zona turística, es solitaria, alejada de ciudades, los vecinos nos ayudan y solo se llega hasta la aldea por un sendero.

Las lágrimas ya habían empezado a recorrer sus mejillas.

—Joder, Sonia. Te juro que si lo llego a saber no pregunto... me sabe fatal verte así. Y que hayáis pasado por todo eso. ¿Sabéis algo de él? Son muchos años, quizá ya se haya olvidado.

—Se nota que no vives en la mente de una persona así. Sé que sigue visitando periódicamente a mis padres, preguntándoles por nosotras. Ni siquiera ellos saben dónde estamos, aunque tampoco les importa mucho. Así que sí, seguimos en peligro, y más si se entera de que tiene un hijo.

—¿Vuestros padres no os apoyan?

—No, mis padres... no los culpo. Ellos tienen otra mentalidad, y él los tiene engañados. Antes los llamábamos más y se dedicaban a intentar sonsacarnos dónde estábamos para decírselo.

—¿No puede llegar a vosotras a través de Luis?

—Él no sabe que existe, ni mis padres, y legalmente no es hijo suyo. Si se enterara, supongo que o bien trataría de matarme o me demandaría, pero para eso tiene que encontrarnos. No tenemos nada a nuestro nombre, cuidamos todos los detalles...

—El *walkie-talkie* y Ben... —Matías empezaba a atar cabos.

—Cosas de ellos. Pero sí, tenemos terror cada vez que se acerca alguien desconocido. Afortunadamente, sois pocos.

—Pero es una locura vivir así, Sonia, no podréis esconderos eternamente.

—¿Qué opción nos queda, Matías?

—No te va a gustar que te la recuerde...

—No funciona. Sé que debería enfrentarlo, pero lo he pensado mucho, y no expongo a Luis. No.

Fue tan categórica que Matías solo pudo asentir.

—Y entonces Rodrigo... —preguntó indirectamente.

—Le he quitado a mi hermana toda posibilidad de llevar la vida que ella habría querido. Dejó su carrera por terminar y está viviendo en una aldea de menos de diez habitantes, cuidando de mi hijo la mayor parte de su tiempo y trabajando en una granja. No me atrevo a decirle que estoy con alguien. ¿Cómo se supone que le digo que le he quitado la posibilidad de tener una relación con alguien mientras la vivo yo?

—Por lo poco que he visto de tu hermana, lo entendería.

—Es peor, Matías. Mi hermana lo entendería, se alegraría por mí, me animaría y seguiría anteponiéndonos a ella misma. Me siento culpable cada día que me doy cuenta de lo que le he hecho.

—Por eso mismo creo que deberías contárselo. Te puedo guardar el secreto, pero... solo si me prometes que se lo dirás a lo largo de la semana. Y que conste que lo estoy haciendo por vosotras, sé que te vas a arrepentir si sigues ocultárselo.

Sonia volvió a esconder su rostro entre las manos. Unos días, le daba unos días para encarar aquello. Y lo peor es que entonces su relación con Rodrigo se volvería REAL. Ya no tendrían que esconderse, todos preguntarían por él cuando estuviera sola, tendría que enfrentar el momento de hablarlo con Luis, él visitaría la casa... ¿Y si no podía con todo aquello? ¿Y si ya era bastante con lo poco que tenía? ¿Y si de nuevo ocurría que su perfecto caballero se convertía en un monstruo? Aquella era la herencia que dejaba el miedo, las ideas irracionales que le gritaban que había algo que no funcionaba en ella.

11

TESSA

*«También yo quiero dejarte si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas. Tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna nos funden mi cintura y tus caderas».*

(Bodas de sangre, Federico García Lorca)

Por muy convincente que hubiera sido el sexo con Matías, que lo había sido, yo estaba decidida a seguir evitándolo. Ni por cabezonería ni por orgullo: por supervivencia. Creo que todos somos capaces de reconocer qué persona puede pasar por tu mundo casi de puntillas, sin tan siquiera desatarte el pelo. Y qué otras cruzarán la frontera de lo irreversible, convirtiendo tiras de tu piel en cicatrices, y los recuerdos de lo vivido en un leve, pero eterno, temblor.

Y Matías era de estos últimos.

Se presentó la noche siguiente con uno de sus *looks* urbanitas y elegantes, tan descuidadamente perfilados que contrastaban con nuestras sudaderas y zapatos deportivos. No olvidó su carpeta de director de teatro, su eterna sonrisa turbia, el pelo despeinado y todo un arsenal de gestos para alterarme.

—¿Qué receta con huevos cenamos hoy?

Le lanzó a mi hermana una de sus miradas socarronas combinándola con un guiño gamberro que la hizo pasar del rojo al púrpura. Después le revolvió el pelo a mi sobrino, chocó los puños con Ben y se sentó a mi lado en la mesa.

—Huevos a la Aurora. —La vocecita de mi hermana sonó algo azorada.

El rey de los piratas asintió y se sentó en la silla en una de las posturas que yo odiaba por la masculinidad que exudaba: apoyando la espalda sobre el respaldo de su asiento, con las piernas demasiado abiertas y su cuerpo dirigiéndose a mí. Era mi turno, y yo lo sabía.

—Te veo especialmente guapa esta noche, Tess. Supongo que has dormido como nunca.

«Mal-di-to-ca-brón». Esa, tan directa y allí delante de todos, no la esperaba.

—Sí. Exacto. Ha sido una de esas noches en las que duermes como una

roca y no te enteras de nada. Una noche insignificante, sin nada merecedor de mención. Gracias por preguntar.

—Gracias a ti, cariño. Entonces repite siempre que quieras, ese tipo de noches te sientan muy bien, por lo que veo.

Mi hermana abrió tanto los ojos que supuse que intuía a qué nos estábamos refiriendo, y su sonrisa se quedó a vivir en su rostro el resto de la noche. Gracias al universo, Ben y Luis no lo entendieron y empezaron la cháchara como si nada.

—Yo también he dormido bien —explicó Ben mientras se servía.

—Se nota. Tú también estás especialmente guapo hoy. —Mira que podía ser tunante el tío—. ¿Tú qué tal, Luis? ¿Has contado alguno de mis chistes hoy en el cole?

—Bien. No, hoy no. —Cuatro palabras, así como si nada.

—¿Qué chistes? —Sonia y yo intercambiamos miradas incrédulas.

—Es cosa nuestra, *top secret*. ¿Verdad, colega?

Mi sobrino dirigió una sonrisa vergonzosa hacia su plato, asintiendo, y yo no pude más que aceptar que entre esos dos se había impuesto una suerte de camaradería especial.

—Yo no he podido pegar ojo. Había una especie de animal en celo que aullaba cerca de mi casa. Menudo jaleo. *Sheriff*, tendrás que echar un ojo al terreno. —Segundo ataque del chico de sonrisa turbia.

Sonia se cubrió con la mano la boca para intentar disfrazar la diversión que disfrutaba a mi costa. Yo apreté la mandíbula y busqué su pie para darle un pisotón bajo la mesa, pero no lo pillé desprevenido. Matías se palmeó la mejilla en ese gesto tan suyo que combinaba con un amago de sonrisa canalla. Ese gesto con el que explicaba que trataba de esconder su risa; pero que yo sabía que era una forma de medirse lo caradura que podía llegar a ser. Me gané el título a la autorregulación en esa cena...

Aquella noche las lecturas dramatizadas consistieron en que cada uno estudiara su guion individualmente mientras Matías nos ayudaba a trabajarlos haciendo una ronda de visitas individual. Yo me alejé a un rincón para intentar centrarme.

—No intentes poner morritos, Miss Simpatía, que estás mucho más *sexy* y me vas a volver loco.

—Olvídame. No me hace falta practicar el papel contigo, ayúdalos a ellos.

—Me intenté escapar.

—No sé el de Wendy, pero ya te digo yo que el papel de dura sigues sin

bordarlo. Si quieres, continuamos practicando esta noche... —Me alteró que lo susurrara tan cerca de mi boca, con esos labios carnosos que yo sabía que besaban tan rematadamente bien. No fue el recuerdo de esa voz ronca gimiéndome..., no, lo juro.

—Me alegra haber dejado huella, pero solo fue una noche. Tu regalo *souvenir* para que te lo lleves a Madrid cuando regreses.

Se mordió el labio inferior sonriendo.

—Te prometo que regresarás a mi casa esta noche. Y si lo haces, tendrás que dejar de mentirme. Cariño. —Y aquella última palabra fue recuerdo y promesa a la vez.

Recogió un mechón de mi pelo que se había deslizado y lo colocó con suavidad detrás de mi oreja.

«Trucos, solo son trucos. No te dejes engatusar».

—Tu fanfarronería no conoce límites. Estás loco si crees por un segundo que voy a ir detrás de ti esta noche.

—¿Qué te apuestas?

—Si no voy, me dejas en paz.

—Trato. Y si vienes, me deberás una cita en el momento que yo elija.

Se me escapó una sonrisa ya ganadora. ¿Cómo podía estar tan seguro de sí mismo? La guerra ya era mía.

—Trato hecho.

Nos estrechamos la mano y me obligué a creer que el cosquilleo que sentía era la anticipación de mi triunfo.

Se marchó poco después. Adujo cansancio y volvió a colarse por mi habitación, directo al porche en el que nos habíamos encendido apenas veinticuatro horas antes. A su casa. A esperarme. Pobre optimista.

Nos mantuvimos la mirada unos segundos antes de perdernos de vista, y nos sonreímos como dos buenos conspiradores.

«Qué fácil perderlo. Qué fácil perdernos».

«Ojalá que no cumplas tu palabra, Matías. Ojalá que, a pesar de que no vaya esta noche, no puedas dejarme en paz».

No me concentré en nada más hasta que todos se marcharon y me fui a la cama. A la mía.

Y... sorpresa.

Al encender la luz de mi habitación, noté las paredes demasiado blancas. Demasiado vacías...: faltaban todos mis *post-its*. Esos que contenían las anotaciones de mi historia.

Y sabía exactamente quién los tenía.

Y pensaba degollarlo cuando llegara a su maldita casa.

No me hizo falta golpear la puerta porque divisé la luz de su terraza encendida, y una silueta que reconocía muy bien recortada a contraluz sobre la hamaca, con un brazo doblado bajo la cabeza y el otro sujetando un libro.

—Ya era hora, joder. Casi me duermo.

—No me hace ni puñetera gracia. Dame los *post-its*.

—Oh, oh. La chica de gasolina cabreada.

—¿¿A ti qué te parece?? Te paseas por mi casa como si nada, coges lo que te da la gana, incluso mi trabajo. ¡¡Es confidencial!! ¡Ni siquiera sé por qué hemos confiado en ti hasta ahora!

—Ven. Demuéstrame tu enfado.

Enterró la mano en mi pelo y me atrajo hacia él cogiéndome por la nuca en un gesto firme y desbocado, y yo volví a volcar toda mi rabia en su boca como si ese hubiera sido mi único camino, mi único fin. Cuánto había anhelado su forma de besarme, de poseerme los labios. Yo iba dispuesta a la guerra, y él tenía el poder de desarmarme con su tacto, con su voz ronca y sus besos. En cada roce yo perdía un puñal, una daga, la fuerza en las manos para estrangularlo, las ganas de arrancarle la piel. Y solo subsistía la furia que se convertía en una pasión casi violenta. Irracional. De repente era yo la que lo arrojaba a mí colgándome de su cuello, poniéndome de puntillas para no derrochar ni un milímetro de su lengua. Notaba las manos ávidas de Matías por todo mi cuerpo, adorándolo con una excitación que me permitía sentirme poderosa. Se escurrían por el contorno de mi cintura, me aferraban el culo, aprisionaban mis caderas y, al encontrarse con la suya, me aceleraba el roce con su abultada entrepierna.

Nos desnudamos el uno al otro. Yo lo hice siguiendo aquel mismo arrebató, y él besaba cada centímetro de piel que me desvestía. Apenas me quedaban ya armas, ni rabia, ni motivos para odiarlo.

Deslizó las braguitas con la boca lentamente, rozando sus labios por mi pierna y volviéndome feroz ante la anticipación.

—Hazlo ya. Lo necesito más rápido —gemí desesperada.

Él me miró con ojos lobunos.

—¿Por qué?

—Me gusta así. Rápido. Fuerte.

«Mentira, mentira, mentira».

—Me parece que no. Tu cuerpo no me miente. De eso ya tuvimos anoche,

hoy será un poco más lento, pero te prometo que te va a gustar. Quiero saborearte.

«No, Matías, no. Haz que no sea más que impulso, cuerpo y entrañas. Que estalle y que no nos dé tiempo a suspirarnos. No hagas de esto un recuerdo que duela. No permitas que te sienta, que te piense, que abra los ojos y descubra un nuevo matiz en los tuyos».

Pero lo hizo.

Matías y sus propias reglas.

Matías y su arte para conseguir que convirtiera mis ganas de hacer la guerra en ganas para hacernos el amor.

Tendidos en la hamaca, aún desnudos, me abrazaba contra el frío y de vez en cuando improvisaba un beso casto en mi sien, un roce en la espalda, una caricia en la mejilla... ¿De dónde iba a sacar fuerzas para marcharme?

—¿Acabamos *Bodas de sangre*? —me preguntó levantando la comisura de sus labios, en una sonrisa casi soñolienta.

—Vale.

«Esta noche nos abrazamos, y mañana ya nos olvidamos».

Repetimos el ritual, acurrucados con la mantita de verano; abrazada por su cuerpo, su libro y mis mentiras.

—¿Por dónde nos habíamos quedado?

—Se iba a casar con el hombre al que no amaba —contesté mientras lo observaba buscar entre las páginas amarillentas.

—«*El orgullo no te servirá de nada (...). ¿De qué me sirvió a mí el orgullo y no mirarte y el dejarte despierta noches y noches? ¿De nada! ¡Sirvió para echarme fuego encima! Porque tú crees que el tiempo lo cura y que las paredes tapan, y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros, no hay quién las arranque!*».

Su voz reverberaba desde su pecho anclado a mi espalda, y las palabras parecían dirigirse a mi temor como un misil proyectado. Él las enfatizaba a sabiendas de que para mí adquirirían significado nuevo.

—«*Yo era una mujer quemada, llena de llagas por dentro y por fuera (...); pero el otro era un río oscuro, lleno de ramas, que acercaba a mí el rumor de sus juncos y su cantar entre dientes. (...) me mandaba cientos de pájaros que me impedían el andar y que dejaban escarcha sobre mis heridas de pobre mujer marchita, de muchacha acariciada por el fuego. Yo no quería...».*

Se me derramaban los latidos cuando lo escuchaba leer con el sentimiento

que ponía, cuando las letras nos atravesaban a la vez. Entonces él se tomaba unos segundos... y lo descubría contemplándome a mí, y no a las páginas; recitando de memoria... hasta que no hubo más letras y el final de la historia nos sobrecogió.

—No sé cómo no había leído antes esta obra.

—¿Ves como tenías que venir esta noche? Por cierto, me debes una cita.

—De eso nada, has hecho trampas. —Pero me dejé arrastrar por su abrazo.

—Mala mentirosa: no hemos establecido reglas, así que he jugado limpiamente. Además, ¿qué quieres que haga? Si desde que te has ido esta mañana me has dejado como un idiota con más ganas de ti.

Me besó en el cuello y me cortó la respiración, así que no pude responder.

—Ahora tendrás que venir cada noche, cariño. No sabré dormir sin ti —lo decía en un tono medio en broma, medio lastimero que volvió a hacerme reír. Había vuelto el Matías que yo conocía, con su refugio de humor.

—Pareces otro cuando lees teatro.

—De eso se trata, ¿no?

Él jugueteaba con mechones de mi pelo.

—Ya sabes qué quiero decir.

—Sí. Lo sé. Es triste que necesite el teatro para ser otro, ¿verdad?

Levanté un poco la barbilla para mirarlo a la cara y decidir si estaba bromeando, pero tenía un brillo triste en esos ojos que contemplaban la luna creciente. Descubrí otro pliegue de ese hombre en aquella mirada, y supe que me había estado engañando a mí misma queriendo creer que se había perdido en una aldea para reinventarse: estaba luchando contra la tristeza, contra lo que fuera que lo había traído a Artigas y que le raptaba la alegría en esos momentos. Y de repente sentí la necesidad de devolvérsela.

—No seas dramático, no necesitas ser otro.

—¿No?

—No. A mí me gustas así. —Dejó de acariciarme el pelo y levanté la vista. Me sonreía con un brillo travieso en los ojos—. Pero solo un poquito.

—Solo un poquito, ¿eh? Es todo un honor gustarle ese poquito a la chica de gasolina. Porque a mí ella me gusta mucho más que un poquito.

«La chica de gasolina». Me hizo gracia aquello.

—Matías, ¿qué es lo que te duele?

Se tomó unos segundos que yo aproveché para tumbarme de lado y apoyar la cabeza sobre el codo para poder mirarlo mientras hablara.

—El teatro empezó a dolerme, Tessa. Parece una gilipollez, pero es duro

que te duela lo único que te hace sentir vivo.

Supo enfrentarme la mirada mientras lo confesaba.

—¿Por qué?

—Porque le tengo miedo. He hecho las cosas fatal y ahora me pesan cuando subo al escenario. Creo que he echado a perder lo único bueno que tenía.

—No te entiendo.

—Ni tú ni nadie. —Se mordía los carrillos como si quisiera refrenarse—. Miedo escénico, o mejor, pánico escénico. Y una cadena de estropicios por no querer afrontarlo ni confesarlo. De hecho... eres la primera persona a la que se lo cuento, y no será por lo empática que te muestras conmigo.

Siempre acababa con la coletilla del intento de humor. Aunque se le percibiera dolorido, desenfocado. Sobre uno de sus brazos descansaba la cabeza, el otro reposaba en su pecho y con los nudillos se frotaba el esternón como si ese movimiento lo tranquilizara.

—No puedo creer que no te hayas atrevido antes a contarlo, precisamente tú, que vas por ahí con el alma al descubierto.

—Supongo que al primero al que quería engañar era a mí mismo. Pero aquí tengo demasiado tiempo para pensar, y es peligroso. Aquí empiezo a ser consciente de lo mal que estaba haciendo las cosas.

—No me parece nada tan grave, nada que no pueda solucionarse.

—Es más complejo de lo que parece. Ya te lo he dicho, no supe llevarlo, así que fui sumando desastres, entre ellos, subirme borracho a un escenario y estropear una función. No creo que vuelvan a contar conmigo. Necesitaba un tiempo lejos de todo eso, hasta que se calme. Si es que se calma... Si no, tendré que vivir sin el teatro.

—¡No digas eso!

«¿Qué va a ser de ti, Matías? ¿Si tan solo pareces completo en tu mundo de teatro?».

—No pasa nada —sonrió—, tú lo sabes mejor que nadie: «Mientras una vive, lucha».

—¿Por qué dices eso?

—Es una de las frases de la obra, la acabamos de leer.

—No, eso ya lo sé. ¿Por qué dices que yo lo sé mejor que nadie? ¿Quién te lo ha dicho?

Me ganó entonces a mí el miedo. Pánico. Pavor. La sangre embravecida de nuevo por mis venas. Se lo habían contado, estaba segura; alguien nos había

traicionado yéndose de la lengua.

—Tu hermana. Me lo ha confesado este mediodía. No te enfades, la he forzado un poco.

Se calmaron mis tormentas al saber que se trataba de Sonia.

—¿Este mediodía? ¿Cómo..., por qué? No me ha dicho nada.

—Después de comer, tú no estabas en casa. No debería haberseme escapado, pero bueno. Hablad y que sea ella quien te lo cuente. El resumen es que ahora lo sé, y creo que era importante que lo supiera antes. He entendido muchas de vuestras peculiaridades. Y... te admiro por lo que haces y por todo lo que has hecho por ellos.

«Calla, Matías. No me entiendas ni me destapes. No pases de aquí. Que me reconstruyes. Que me vuelves insaciable de cariño. Y después de esta noche tengo que empezar a olvidarte».

—Cualquier hermana habría hecho lo mismo.

—No. Cualquiera no. Yo, no.

—No tienes hermanos, no puedes saberlo. Además, aunque interpretes muy bien, vas dejando demasiadas pistas que indican que no eres tan mal elemento como finges ser. Ahí estás con Luis cada tarde, y ahora ensayando con Ben por las mañanas.

—Lo hago por aburrimiento.

—Tienes más opciones. No te empeñes en convencerme de lo contrario. Acuérdate de que yo también soy especialista en perfiles de protagonistas de novelas —bromeé.

—Créeme: yo soy el antihéroe romántico. Siempre lo acabo estropeando todo.

—Lo creo: eres perverso, presuntuoso, zalamero, tramposo, alborotador y tozudo. Pero no eres un mal tipo.

—Joder. Uno de tus piropos puede hundir hasta al más entusiasta. ¿Gracias?

Nos reímos y me volví yo también hacia las estrellas, acomodando los brazos sobre mi pecho y el cuerpo en el hueco que me dejaba la hamaca, para alejarme de esa mirada que tenía el poder de abrazarme.

—Sí. Como ves, estoy a salvo de tus encantos. Y menos mal.

—Y menos mal..., ¿eh? Eso lo veremos.

Tuve el reflejo vertiginoso de levantarme, salir corriendo y zafarme de su agarre. El movimiento de la hamaca casi lo tiró al suelo, pero ni siquiera así pude llegar muy lejos. Sus brazos me encarcelaron por la espalda, me

levantaron en volandas y se empeñó en demostrarme su entusiasmo en hacerme el amor y ganarme en mi guerra.

Acabamos sonrientes, desfallecidos sobre el suelo frío de la terraza, recuperando el ritmo de nuestros pulmones.

Y entonces aún tuvo el valor de susurrarme:

—*El cuerpo de ella para él, y el cuerpo de él para ella.* [\[iii\]](#)

Maldito Matías.



12 MATÍAS

«Porque yo quise olvidar y puse un muro de piedra entre tu casa y la mía. (...) Y cuando te vi de lejos, me eché en los ojos arena. Pero montaba a caballo y el caballo iba a tu puerta. (...) Que yo no tengo la culpa, que la culpa es de la hierba».

(Bodas de sangre, Federico García Lorca)

De haber sabido antes la complejidad de su historia, quizá (y sólo quizá) hubiera evitado el desastre. Que yo ya venía escarmentado, joder.

Solo tenían que habérmelo contado desde el primer momento en el que me crucé con sus labios afresados y mirada invencible. Que tenían que permanecer siempre escondidas y anónimas. Que ~~querían~~ tenían que quedarse a vivir en aquella aldea desanimada y deshabitada por siempre jamás, para protegerse. Entonces yo hubiera evitado enamorarme de ella del modo en el que lo hice. Era inútil luchar por algo que ya estaba perdido de antemano.

Yo.

Que no podía.

Que no sabía.

Que abandonaba.

Que

nunca

me

quedaba.

Condenado gilipollas fui. Solo tendría que haberle hecho caso a Julián. No implicarme con el niño. Dejarla a ella tranquila. Pero nada, yo de cabeza.

Y me enteré cuando ya había probado a qué sabían sus batallas. Brutales. Después de encontrar el refugio en el que su indiferencia se derretía con caricias encendidas. Después de derribar sus fronteras.

Cuando

ya

era
tarde.

Y tocaba arreglarlo.

Esa segunda noche, me quedé despierto con el cuerpo de Tessa pegado al mío, escuchando su respiración tranquila. Recordé la conversación que habíamos tenido un rato antes, y lo tuve claro: tenía que irme de la aldea. A Tessa no iba a joderla. Me iba y punto. Por ellas y por el niño. Mi historia era complicada, y ellas no tenían que pagarlo.

Antes o después acabaría sucediendo, mi vida estaba en Madrid y la suya... la suya estaba obligada a permanecer disimulada allí. Si me quedaba, sumaríamos intensidad, para después multiplicar el dolor. Quise cuidarlos a mi manera. Quise salvarlos, no exponerlos.

Ella se deslizó entre las sábanas casi de noche.

—¿Dónde vas tan temprano? —Le besé la espalda, como despedida.

—Hoy trabajo en la granja. —Bostezó—. ¿Y tú que haces tan despierto?

—Estaba esperando otra de nuestras batallas —mentí.

Sonrió soñolienta. El pelo se le desbocaba por la clavícula y la espalda, y sus labios, siempre sonrosados, me parecían más apetecibles que nunca. Creo que ella captó mi mirada puesta en ellos, porque se levantó de la cama con prisas.

—No puedo llegar tarde. Además, dijimos que esto acababa aquí.

—En realidad me debes una cita. —Disimulé, aunque no pensara pedirla.

Fue *sexy* verla enfundarse sus vaqueros dando un saltito, sumergirse en la sudadera y hacerse un moño chapucero que resaltaba aún más sus ojos.

—¡No tengo tiempo ni de discutir!

Se fue por la terraza, aun poniéndose las zapatillas con más saltitos y equilibrios.

Ni siquiera tuve que deshacer la maleta, porque nunca había sido deshecha. Metí en un zarpazo la ropa que quedaba desperdigada por la casa, la cerré y me fui sin despedirme de nadie.

Pasé ese día de pueblo en pueblo con el coche, hasta que encontré un hotel rural familiar.

—¿Cuántos días de estancia? —El recepcionista no tenía la alegría de mi Oti.

—No lo tengo decidido.

Me miró raro.

—¿Para una sola persona?

—Sí.

—¿Va a querer factura? ¿La visita es por motivos laborales?

—No. Me dedico a ser gilipollas profesional, nunca pedimos facturas.

El pobre hombre me miró con lástima. Tuve que reírme. Cojonudo, Matías, eres cojonudo.

Dormí mal. Di vueltas y más vueltas en aquella cama demasiado confortable en la que ella no estaba, dándole vueltas a mi salida abrupta y a todo lo que estarían pensando de mí, especialmente Luis. Veinticuatro horas después, casi de madrugada, me puse de nuevo frente al volante y decidí probar un sitio nuevo.

«No necesitas ser otro».

«A mí me gustas así. Pero solo un poquito».

¿Y si era posible? ¿Y si todo podía salir bien esta vez? A veces es necesario llegar a un lugar en el que nadie te conoce para poder empezar a ser tú mismo. Y encontrar a la persona a la que abandonarse porque sabe arrojarte a pesar de tus ruinas.

Monté en el coche y el coche me llevaba a su puerta. A Artigas.

Llegué a la aldea a media mañana, y me planté de nuevo en su porche. Ella escribía, pero se paralizó al verme.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú que crees? Reclamar mi cita.

Clavó veinte puñales imaginarios en mi pecho, con un gesto frío y penetrante.

—Te habías ido.

—Me surgió un imprevisto, Miss Simpatía. ¿Nos vamos?

—Ben dijo que te vio salir con la maleta.

Mierda, mierda, mierda.

—No sabía cuántos días tendría que quedarme. Por cierto, me encanta verte tan alterada por mi ausencia. Pensaba que harías fiesta en la aldea por mi marcha y vengo y te encuentro casi llorando —la provoqué.

Di unos pasos para acortar la distancia entre nosotros.

—No te acerques.

Me acerqué más, claro.

Me volvía loco esa dureza inquebrantable, la fuerza que sacaba sin saber que llevaba la herida en la mirada y el sentimiento exhibiéndose en su piel.

—No me toques.

Pero la toqué.

Tessa tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y yo deslicé mis manos desde sus codos hasta sus hombros. Desde allí hasta su cuello. Y lentamente llegué a sus mejillas sonrosadas, que encarcelé atrapando con ese gesto mechones de su pelo. La miré unos instantes: ella mantuvo la lucha; desviaba la mirada como si no quisiera quedarse atrapada en la mía, que la anhelaba. Esperé. Cuando se dignó a acuchillarme con sus ojos obstinados, descubrió mis intenciones.

—Ni se te ocurra besarme.

Y la besé.

De repente fuimos pirómanos sexuales. Nos carbonizamos en segundos. La chica de gasolina estalló y con sus besos parecía que quisiera hacer sangrar mis labios. Su furia hizo temblar nuestros orgasmos.

—Si estas son tus luchas, cariño... contigo voy a muerte —dije aún entre resuellos.

«Día dieciocho en la aldea...

Estamos

bien

jodidos».

13

TESSA

«¿Y qué os voy a decir? Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decirlas; y si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entendéis si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca podríais entender ni quitar esta mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cada vez que me quedo sola».

*(Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,
Federico García Lorca)*

Mil cuatrocientos minutos, veinticuatro horas aproximadamente, fueron lo que necesité para dejar de contarme mentiras.

Empezaron a computar desde el mismo momento en el que Ben me anunció por el *walkie-talkie* que había visto a Matías marcharse con una maleta. Yo debería haber sentido alivio, y en cambio empezó a tiritarme el pecho. ¿Lo había alejado yo? ¿Había sido capaz de irse sin despedirse? ¿Ni siquiera de Luis? ¿Había huido por la confesión de nuestra situación?

Sí. Sí. Sí. Sí.

Las horas pasaron y las afirmaciones me llegaban en avalancha. Con la rabia. Con el nerviosismo latente, pero mi actitud indiferente delante del resto.

Y llegó la noche. La aldea tan silenciosa. Y fue una noche sin teatro.

Le dijimos a Luis que Matías se había puesto malito, y no sabíamos si volvería. Aproveché para escribir; la tristeza invocó a las musas y brotaron las escenas más sentidas que había escrito hasta el momento. Esa noche, en mi porche, sobró café, remordimientos, el echarlo de menos, el odio, las grietas que se asomaban en mi piel y las ganas de que volviera.

Por ese motivo, cuando escuché su coche regresar a la mañana siguiente, cuando lo tuve ante mí con ese gesto provocador y despreocupado..., solo quise saciarme de él hasta que todo desapareciera.

—No deberías haber vuelto. —Mi arrepentimiento siempre llegaba después del sexo, en forma de sentencia envenenada.

Matías cerró los ojos con fuerza.

—Lo sé. Pero aquí estoy. —Intentó enredar su mano con la mía, ambas sobre las sábanas blancas de mi cama, pero yo cerré el puño para trabarlo—. He malgastado gasolina por los pueblos, como tú me recomendaste el primer día, y ninguno es tan divertido como este. Y en ningún otro estás tú.

«Maldito seas, Matías».

—Despídete de todos y vete. Vuelve a Madrid, adonde sea.

Malditas también las lágrimas que amenazaban, rezagadas, con volverse protagonistas.

—No puedo. —Me miró con ternura—. Ni quiero.

—¿Por Luis?

Me incorporé para disfrazar mi vulnerabilidad y alcanzar algunas piezas de ropa que se habían quedado escondidas entre las sábanas blancas, mientras trataba de sonar indiferente. Matías me siguió y encarceló con sus manos mis antebrazos. Quedamos arrodillados uno frente al otro sobre la cama, completamente desnudos.

—Miss Cinismo... —Se acercó más y le volví la cara; él dejó caer con suavidad su frente sobre mi sien. Dejó que el silencio actuara como amplificador emocional, que hablasen sus respiraciones que parecían atormentadas. Que yo me diera cuenta de que me estrangulaban mis propios latidos. Hasta que murmuró con voz oscura y arenosa—: Pregúntame por qué me he marchado, hazlo. Evitar hablarlo no hará que se diluya lo que pasa.

—No sé de qué hablas, Matías. —Enfrenté su mirada.

—Yo creo que sí. Me he ido porque esto se va a volver intenso, Tess. Y ambos sabemos que no podemos permitirlo: aquí en Artigas, sin el teatro, yo acabaría por volverme loco, y para vosotros no es una opción salir de la aldea. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Estás loco, no entiendo a qué viene todo esto ahora. —Intenté deshacerme de su agarre; él siguió enjaulando mis muñecas con dulce firmeza, para después acercar su rostro peligrosamente.

—Me he ido porque lo sé, no te creas que no lo sé. Además, soy siempre una bomba de relojería oxidada que estalla cuando menos lo esperas. No tienes ni idea de quién soy, de mis mierdas. Te lo dije: soy el villano romántico y el peor partido que puedas elegir para tu situación. Y aun así aquí estoy, con toda mi mierda egoísta pidiéndote que seas tú quien se aleje.

—Creo que se te ha subido a la cabeza que dijera que me gustabas un poquito. —Y a pesar de la intención de frialdad en las palabras, mi tono fue herido, asustado.

—¿Y entonces por qué casi estás llorando?

«Porque llevo una noche de insomnio que me pesa en las pestañas. Porque he acompañado al reloj a cada segundo de este día sin verte, pensando que nunca volverías. Porque me aterra la velocidad a la que me estoy dejando vencer».

—Yo me alejaré, si es eso lo que te preocupa. —Que me hubiera rendido a la verdad no significaba que estuviera dispuesta a reconocerla ante él.

—¿Es solo piel para ti?

—¿Cómo?

—¿No hay nada más que sexo entre nosotros? ¿Somos solo piel?

—Por supuesto. —Seguí con la mentira como refugio.

—Puedo tentarte de mil formas distintas, y seguirías a salvo, ¿verdad? Por lo que dices, es imposible que acabes enamorándote de mí.

—Exacto.

—Qué suerte la mía, entonces.

Empezó un amago de sonrisa entre sus labios.

—¿Por qué?

—Porque según tus respuestas, no es necesario que te alejes. Porque puedo seguir encerrándote en mi cama sin miedo a arruinarte.

—Eso nunca sucederá.

—Tú te lo has buscado, cariño.

Matías redobló esfuerzos después de aquello, y me encontré inmersa en una guerra de *post-its* que rendía todas mis sonrisas.

El primero lo encontré entre las notas para mi novela:

POST-IT 1: Él es un desvergonzado MORENO MORENAZO con los ojos del mismo color que su alma. Atractivo. Divertido. Brillante. Y está para comérselo. ¿Qué más quiere ella?

PD: Cómetelo, Tessa.

Asomó a mi rostro una sonrisa ilusionada, y me quedé unos minutos

absorta observando su letra, pensando cómo se las habría ingeniado para que llegara hasta mi libreta..., y guardé aquel trocito de papel amarillo en mi joyero.

Esa tarde, cuando llegó y se sentó con Luis y sus deberes, intenté fingir indolencia, pero sus ojos no me dejaron. Acabamos sonriendo cada uno por su lado como dos confabuladores. Me di cuenta de ello porque Sonia deslizaba la mirada entre nosotros con cierto aire infantil.

Por la noche no necesité excusa para que mis pies recorrieran la distancia que separaba nuestras casas y me colara entre sus sábanas.

Los consecutivos *post-its* fueron dibujando un camino hacia mi perdición.

POST-IT 2: Ella es una terca. Una malhumorada graciosa de mirada invencible y labios apetecibles. Pero una mentirosa: se pirra por el deslenguado moreno y no lo quiere admitir.

PD: Da lo mismo, porque miente de puta pena.

Encontré otra nota en el libro de teatro que me esperaba en mi mesita de noche, ofrenda también del hombre de sonrisa turbia.

POST-IT 3: Ella es una actriz pésima y no sabe que le tiemblan hasta las pestañas de deseo cuando están juntos. Se va a rendir al hombre del alma negra porque sabe que el alma blanca es mortalmente aburrida. Yeah.

Llegaron muchos más, estaban por todas partes. Enganchados a racimos de uva en el porche, que cualquiera podía ver; en el espejo del baño, también al alcance de cualquiera; bajo la almohada; en bolsillos de mis vaqueros... e incluso en mi joyero.

POST-IT 13: Si es solo piel... ¿por qué ella guarda las notas de amor en su joyero? ¿Por qué si es solo sexo, él se pasa el día buscando escondites para sus letras fluorescentes? Oh, oh...

Nunca se morían del todo mis ganas de cargármelo. Especialmente si encontraba notas más picantes entre mi ropa interior.

POST-IT 15: Él no se ha afeitado desde ayer. Quiere deslizarse su barba entre las piernas de ella para morir lamiendo su coño. Quiere que ella vuelva a morderlo entero con su rabia antes de abandonarse a otro explosivo orgasmo.

Aquella noche el teatro se me hizo eterno.

Pero después Matías cumplió sus promesas.



*«Querer y ser querida...
Ni apetezco más ni conozco mayor fortuna».*

(El sí de las niñas, Leandro Fernández de Moratín)

Sonia asistía desde un segundo plano a la transformación que estaba obrando la cercanía de Matías en su hermana. La observaba batallar con la sonrisa cuando encontraba alguna de las notas: a veces arqueaba los ojos cuando las descubría, suspiraba en otras, apretaba los labios como dos grilletes..., pero los pedacitos de papel siempre acababan celosamente guardados. Y aquello era una prueba absoluta de que el nuevo vecino la estaba conquistando.

Ella misma había encontrado algún que otro *post-it*, aunque no se hubiese atrevido a avisar a Tessa. ¿A qué estaba esperando su hermana pequeña para ir a contarle lo que era ya tan evidente? ¿Y a qué esperaba ella misma para confesarle lo suyo?

Ese domingo por la mañana Matías se llevó a Luis a la chopera. Estaba ocurriendo con más frecuencia, incluso Ben se sumó a ellos. Tessa les aseguró que los alcanzaría cuando acabase el capítulo que estaba escribiendo, pero Sonia tenía otros planes para las dos.

—He traído un tentempié, Tessa. Y así descansas un poco.

La aludida parpadeó varias veces, centrando la vista en la bandeja que su hermana depositó al lado de su portátil, y abandonó el teclado.

—Mmm..., vale. No me lo esperaba.

—Nos debemos un ratito de confiancias, creo. Y he pensado aprovechar ahora que estamos solas.

Tessa arqueó las cejas alcanzando un trocito de queso.

—Supongo que sí...

Sonia recordó la sentencia que Matías le había pronunciado el día anterior: «Te tomas un vaso de *whisky*, le das otro a ella y se lo sueltas sin más: que te estás tirando al buenazo de su jefe, y que gracias a eso le van a subir el sueldo. *Tachááánnn*. Mañana, ya no te doy más días. Mejor te olvidas del *whisky*, no sea que acabes como yo. Pero mañana, Sonia».

—Tengo que contarte algo, Tessa.

—Al fin te atreves, ¿eh?

Fue el turno de Sonia de parpadear y decidir, cautelosa, si aquello significaba realmente lo que intuía.

—¿Lo sabes?

—¿Tú qué crees? Pero quiero escucharlo de tu boca.

—Rodrigo y yo... Rodrigo y yo... estamos más o menos juntos.

Tessa se carcajeó.

—¿Más o menos? Yo diría mucho, mucho más que menos. Ya era hora de que te dignaras a contármelo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Ay, Sonia, el amor te ha vuelto ingenua. ¿Tú crees que en esta aldea puede esconderse algo así? Estaba cantado que Rodri estaba coladito por ti, en la granja todos los sabíamos, y en la aldea, y en el pueblo... Cuando empezó a hacerte visitas sospechosas aprovechando la ausencia de todos, intuimos algo. Cuando al poco tiempo las visitas se alargaron y volvía con corazones rebosando por sus camisas almidonadas..., lo tuvimos claro.

Sonia se cubrió la cara con ambas manos.

—¿Qué vergüenza, Tessa! ¿Por qué no me avisaste?

—Te habría dado un ataque —se reía, divertida—, y si te llegas a enterar de que había porra sobre cuándo daría el jefe el paso, ya habría sido un ataque mortal.

—¿Una de vuestras porras? ¿Con nosotros?

Tessa asentía sin pizca de vergüenza, paladeando el momento.

—Ganó Oti, pero no es del todo válida porque ella os tiene más fichados.

—¡¡Oti!!

—Ay, Sonia, era indiscutible. Deberías haber visto la cara de Rodrigo cuando volvía de verte. Además, en el bar de Tino lo pincharon un poco con Matías, para que pensara que la relación estaba en peligro y se animara a dar un paso más. Ese polvo debió de ser épico, porque salió pitando tras tu coche en cuanto te vio subir la cuesta. Casi se lleva por delante el quitamiedos de la carretera para ir en línea recta.

Las risas de ambas hermanas se mezclaron.

—Tessa..., y yo pensando cómo decírtelo. Si no llega a ser por Matías...

—¿Matías? ¿Se lo dijiste a él antes que a mí?

—¡¡No!! Nos pilló, un mediodía que entró por tu habitación, como siempre..., y yo no había podido cerrar la puerta. Me dijo que me arrepentiría si no te lo contaba y me lleva comiendo la cabeza con ello desde entonces. Puede llegar a ser muy persuasivo cuando se lo propone.

—Y se mete siempre donde no lo llaman. —Sin embargo, su voz sonó más débil de lo habitual en ella.

—Bueno, ha ayudado a Luis y me ha ayudado a mí con esto.

—Dejemos a Matías y cuéntame todos los detalles de mi cuñado.

Lo hizo. Entrelazaron las manos y Sonia relató la primera vez que Rodrigo le pidió permiso para besarla en una de sus visitas solitarias. Los días siguientes, en los que ninguno de los dos quiso dar un paso más allá y se moría de ganas por que la besara de nuevo. Le resplandeció el rostro cuando confesó que fue ella quien lo había animado a entrar un mediodía en el que acabaron con menos ropa y más ganas. Lloraron juntas cuando se dieron cuenta de lo que aquello significaba en una vida como la de Sonia, en la que el dolor le había extirpado las ganas de querer y ser querida.

—Tengo miedo a que vuelva a ocurrir, Tessa. Sé que es improbable, y si lo analizo me doy cuenta de que Rodrigo sabe quererme bien, de una forma sana... Pero no puedo evitar frenarme.

—Eres otra, Soni. En el impensable caso de que eso ocurriese, que lo dudo, ahora sabrías ver las primeras señales. Debes creer en él, pero, especialmente, ahora debes creer en ti: eres una mujer más sabia y más dura.

Fue un abrazo tan fuerte que unificó el ritmo de sus latidos.

—¿Y ahora me contarás lo tuyo con Matías?

—No hay mucho que saber: te hice caso y estoy probando el sexo convincente.

—Tiene que serlo para que te escabullas cada noche... —Su hermana pequeña se mordió el labio inferior y endureció un poco la postura al escucharla—. Pero creo que os estáis colando el uno por el otro, Tess. Un arreglo de sexo no incluye *post-its* ni todas las molestias que se toma por ti, incluyendo irse a la chopera para darnos espacio.

—Se marchó cuando supo nuestra situación y se marchará de nuevo cuando se solucione lo que ocurre en su mundo. Y este nunca podrá ser el suyo. Aquí no tiene posibilidad de trabajar, Sonia. Así que nos queda disfrutar de esto hasta que cada uno vuelva a seguir su camino.

—Siempre hay soluciones intermedias.

—Tú más que nadie sabes que no es cierto. No. No en este caso. Aunque lo parezca, no me estoy engañando a mí misma: sé que podríamos llegar a enamorarnos si esto se prolongara, pero confío en que se marche antes. Ya me he admitido que me gusta más de lo que debería y que no encuentro la manera de mantenerme lejos, pero etiquetarlo o tener esperanzas solo me haría más

daño cuando se vaya. Tenemos dos vidas totalmente incompatibles: su trabajo, sus horarios, mi historia, sus planes y los míos... Nada cuadra.

—¿Ya lo habéis hablado y todo?

—No, él lo intentó cuando regresó de su excursión precipitada. Pero yo no quise. Es mejor que no profundicemos, que esto se quede en un paréntesis y no en otro de nuestros dramas.

—Pero tú podrías ir a vivir...

—Ni se te ocurra acabar esta frase. Ni. Se. Te. Ocurra —la interrumpió con un gesto sofocado.

—Vale, vale. Pues entonces cuéntame todo, dime cómo de convincente puede llegar a ser.

Días más tarde, Rodrigo se sorprendió al encontrarse al *tal Matías* y a Ben entrando en su granja. El primero, con el andar de hombre de ciudad despreocupado, y el segundo, con su uniforme de *sheriff* (sombrero incluido) y un intento de pasos autoritarios.

—Buenos días. —El forastero lo miraba con una sonrisa canalla.

—Buenos días.

—Imagino que ya estarás al tanto, pero aún no habíamos coincidido: soy Matías.

Se estrecharon las manos analizándose el uno al otro.

—Venimos a invitarte a-a-a mi cumpleaños. Mañana por la noche. —El tono de Ben parecía más ceremonioso que de costumbre.

Rodrigo no pudo reprimir una mirada de sorpresa fugaz que volvió a destapar la sonrisa en el rostro del visitante.

Sabía por Sonia que todos estaban al tanto de su situación, incluso habían acordado que poco a poco iría dejándose caer por la casa para que Luis se acostumbrara a su presencia..., pero, *¿poco a poco* significaba un cumpleaños? De nuevo las palabras le resultaban ajenas.

—Felicidades, Ben.

Se produjo un silencio incómodo que sabía que tenía que llenar con alguna otra respuesta. Pero ignoraba qué decir.

—Estamos organizando un fiestón sin precedentes, a ver si así resucitamos la aldea.

Ben asintió, orgulloso, tras las palabras de su acompañante.

—¿Sabe Sonia que estáis aquí?

—Sí —respondió el cumpleañosero.

—Dios nos libre de dar un paso sin contar con ellas, amigo.

Eso parecía decidirlo todo, pues.

—¿A qué hora voy?

—Necesitamos ayuda para prepararlo, así que, en cuanto puedas, mañana por la mañana, acude a casa de las chicas. El plan es una celebración que dure todo el día.

Pues sí que iba a ser un fiestón. Rodrigo calculó que tendría que hacer trabajar a alguno más de sus jornaleros aquel sábado para sustituirlo a él, pero sabía que ellos le responderían y ni siquiera titubeó al responder.

—¿Qué tengo que llevar?

—Lo que sea menos huevos.

Sonia pensaba que la aldea había sufrido un conjuro. Que a las doce del mediodía (porque ya era pasada la medianoche), el hada madrina se apagaría y se desvanecería aquella magia que reinaba en el cumpleaños de Ben.

Habían dedicado todo el fin de semana a preparar la calle de Arriba, la calle de Abajo y la replaceta. Las engalanaron con banderines de colores y tiras de lucecitas como diminutas lunas. El amarillo de las farolas se vio acompañado de un lila nocturno precioso gracias a los focos que Tino les había conseguido, y la pequeña pizarra de Luis ese día contenía un rótulo en tiza en el que se anunciaba la celebración. El pequeño contribuyó pegando papeles con flechas (como si alguien pudiera perderse en aquel mundo microscópico) que indicaban los distintos lugares en los que desarrollaría la jornada; Oti se había superado en la cocina, y el resto se ocupó de un trajín de historias que iban desde conseguir un equipo de música decente hasta preparar la representación que se llevaría a cabo.

Pero lo mejor no era el resultado: lo mejor había sido la convivencia en las horas de trabajo. Necesitaba que el miedo no emborronara todos los recuerdos. Ese miedo que acababa por deslucir todo, que ahora le permitiera aferrarse a aquellos instantes de felicidad absoluta. Esas imágenes serían su ancla:

Tessa, apenas subida a la escalera, mientras Matías la sujetaba y le susurraba indecencias para hacerla perder el equilibrio y que acabara entre

sus brazos.

Risas.

Luis correteando de un lado para el otro copiando letras y leyendo las palabras que formaban.

Aplausos.

Ben, con el pecho henchido de protagonismo y cariño, indicando a Rodrigo y Matías dónde tenía que dejarse cada cosa, por seguridad.

Murmullos hastiados que acababan en más risas.

Humberto, Ricardo y Mariana sentados a la mesa dirigiendo al personal.

Protestas fingidas y las consecuentes sonrisas.

Las miradas de Oti hacia su grandullón cumpleañosero.

Cariño.

Su Rodrigo deteniendo los ojos en ella en cada ocasión.

La celebración solo fue una continuación, porque habían preparado aquello para disfrute propio y de Tino y Cristina, los únicos invitados del pueblo. Y no hizo falta nadie más. La chopera se convirtió en protagonista al mediodía: primero con los juegos en la fuente y después con el campeonato de petanca. A nadie le pasó por alto que Matías se pegaba demasiado al cuerpo de Tessa cuando intentaba enseñarla a balancearse; él, que tenía la misma puntería patosa que ella. Hubo caras de complicidad entre la tercera edad por ello.

—Puede ser que el chico los tenga holgazanes, vagos o como se llamen, pero hay que reconocer que lo intenta con ahínco.

Sonia no entendió aquel comentario de Ricardo, pero su piel estaba tan pendiente de los roces con Rodrigo que se le olvidó preguntar.

El campeonato lo ganó Ben, sin trampas, aunque casi todos culparan a Tessa por los intentos de distracción al resto de participantes a favor de su fiel amigo.

Por la noche la música parecía emerger de las casas sin tejado: pasodobles, canciones ochenteras, noventeras y vuelta al pasodoble. Sonia nunca había visto a su hermana con unas copas de vino de más, bailando con su vestido rojo, las botas de *cowboy* y las mejillas encendidas. Parecía que la movía la auténtica felicidad y que Matías solo se dedicara a voltearla, persiguiendo el eco de su risa. Sonia tampoco había visto nunca a su granjero intentando con tanto esfuerzo entablar una charla con alguien como con Luis. Ni hacerla bailar como si en unas horas fuera a desaparecer del planeta la música.

Por eso rogó al universo, a todos los dioses en los que había dejado de

creer y a cualquier espíritu de título superior, que el miedo no volviera a llevarse aquello. Nunca.

15 MATÍAS

«—*Ya basta, Rosaura mía.*
—*¿Yo tuya, villano? MIENTES*».

(*La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca)

Un toquecito en el hombro. Me cubrí con la sábana. Otro toquecito en la mejilla. ¿Pero qué coño...? Entreabrí un ojo y casi me paralizó el miedo al encontrarme a un niño frente a mí. En mi cama. Hasta que mi cerebro reanudó su actividad y me di cuenta de que no era padre de sopetón, que no cundiera el pánico: los ojos totalmente despejados de Luis estaban a pocos centímetros de mi rostro.

—Tengo hambre —susurró.

Parpadeé un poco para intentar despegar las pestañas, y recordé que la noche anterior, tras el cumpleaños del *sheriff*, nos había poseído un estúpido espíritu altruista y decidimos llevarnos al pequeño con nosotros para que Rodrigo y Sonia tuvieran su primera noche completa libre.

Abrí el otro ojo y enfoqué a Tessa.

—Díselo a tu tía. —Y volví a cerrarlos. No se me daba bien alimentarme a mí, no era capaz de alimentar a otro.

—No puedo despertarla.

Como un fogonazo me llegó el recuerdo de cargar en brazos a la pequeña marmota de Luis ya sopa, y Tessa insistiendo en meterlo en nuestra cama, entre nuestros cuerpos, para que no se consternara al despertarse en una casa desconocida. Y ahora a la muy lista no había forma humana de despertarla... Había que joderse.

Me levanté a cámara lenta, como pude, y Luis me siguió hasta el baño. No dejó de observarme mientras yo descargaba todas las toxinas de la noche de mi vejiga.

—¿Tú también tienes pis? —Lo miré a través del espejo mientras me lavaba las manos.

Asintió y le señalé el inodoro. Parecía dubitativo, como si fuera un elemento extraño, pero finalmente se acercó a él... y se sentó.

—¿Por qué haces pis sentado?

El chico se encogió de hombros.

—Ven aquí. Levanta, colega. Creo que te está pasando factura vivir con las modositas de tu tía y tu madre. Voy a enseñarte otro método a ver qué te parece. —Le fui indicando cómo colocarse y prepararse para mear de pie—. Y ahora, apunta y dispara.

Luis sonrió.

—Pues ahora ya sabes, es como hacerlo en el monte pero dominando la puntería. Y recuerda subir y bajar las dos tapas, eso es casi un asunto de Estado.

Volvió a reírse con su gesto vergonzoso. Debió de pensar que era un majadero.

—Venga, ahora a lavarse las manos y vamos al tema de la comida. ¿Te apetece un bizcocho casero mojado con leche y cacao? —Por cojones esas cosas debían de gustar también a los niños.

El chico se relamió el labio inferior y asintió.

Punto para mí.

—Ya somos dos. Vamos a casa de Oti a que nos alimente.

Me vestí con lo primero que pillé y volví a tenerlo a mi vera.

—Está sucia. —Me mostraba unas manchas en uno de los laterales y la manga de su sudadera.

—Chico, definitivamente necesitas pasar más tiempo conmigo.

Y le revolví su cabeza anaranjada.

No quise malgastar energías tratando de convencerlo de que las manchas eran casi inapreciables, así que alcancé una de mis camisetas negras de manga larga y un suéter fino verde, y lo ayudé a vestirse con ello, recogiendo la mitad de las mangas y haciendo nudos en sus costados. El resultado nos dio risa a los dos.

Al salir de casa, el pequeño me cogió de la mano, aunque estaba claro que conocía el trayecto hasta la villa de Oti de memoria.

—Te gusto, ¿eh? —Sus mejillas pasaron al color cereza, pero debajo de su nariz asomó una diminuta sonrisa—. Tú a mí también, que conste. Y es un gran cumplido, porque no me suelen gustar los de tu especie y tamaño.

Le guiñé un ojo para que entendiera la broma, aunque estaba más que claro que Luis ya estaba acostumbrado a mis ocurrencias.

Después de recoger varias bolsas de víveres de casa de Oti (e insistirle por activa y pasiva en que no nos quedábamos por si el dragón que dormía en

nuestra cama despertaba de su letargo), Luis y yo volvimos de nuevo cogidos de la mano. Él, con mi ropa casi cubriendo sus rodillas, y yo, un moñas de campeonato, orgulloso de que el pequeño me tratase con esa adoración.

Almorzamos, y tuve que seguir enseñándolo a desaprender miedos. Mientras preparamos el almuerzo, le quité los zapatos y lo subí a la encimera de la cocina, para que trasteara por ella descalzo y divertido. Luego comimos en la terraza y mezclamos todo tipo de alimentos sin reparo. Al final acerqué la tele al sofá y jugamos a apuntar con el tirachinas a los personajes de dibujos para bombardearlos con bolitas de papel. Luis tenía una risa desconocida, una agitada y descompensada que combinaba con pequeños acelerones de respiración cuando casi atinábamos con la puntería.

Imagino que fue ese sonido el que despertó a Tessa, que paseó la vista por todas las pruebas de nuestra diversión. Su sobrino se echó en sus brazos al verla, y ella lo recogió, aún medio aletargada, comiéndoselo a besos. Me levanté a por los míos.

—Me debes cuatro horas de sueño, y pienso cobrármelas a mi manera. Ah, eso y una cita: el viernes a las ocho —lo susurré en su oído, y creo que mi voz acabó de despabilarla de repente, porque sentí que daba un respingo. Quizás también ayudara el pequeño pellizco en su trasero con el que acompañé mi sentencia.

«Día cuarenta y cuatro en la aldea. Voy entendiendo la atracción que produce el contacto con los niños. Los nativos tienen uno al que adoran y al que he empezado a querer yo también. Es fascinante darse cuenta de que alguien como yo tiene tanto que aportar en aprendizajes transcendentales».

Esa semana llenamos la vida en la aldea con nuestra habitual rutina. Parecía una persona típica y todo. Tardes de deberes y juegos en familia. Anocheceres de teatro. Noches de jadeos, piel y lectura.

Las mañanas me dejaban hueco para pensar, y aquella actividad podía resultar peligrosa para mí.

Asumí que lo había complicado todo, como siempre. Unas vacaciones para alejarme de los problemas no eran el mejor escenario para colarse de aquel modo. Pero ya había sucedido.

Tenía
que

rendirla
a
nuestras
verdades.

Aquella tarde preparé la cita con nerviosismo. Puta locura. Nervioso, yo, por una cita en el culo del mundo.

Me planté en su casa a las ocho, vestido para marcar la diferencia: mis mejores vaqueros oscuros, mis botas Timberland en *beige* y camisa blanca, esa que había pensado que nunca acabaría viendo la luz en Artigas.

Por supuestísimo que Tessa no estaba preparada. Ella y Sonia me repasaron el cuerpo entero cuando me vieron aparecer. Me sentí como un bizcocho casero engalanado antes de ser devorado. Y me gustó.

—¿Adónde vas tan... así?

—Tenemos una cita, chica de gasolina. Una cita de verdad.

Tuvimos que convencerla entre todos para que se arreglara y conseguimos que la balanza se decantara a mi favor gracias a que Luis también ayudó en ello, por lo que, refunfuñando, se perdió en su habitación. Aproveché el momento para emplear mis malas artes.

—Sonia, ahora que me acuerdo..., me debes varios favores, ¿verdad?

Arqueó los ojos. Ya estaba empezando a provocar ese efecto incluso en ella.

—¿Qué quieres ahora?

—Sugierele el vestido rojo y el pelo suelto, por favor. Me vuelve loco. Pero si se lo digo yo, es capaz de salir en pijama.

Pareció gustarle la idea, porque arrugó la nariz asintiendo y se perdió en la habitación tras la pista de su hermana.

Pisoteé el salón de un lado a otro ante la mirada desconcertada del pequeño. ¿Qué podía haberle explicado? Ni siquiera yo me entendía.

La visión de Tessa saliendo de su habitación me pilló desprevenido. Llevaba el vestido rojo cruzado que me concedía el poder de tenerla desnuda tan solo tirando del pequeño trozo de tela que simulaba un cinturón. Que le confería a ella el superpoder de tenerme como y donde ella quisiera. La piel de su cuello expuesta. La caída de su pelo, en el que yo solía ocultarme mientras le proporcionaba placer y la escuchaba gemir. Y los labios más rojos y llenos que nunca, sin apenas maquillaje. Los ojos huidizos pero cálidos esta vez, y las mejillas con su habitual llama.

Sonia carraspeó para sacarme del trance.

—Vamos, Brontë. Hoy vas a documentarte para tu próxima historia de amor —dije reaccionando a tiempo. «Que será la nuestra». Pero eso me lo callé para que no se encerrara en su habitación. Se limitó a suspirar.

—¿Adónde vamos?

Subimos al coche y lancé una mirada a sus muslos y luego a su rostro. Chasqueó la lengua, pero se coló su sonrisa entre las pestañas, otra vez.

—He reservado en un sitio a una hora de aquí, muy discreto, puedes estar tranquila. Es de unos amigos de Tino. Pero primero haremos una parada: en mi casa, en medio de la montaña, donde quieras, pero tenemos que deshacernos de esto. —Llevé su mano a mi entrepierna para más información.

Ella se relamió los labios despacio y jugueteó a masajear mi polla por encima del pantalón. Tragué saliva, apoyé la cabeza en el respaldo y gemí desesperado... hasta que perdí el roce.

—No. Tengo hambre. Me han prometido una cita de verdad. —Fue su amarga venganza.

—Mal bicho.

—Déjame ganar alguna batalla. Ya he rendido mi boca y mi piel.

—Ay, cariño, sigues sin entender nada. Las estás ganando todas. Yo me rendí entero y primero.

Ella volvió la cabeza hacia la ventanilla, a un paisaje que conocía como la palma de su mano, y supe que trataba de esconderme la enorme sonrisa que se habría extendido entre sus labios afresados.

Me gustó conducir con ella a mi lado. Tenerla en otro de mis espacios. Cantar a pleno pulmón para escucharla reír y que comprendiera por qué nunca había actuado en musicales. Preguntarle por la escritura y oírla parlotear sin disfraces.

Hacer algo nuevo con un poco más de normalidad, de *mi* normalidad. Llevarla a un restaurante y retirarle la silla con un ademán de *gentleman*. Cenar con una solitaria vela que iluminaba su piel lo suficiente como para no dejar de desearla. Seguir descubriéndola en todas sus versiones, relajada, serena, risueña.

—¿Te gusta el sitio? ¿Estás cómoda?

—Me encanta. Gracias.

Se trataba de un pequeño hotel rural en el que había encargado la cena en la terraza de la habitación (gracias a las influencias de Tino). Para mí se resumía en un espacio libre de distracciones en el que nos mantendríamos lejos de ojos mirones, además no tendría que competir por la atención de

Tessa. Pero ya la conocía suficiente como para saber que ella reparaba en la enorme cristalera que conseguía hacernos sentir parte del paisaje, sobrevolando las montañas y las lagunas. Mucha madera, mucho verde y mucha piedra, de nuevo.

Pedimos el menú degustación, vino blanco (mucho vino blanco) para la chica de gasolina y agua para el conductor.

—Ahora es cuando me cuentas todas esas cosas que aún desconozco de ti. —¿Se había ruborizado? ¿O era ese frío eterno en sus mejillas y nariz?

—Cuidado, Tess. Si lo hago, es posible que te enamores perdidamente.

—Correré el riesgo. Y resistiré —añadió, juguetona. Llevó la copa lentamente hasta su boca y yo la acompañé con la mirada. Mis ojos se deslizaron recorriendo el mismo camino que el vino: sus labios, su boca, y murieron en su garganta.

El resultado fue mi polla dando un respingo bárbaro, hasta tuve que acomodarla para poder seguir respirando. Ella depositó con suavidad la copa sobre el mantel. La mujer fatal y deliciosamente provocadora con la que cenaba se relamió los labios, satisfecha. Orgullosa. Era consciente del efecto que estaba causando en mí. Me mordí el labio inferior, sonriéndole. Me tenía loco su espíritu de lucha.

—Estoy esperando, Matías.

—Perdona, cariño. Una pérfida lasciva me acaba de desconcentrar. —Le sonreían sus ojos ganadores—. Quiero follarte contra cada uno de los cristales de esta terraza —susurré, porque era incapaz de proyectar más potencia de voz.

—Lo sé.

—Apoyar tu bonito culo desnudo en ellos y recorrer esta ventana dentro de ti, disfrutando del paisaje. ¿Te imaginas?

—Lo imagino —paladeaba las sílabas.

—Es tuya esta batalla, Tessa. Me rindo. Follemos.

—¿Vas a rogar?

«Cabrona».

—Ya lo puedes decir.

—¿Admites que esto es lo que somos? ¿Solo sexo y piel?

Clavé mis ojos en los suyos unos segundos. Había que joderse...

—Por ahí no me vas a hacer pasar. Has arriesgado demasiado, cariño, y te vas a quemar en tu propio fuego. Puedo soportarlo.

Mi polla protestó, no parecía estar muy de acuerdo.

Fue el momento en el que el servicio de habitaciones eligió para llamar al timbre y traer la cena, así que aproveché y me escaqueé unos momentos en el baño para refrescarme mientras ella abría. Y para recordarme mi propósito con aquella cita.

—Bien. ¿Qué quieres saber sobre mí? Dispara.

Tessa picoteó de la tabla de quesos. Recurrí a la interpretación, mi salvavidas, y me puse en la piel de un hombre (cualquiera) que no tuviera la polla a punto de carbonizarse. Me obligué a centrar la vista en sus ojos y olvidar el resto de sus centímetros.

Estaba dispuesto a aclararle lo que quisiera. Aunque esperaba no tener que hablarle de mi historia amorosa, porque sabía que si lo hacía, ella saldría corriendo.

—¿Siempre has querido ser actor?

—Sí, desde pequeño. Salir en las funciones de Navidad era lo único que se me daba bien. Me gustaría llegar algún día a dirigir teatro... pero eso lo veo demasiado lejos en estos momentos.

—¿Ya está? ¿Es todo lo que tienes que contarme al respecto?

—Cariño, tengo la sangre acumulada en otra parte de mi anatomía. Da gracias de que esté construyendo oraciones con sentido.

Le mostré una sonrisa casi asesina que se volvió espontánea cuando la contemplé disfrutando del momento. Una de sus manos reposaba sobre el mantel; empecé a jugar con ella, acariciándola. Nunca la tenía demasiado cerca. Nunca me cansaba de su tacto. Nunca me quemaba.

—A ver..., algo que te enamore de mí...: lloré después de mi primera interpretación completa de un personaje, y no he dejado de hacerlo desde entonces después de cada función.

Sus preciosos ojos verdes grisáceos se detuvieron en mí durante unos instantes.

—¿Por qué?

—Lorca decía: «El teatro es poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse habla y grita, llora y se desespera». Para él los personajes tienen que llevar un traje de poesía, y al mismo tiempo se nos tienen que ver los huesos y la sangre. «Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y ligados a la vida que (...) salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos». Yo también lo creo. No entiendo la interpretación de otra manera, me desangro después de una buena puesta en escena. —Ella me escuchaba con verdadera atención—. Me

abandono, ¿sabes? Me abandono como un loco en todo aquello en lo que creo.

Me aseguré de que mi tono le indicara que también estaba hablando de ella. Tessa tragó saliva.

—Te entiendo un poco... Yo también he llorado después de escribir algunas escenas. A veces. Pocas veces.

—¿Son lágrimas de cianuro, chica de gasolina? —Quise ayudarla con el humor, al ser consciente de que la incomodaba sincerarse. Se dio cuenta de lo que pretendía, porque creo que fue la primera vez que me sonrió con tanta calidez—. ¿Qué hay de ti? ¿Te dedicarás a escribir?

—No creo. Piratean los libros, así que no me compensa. Pronto tendré que hacer más horas en la granja y olvidarme de publicar. Seguiré escribiendo para mí. No necesito compartir mis historias; pero sí escribirlas. Es una forma de... viajar gratis. Vivir fuera de aquí. Completarme. Conocerme. —Su voz se iba amortiguando al tiempo que sus palabras se volvían más íntimas.

—Te entiendo. Leer y escribir es tu mundo, tu refugio. El mío es leer teatro, verlo e interpretarlo.

—La suerte es que tú puedes dedicarte a ello. Yo tengo que mendigar para que lo respeten.

—Al cuerno con ellos, pues. Que les den. Escíbeme a mí, solo a mí. Cartas de amor, *post-its* sobre morenos guapos, novelas románticas o eróticas sobre la chica de gasolina y el actor de teatro... Te pagaré con mis noches.

Volvió su risa, se coló entre sus pestañas y sus dulces labios, y se mantuvo allí el resto de la cena.

Salimos del restaurante-hotel e iniciamos un paseo por aquel pueblo que parecía un *attrezzo* abandonado tras una función muchas décadas atrás. Nos detuvimos en un mirador de piedra y la contemplé mientras ella hacía lo propio con las cuatro luces amontonadas de aquí y allá.

—No te lo había dicho antes, pero estás feísima esta noche. —Arqueó los ojos y me dio un suave manotazo en el pecho—. Muy muy muy fea. Como nunca antes te había visto.

Apretó los labios intentando reducir la sonrisa. La noche brillaba en sus pupilas de acero y se balanceaba en su melena suelta.

—Mentiroso.

—Vaya, vaya, qué claro lo tenemos.

—No has dejado de babear en toda la cena. Lo has dejado tú bastante claro.

—Te mentiré de nuevo: la perspectiva de tener una cita contigo no me ha

puesto nada nervioso, para nada, y no creo que me estés gustando más que ninguna otra mujer me haya podido gustar nunca. No creo que esto sea nada más, ni que me estoy enamorando como un idiota.

—Matías...

—Miento ya peor que tú, ¿no?

Tessa volvió a usar el comodín de fingir que aquello no iba con ella. Y yo seguí intentando salirme con la mía.

—Y, por lo que me has dicho, solo te queda rendir tu alma. ¿No?

—Jamás. —Los puñales de sus ojos resurgían acompañados de un gesto divertido y altanero.

—Ya veremos. Esta noche supongo que ya te ha quedado claro que voy a hacer cuanto esté en mi mano para que te rindas a esto.

—¿Para qué? ¿Para marcharte después? —Al menos ya no trataba de esconderse.

—No, para buscar soluciones.

—No te tomas la vida lo suficientemente en serio, Matías.

—Mira, esta es mi forma de querer. Ya sé que puede parecer extraña, pero yo no quiero con medida. Yo las cosas no las pienso, vale; pero tampoco las temo. Quiero una relación contigo. Lo quiero todo. Quiero que vengáis a Madrid conmigo, y te juro que me dejaré la piel en protegeros.

Sentí la barrera que emergía ante nosotros.

—Es imposible. Es una locura. Sonia nunca podría, y menos ahora que tiene a Rodrigo. Y yo nunca los abandonaría, Matías.

—Entonces seré yo quien se quede.

—Ja. No puedes. ¿Trabajarás en la granja? ¿Recitarás teatro en la plaza de un pueblo con mil habitantes?

—Si esto funciona a largo plazo, venderé mi piso en Madrid y trabajaré en dos o tres obras al año. El resto del tiempo estaré aquí. Tendré suficiente para vivir.

Creo que fue la primera vez que me gané su silencio. Escrutó mi rostro como buscando una leve duda que no encontraría. Intenté coger su mano y se soltó.

—Eres un inconsciente. Ni siquiera hace dos meses que nos conocemos.

—Y nos hemos visto prácticamente a todas horas estos dos meses. Todas las tardes y todas las noches. Además, me importa una mierda; he estado el mismo tiempo con otras y no he sentido la mitad de lo que siento ahora.

—Por eso mismo, porque aquí estás en una burbuja. Cuando te vayas, te

darás cuenta de que te has equivocado: aquí no hay nada, soy tu única opción, estás bien conmigo porque es fácil vivir sin horarios y has aparcado tus problemas allí. Pero en Artigas no está tu futuro, Matías. En la primera ocasión en que tengas que volver, te darás cuenta.

—Eso no lo sabemos. Eres terca, orgullosa, gruñona...

—Gracias por los piropos.

—Estoy aprendiendo de la mejor, pero déjame acabar. Terca, orgullosa, gruñona, políticamente incorrecta e impulsiva. Pero también pasional con aquello en lo que crees. Te arremangas con todo, te pringas con todos, te comprometes. Aunque te empeñes en fingir algunos aspectos, jamás he conocido a ninguna persona más honesta que tú. Eres tan imperfecta... que eres perfecta para mí.

Cerró los ojos y sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Dime, ¿qué es esto? ¿Es lo habitual entre los actores? ¿Os creéis que el mundo es solo sentimiento, versos y color rosa?

—Bien. Ese es mi problema, cariño. ¿Cuál es el tuyo con lo que te acabo de proponer?

No contestó.

—Intentémoslo, Tess. —Pude capturar su mano, maltratada por el trabajo, y la envolví entre el calor de las mías.

—No sé si podría acostumbrarme a tenerte lejos un tiempo y esperar a que regresases —dijo, al fin, con un hilo de voz.

—Aprenderemos.

—Matías..., me matas.

—No, cariño: tú me matas y yo te vivo. —Me atreví a abrazarla y estrecharla entre mis brazos.

—¿De quién es la frase? —Su voz sonó amortiguada.

—Mía. —Nos entró la risa a ambos—. Me has vuelto poeta y loco. —Suspiré contra su pelo—. Solo te pido que lo convirtamos en oportunidad, ya lucharemos cada paso. Conmigo. No contra mí. Estoy dispuesto. ¡No he estado más dispuesto en mi puta vida, joder!

Me separé apenas unos centímetros para mirarla a la cara.

Sonreía. Ay, joder. Sonreía.

—¿Confías en mí? —le pregunté acercándome a sus labios.

Tardó en responder. Pero me besó. Y eso era un sí de mi chica valiente. De mi fiera luchando.

Volvimos hacia el coche amarrados de la cintura. Mejor dicho, yo la asía a

mi cuerpo y ella se dejaba querer. La felicidad tenía que ser aquella explosión de vida que yo sentía en ese preciso instante.

Tessa se mostraba más cautelosa, pero había una expresión ilusionada en su gesto. Apoyé su cuerpo contra la pared de una casa y la arrinconé a besos. La hice dar vueltas en medio de la calle, con las farolas amarilleando las baldosas y su pelo revuelto como el vuelo de su vestido rojo. La risa se le escapaba. La volví a besar contra cada pared de aquel pueblecito dormido que parecía levantado solo para que fuera nuestro testigo. Le recitaba, hubiera podido recitarle hasta quedarme sin aliento.

Pero el tiempo no se detuvo en esos instantes. La inoportunidad de una llamada de Julián alteró el camino de vuelta a casa.

Ni siquiera recordaba que ese sonido provenía del *manos libres* del coche, ni que el teléfono permanecía olvidado desde esa mañana en la guantera. Estuve a punto de rechazar la llamada, pero hubiera sido demasiado evidente que me preocupaba lo que mi amigo tuviera que decirme delante de ella, así que simplemente rogué para que no me dejara en evidencia justamente aquella noche.

—Dime, Julián.

—Joder, macho. Ya era hora de hacerme contigo. Llevo una semana llamándote y nada; cuando me enviaban el mensaje como que estabas disponible, yo estaba currando. No has intentado devolvérmela. Casi me planto allí.

—Lo siento, tío. He desconectado un poco. ¿Sucede algo?

—No y sí. Creo que tengo algo para ti.

Tessa y yo nos volvimos el uno hacia el otro.

—¿En serio? ¿Ya? ¿Tan rápido? ¿De qué se trata?

—Parece que por aquí esté todo más calmado, y hay curiosidad por saber qué ha sido de ti. Necesitas un lavado de imagen después de aquello, así que he pensado en conceder alguna entrevista para empezar a...

—No. Olvídalo.

—Matías. Déjame que te explique: sería algo sencillo, la pediría a mi amigo y podría salir un domingo en el periódico, es una forma de que vuelvan a pensar en ti, la podríamos preparar...

—Y una mierda. No soy un mono de feria. Las entrevistas se me dan como el culo, van a hacerlo todo mucho más grande de lo que es. Paso. Además, no es un buen momento para volver. —Miré de reojo a Tessa, que fruncía el ceño.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás vivir sin trabajar? Te has cogido dos

meses de vacaciones, perfecto; pero ahora es el momento de planificar tu vuelta. No puedo creer que quieras quedarte allí después de todo.

—Pues créetelo. Esperaré un poco y regresaré a mi manera: encima de un escenario.

Julián resopló.

—Matías, lo estás postergando, antes o después tendrás que enfrentarte a esto. Vuelve y lo hablamos.

Colgué después de despedirme y negarme en rotundo a escuchar más.

—¿Quién es?

—Julián. Es... mi mejor amigo, y algo así como mi mentor. Suele ayudarme en los temas de contratos y tal. Llevamos toda la carrera juntos.

—Parecía preocupado.

—Nació preocupado—recalqué—. Espero que esto no cambie el rumbo de la noche, Tess.

Me
ocupé
de
ello.



16
TESSA

*«Es un fuego escondido, una agradable llaga,
un sabroso veneno, una dulce amargura,
una deleitable dolencia, un alegre tormento,
una dulce y fiera herida, una blanda muerte».*

(La Celestina, Fernando de Rojas)

Matías no se fue.

No aún.

No entonces.

Decidió ignorar la llamada de su amigo y evitar hablar del tema durante esa noche en la que se ocupó de que nuestras bocas solo tuvieran ganas de desgastarse a besos. La mañana siguiente, aún acurrucados y sin poder conciliar el sueño, me atreví a enfrentarlo.

—Matías, deberías pensarlo bien y regresar.

Tener cariño a una persona significa querer mantenerla cerca de aquello que la hace feliz. Y yo quería a Matías en su escenario, aunque eso significara abrigarme de nuevo entre mis sombras.

—Pensaba que anoche había quedado claro que íbamos a intentar lo nuestro.

—Fue antes de saber que podías tener problemas económicos.

—Bah. Yo no he tenido ahorros en mi puñetera vida, y no creo que los tenga nunca. Para Julián eso ya son problemas. Ni caso.

—Pero ahora no tienes ingresos.

—Tampoco necesito mucho para vivir. Puedo buscar algo aquí mientras tanto, trabajaré en lo que sea. Hablaré con Rodrigo y ayudaré en la granja un tiempo.

—Matías, venga, esto es serio.

—Lo sé. Dijiste que venía una época de mucha faena, pues echaré una mano.

—Sigues quejándote cada noche por no tener Netflix, ¿cómo vas a trabajar

con vacas y gallinas? Eres un urbanita de manual. ¿Es por el miedo escénico del que me hablaste? ¿Por eso te empeñas en no volver?

—No, joder. Lo estoy decidiendo sin pensar en nada que tenga que ver con mi vida en Madrid. Y volveré a actuar, lo solucionaré todo allí, solo que este no es el momento. No ahora que empezamos. Por una vez quiero hacerlo bien. No quiero renunciar a intentarlo contigo.

Tenía la sensación de que huía hacia delante sin preocuparse por los problemas que iba arrinconando a su espalda. Cuanto más lo conocía, más cuenta me daba de que aquella era su forma de enfrentarse a la vida: ilustrar con parches su autobiografía. Cuando los parches se volvían inservibles, los reponía con otros de mayor alcance.

Pero también empezaba a entrever esa determinación contra la que era un sinsentido luchar. Aunque aquello no significara que yo no estuviera dispuesta a intentarlo.

Ese sábado Otilia cenó con nosotros; demasiado tarde entendí que había sido una nueva maniobra del rey de los maleantes, que había llamado a sus refuerzos. Rodrigo ya hacía días que se había convertido en un nuevo comensal en nuestra mesa, así que siendo tantos y empezando a hacer buen tiempo, decidimos cenar en el porche.

Matías no tardó en sacar el tema.

—Cuñado, he decidido buscar trabajo por aquí. Las vacaciones se han alargado más de lo previsto. He pensado en tu granja...

Se produjo un silencio que solo se fragmentaba por los suaves sonidos de Luis y Ben con los cubiertos.

—Yo ya le he dicho que no me parece buena idea, que debería volver. Es una locura —apunté buscando con la mirada el apoyo del resto.

Rodrigo y Sonia se hablaron con los ojos, aunque yo no entendiera el mensaje. Estaba claro que los acabábamos de introducir en una cruzada ajena.

—Ahora hay trabajo de sobra. Mal no vendría la ayuda... —Rodrigo no fue capaz de mirarme al decirlo.

—A mí me parece una idea estupenda. *El brazo a trabajar, la cabeza a gobernar.* —Oti parecía aliviada tras las palabras del jefe.

—Yo creo que Matías podría hacerlo bien. —Sonia sí que enfrentó mi mirada, para darme a entender que lo hacía pensando en mí; además, su tono fue firme.

Rebufé.

—Sí, aprenderá —arbitró Ben.

—¡Benjamín! ¡Tú deberías estar de mi parte! —me quejé. Usaba su nombre de pila para equiparar su traición.

—¡¡Tessa, que-que-que-que quedamos en que Benjamín no era nombre de *sheriff*!! Y en que-que-que todo el mundo debería poder tra-tra-trabajar.

Matías me miró con la sonrisa más triunfal y perversa que un rostro era capaz de aguantar.

Mi único consuelo fue que Luis no se decantó por nadie.

Seguimos la discusión en la cama, ya solos. Pero tampoco conseguí nada teniendo su boca y sus manos tan cerca de mi cuerpo. Reconozco que solo me cabreaba a medias, porque conservaba intacta la esperanza de que probaría la granja y no aguantaría ni dos días. Quizá ni pudiera llegar a levantarse tan temprano.

Pero se levantó. Y me siguió hasta el trabajo. Y Rodrigo me pidió que le enseñara.

—¿También yo? ¡Genial, gracias! Me va a retrasar en mis tareas y será un incordio. —Empleé mi tono más irónico, pero sirvió de poco.

—Apañaos vosotros. Ahora ven conmigo a cambiarte, uno de mis monos de trabajo te servirá.

Como yo predije, Matías me complicó las tareas, aunque había que reconocer que verlo en aquel hábitat tenía su puntito. Odiaba que siguiera estando *sexy* con el peto vaquero prestado, con uno de los tirantes sin atar, el pelo siempre medio revuelto y la sonrisa bailando en sus labios.

—¿Por qué las vacas van a sus anchas por aquí?

Las miraba de reojo como si no acabara de fiarse de ellas.

—Porque es su casa. Es una granja orgánica; creemos que los animales tienen que vivir sin estrés, vagando libremente y saliendo a pacer cuando quieran.

—Pues para no estar estresadas me miran mal. Tengo la impresión de que están esperando a que me despiste para darme una coz en el trasero.

También odiaba que fuese tan divertido.

—Has asustado a Doña Sofía, casi le estrangulas las ubres. Esto no es lo tuyo, Matías.

—¿Quién bautiza como Doña Sofía a una vaca lechera? Si al final será verdad que eres republicana...

Luché en vano contra una sonrisa que se me escapó. Pequeña e involuntaria, lo juro.

—No has parado de quejarte por todo. No aguantarás ni dos días aquí.

—Bien, eso lo veremos, chica de gasolina.

Recordé tarde que debería haberme tragado mis palabras, que aquello solo multiplicaba sus fuerzas.

Matías resultó un desastre como granjero. Uno de dimensiones épicas. Pero reconocí en sus ganas y en su relativa seriedad en el trabajo el motivo por el que insistía. No era un gesto heroico y romántico: era un hombre demostrándose que podía hacer las cosas bien. Sobrevivir. Sobreponerse. Sobrevolar.

Era bueno memorizando cantidades y nombres de comida, además intentaba ser tierno (a su manera) con los animales. A las vacas les recitó versos de Lorca para compensarlas por su falta de habilidad para ordeñarlas; a las gallinas les hablaba con cariño mientras recogía los huevos (pidiéndoles perdón por el gesto, que le parecía un hurto). Pero fue pésimo en la ejecución. Y no dudó en quejarse por el calor. Por el olor. Por ensuciarse. Por el sueño que tenía. Por tener que llevar botas de agua. Y por cualquier implicación de trabajar en una granja.

A media mañana lo llamaron para que fuera a recoger pacas de heno con la carretilla mientras yo me quedaba cepillando a los animales. Me desprendí de la parte de arriba del mono por el calor, y me quedé en camiseta de tirantes.

—¿Estabas esperando a que me marchara para quitártelo? —renegó en uno de los viajes con la carretilla, que él hacía pasar demasiado cerca de mí.

En cada uno de los paseos posteriores se mordía el labio inferior y yo podía sentir como sus ojos me desnudaban en su mente. En el primer viaje su mirada me desprendía del mono de trabajo, y tenía la certeza de que en nuestra imaginación ambos lo vimos caer al suelo. En el segundo, la determinación que había en sus ojos me arrebató la camiseta. En el tercero pude sentir las caricias de su barba despojándome de la ropa interior. Y en el cuarto ambos respirábamos con demasiada fuerza y yo apenas prestaba atención a las pobres reses que tenía que acicalar. Matías podía lograr efectos que nunca creí posibles: como escandalizarme al hacerme sentir desnuda a la vista de espectadores ante los que seguía llevando mi ropa de cada día.

Me acercó una botella de agua fresca.

—¿A qué hora paramos para almorzar? —ronroneó.

—En media hora. Algunos de los compañeros irán al bar del pueblo, y la otra mitad se meterá en aquella caseta. Yo estaré justo en la otra dirección, en el almacén de la maquinaria.

—No tardaré.

No lo dudé en ningún instante.

Lo hicimos a escondidas entre dos de los tractores. Sudorosos y desenfrenados. Otra de nuestras batallas. Aunque en esos momentos yo ya me reconocía que la lucha solo era mía. Mis ganas de tenerlo contra mis ganas de alejarlo. Matías lanzándose a lamer mis pechos a pesar de mis protestas. El miedo por perderlo contra la ferocidad de mi deseo. Su mano en mi sexo. Su boca atendiendo mis pezones, mordisqueándolos, apretándolos, casi torturándolos placenteramente. Mis pensamientos de censura por disfrutar de aquello contra la vulnerabilidad por pensar que quizá fuera nuestra última vez. Él observando desde abajo cómo yo intentaba contener mis gritos, yo amordazándolos, atenta a cualquier otro sonido que alertara de posibles presencias y disfrutando del sexo prohibido. Toda mi rabia reciclada en pasión. Cuando ya pensaba en rendirme al orgasmo, acabó de desnudarse él y sacó un preservativo de su bolsillo.

—Qué cabrón —murmuré cuando lo vi.

—Un cabrón precavido: si te tengo cerca, nunca nos sobran, cariño.

Apoyé las manos en la enorme rueda del tractor, y me embistió por detrás logrando que se me escapara un alarido corto. Se rio, y la parte interna de su codo me presionó la boca para silenciarme y acercarme más a su cuerpo. Sus embistes eran duros, enérgicos, crecientes. Un embiste y dos gemidos ahogados. Un embiste y dos latidos multiplicándose. Un embiste más intenso y mis piernas aflojándose. Matías me sujetó con más fuerza por la cadera con su brazo libre antes de que pudiera desplomarme. Perdí la cuenta de los demás embistes hasta que sentí mi propia explosión, seguida de su gruñido y su placer. Después me apretó contra él y besó mi nuca, mi pelo y mi hombro con devoción. Para rematarme me envolvió entre sus brazos durante una eternidad.

«Me descompones la cordura, Matías. Me desordenas los sentidos y mi boca te piensa, mis ojos te tocan y mis manos son capaces de escucharte. Ojalá pudiera volverlos insensibles a tu ternura».

Me obligué a reaccionar. Por él.

—No creas que esto volverá a pasar aquí en la granja. Ha sido un desliz.

—¿Qué sería de nosotros sin tus veredictos postcoitales, cariño?

—No quiero que te motive trabajar aquí pensando que esto se volverá una rutina.

Él curvó una de las comisuras de su boca formando una de esas sonrisas orgullosas. Dulcemente ácida.

—¿Sabes? Todo lo que has intentado hacer a lo largo de la mañana ha

producido el efecto contrario: ahora me gustas mucho más, y lo que es mejor, ahora sé que yo te gusto mucho más de lo que reconoces. Has intentado que abandone mostrándome lo mal que se me da todo, y en cada una de mis quejas, he visto tu cara de satisfacción. Si no te importara, no te tomarías tantas molestias preocupándote por mí. No quieres que me vaya, y aun así eres tan generosa como con tu familia; me antepones a tus intereses, pidiéndome que piense en mí y regrese. Gracias por delatarte.

—Lo que tú digas, Matías. Todo este empeño que pones solo responde a una de tus actitudes inmaduras —mentí—. Este no es tu mundo.

—Tampoco es el tuyo.

—¡Pero yo tengo que quedarme con Luis y Sonia!

—Y yo me quedo mientras crea que esto puede funcionar.

—¿Por qué sigues mintiéndote?

—Por la misma razón que tú, imagino. ¿Por qué sigues pensando que es buena opción quedaros a escondidas toda la vida? Le estáis robando a Luis todas las posibilidades de futuro, ¿qué podrá escoger? ¿Estará obligado a ser granjero le guste o no? Pero te mientes, supongo que es la mentira vital de la que hablaste, ¿no? Necesitas creer esas cosas para seguir adelante. Pues yo seguiré el mismo camino.

«Necesito decirme esas cosas para que no regresen las pesadillas sobre la muerte de mi hermana. Para nunca más irme a la cama con el temor de vivir y revivir cada noche formas en las que él pueda pillarla desprevenida. Para no encontrarme un día besando su corazón muerto. Para que esas mismas pesadillas no me muestren cómo caminar sin mi hermana, sin mi compañera de vida. Para no sobresaltarme cada vez que tarda en venir del trabajo. Para nunca tener que mirar a los ojos a mi sobrino y explicarle que ella no volverá. Y pagaremos el precio que tengamos que pagar por ello».

Pero no estaba preparada para decir todo aquello sin que esas letras perforaran mi garganta con el llanto. Me fui furiosa, arrastrando en cada paso todo el odio desdibujado de cariño, dejándolo allí solo.

17
TESSA

*«Nada en vosotros veo
sino una nada que vive en un solo instante».*

(Edipo Rey, Sófocles)

Aquella tarde dejé a Luis y Matías solos y me fui a leer y escribir perdida por la montaña.

En la cena soporté como pude tenerlo enfrente, encogiendo las piernas al máximo para que la telaraña de sus caricias bajo la mesa no alcanzara mi piel.

Era la primera noche de teatro en la que participaría Rodrigo, así que empezamos un nuevo guion que también había adaptado Matías. Me entretuvo ver al gran jefe granjero casi atormentado ante los folios grapados repletos de interpretaciones que lo esperaban, escuchando el torbellino de consejos que los nuevos expertos en teatro le daban. Esa noche Rodrigo se restaría horas de sueño por estar allí con sus dos metros de envergadura acorralados y sus palabras desabrigadas, todo al servicio del amor.

Cuando Luis empezó a dar muestras de cansancio todo el mundo despejó el porche para marcharse. Era el momento en el que yo solía irme con Matías para cobijarme entre sus sábanas. Él me tendió la mano, como cada noche.

—Hoy no iré, Matías. Quiero estar sola.

—Cobarde —me susurró con su mejor sonrisa canalla.

Su primera estrategia fue incitarme con su pique. Pero resistí. No le funcionó, no cuando se trataba de cuidarlo. Le deseé buenas noches y cerré las puertas del porche. Él no dejó de mirarme, con las manos en sus bolsillos delanteros y apretando la mandíbula.

Pensé que insistiría, pero se alejó y yo no sentí alivio alguno. Intenté leer y no pude. Lo imaginaba solo, leyendo en su terraza, y me tentaba la idea de buscarlo. De refugiarme entre sus brazos aunque eso significara sacrificar sus sueños.

Fui una ilusa al pensar que solo tenía que vencer la tentación de mis pensamientos. No había pasado más de media hora cuando escuché sus pasos tras las grandes puertas de madera del porche.

—Tessa, ya vale. Ven. Estás tardando demasiado.

Me acerqué a ellas cuidando de no hacer ruido. Él siguió dando pequeños toquecitos en la madera y hablando tras ella.

—No podré dormir. Venga, abre y déjame que duerma contigo, aunque sea en tu cama.

Seguí sin moverme, controlando incluso el sonido de mi respiración. Escuché el roce de su ropa y después el sonido de un papel intentando colarse por la puerta, hasta que asomó en el interior un *post-it*.

Él no va a irse sin ella. Puede esperar toda la noche. Y puede sentirla apoyada en la puerta.

Cerré los ojos con fuerza. Su segunda estrategia: la ternura. Tocada.

Ella no quiere que él llegue a las medidas desesperadas, porque sabe que es capaz de levantar a la aldea entera.

PD: Pero si es necesario lo haré.

Aquello sí que empezaba a inquietarme.

—Matías, déjalo y vuelve a casa. No abriré.

—¿Harás que duerma aquí fuera?

«Menudo farol».

—Sabes que eres demasiado cómodo para eso.

—Pero haré que abras de una manera u otra. Esta es la menos inofensiva.

Suspiré.

—Lo hago por ti. Tenemos que acabar con esto.

—Y una mierda.

Volvió a colarse otro papelito.

TE QUIERO.

Su letra era clara y firme. Me mordí los labios intentando en vano contener las lágrimas.

—¿Lo entiendes, Tessa? No vas a poder cambiarlo. Si no me abres en dos minutos voy a empezar a recitar como un loco, a pleno pulmón, encima de la mesa. Creo que será Romeo y Julieta, tienes de tiempo para abrirme lo que tarde en decidirme.

No albergaba ninguna duda de que era capaz de hacerlo, así que intenté

camuflar mis lágrimas y le abrí. Y allí estaba él, aunque esta vez su sonrisa era oscura y su mirada turbia. Me abrazó tan fuerte que me robaba el aliento. Me acaparaba con su cuerpo. Era uno de esos abrazos que llega a sostener el cuerpo ajeno.

—Cariño, significaría mucho para mí que no lloraras cuando acabo de declarar mi amor. Suelo tener buena autoestima, pero creo que contigo se está yendo a pique.

Con su tercera arma, su humor, acabó de ganarme.

Yo reía y lloraba al mismo tiempo.

—Ven, vamos a hablarlo de una vez por todas. No quiero estar eternamente así, Tessa.

Me tomó en brazos y serpenteó la cuestecita hasta la terraza de su casa.

—Puedo andar —me quejé débilmente.

—No quiero que te me escapes.

Nos tumbamos en nuestra hamaca de hilo y me arropó con cada centímetro de su cuerpo.

—Tessa, sé lo que estás haciendo. Sé que crees que es por mí, pero no es necesario. No estoy abandonando mi profesión, ya te dije que lo compaginaré con la vida aquí como pueda. Simplemente no es el momento para volver.

—Es que tú no lo entiendes porque eres incapaz de verte a ti mismo. Pero yo sí lo hago. Te veo cuando hablas del teatro y te cambia la expresión; te envuelves con tu traje de poesía y sangre cada noche, y eres tan feliz... ¿Cómo podría quitarte eso? ¿En quién me convertiría? Y lo que es peor, ¿en quién acabarías convirtiéndote tú?

¿Desde cuándo mis ojos eran capaces de abandonar tantas lágrimas?

—Te prometo que no es así. No me estás quitando nada, y no renuncio a nada. Estoy cuidando los tiempos. Confía en mí. ¿Es tan difícil para ti hacerlo? Estás tratando de responsabilizarte de mí con este asunto. Cuando lo haces me desresponsabilizas a mí, me haces sentir pequeño, como con Luis: cuando intentas ocuparte de todo y de todos, sin querer, nos haces incapaces al resto. Tienes que dejar de hacerlo. Tenemos que vivir esto que tenemos, y hacerlo sin darle tantas vueltas si quieres que funcione. ¿Tú me quieres, Tess?

¿Desde cuándo hablábamos de «querer»? ¿Y por qué ya no era capaz de más indiferencia?

—Solo un poquito. Apenas.

—Mentirosa. —Me besó con dulzura—. Sé que no te estoy proponiendo una relación al uso..., que es posible que más adelante estemos durante

algunas épocas separados. Pero en fin, no creo que haya nada de convencional en una escritora de romántica cínica escondida en una aldea despoblada y un actor de teatro con miedo escénico que se esconde de su propia vida. Y ¿desde cuándo lo normal es deseable?

Me daba miedo creerlo y, sin embargo, necesitaba hacerlo. Lo besé como única respuesta.

—Mira que la noche es cálida, pero tú empiezas a tener la nariz fría. Es increíble, si hace una pizca de aire fresco la acapara toda tu radar. —Se rio dándome un pellizco suave en la nariz—. Iré a por la manta.

—No. Déjalo, quédate. No quiero que te vayas.

—Entonces ven.

Antes de que pudiera saber qué hacía, levantó su suéter de punto dándome una perfecta panorámica de su ombligo, y luego volvió a tirar de la tela hacia abajo sumergiendo mi cabeza en su interior hasta que pude sacarla por el cuello de su mismo jersey. Nos reímos medio embobados. Él rescató con cuidado mi melena para sacarla y acomodarme en el hueco de su cuello.

—Así me gusta. Atrapada y bien cerquita. —Frotó su barba rasposa contra mi mejilla en una caricia lánguida.

—Prestaremos tu jersey y quedará inservible. —Aunque no me importaba.

—No. Quedará a punto para todas las próximas veces que volvamos a hacerlo cuando tengas frío, cariño.

Deseé con todas mis fuerzas que desaparecieran los veranos. Yo, la mera superviviente de los inviernos.

—Matías, ¿crees de verdad que esto que tenemos es especial?

Reconozco que me estaba aficionando a su voz de canalla susurrándome poesía.

—Esto es el amor pleno del que hablas en tus libros —susurró muy concentrado en lamerme el lóbulo de la oreja.

—¿Los has leído? ¿Descubriste mi seudónimo?

—Casi desde el inicio. Te quité el disfraz.

—¿Por qué siempre acabo con ganas de matarte?

—Ven, cariño. Mátame de nuevo. Como tú sabes —dijo casi sin voz.

—No... bandera blanca, te prefiero como aliado. Ahora lo necesito lento.

—Ah. *Luchas que ya no son luchas.* ^[iv]

Aquel día descubrí que puede hacerse el amor en el interior de un mismo suéter que es capaz de abarcar dos latidos imperfectos. Que una hamaca de hilo blanco suspendida entre dos árboles puede acunarnos si dejamos atrás las

batallas y rendimos el alma para nuestra propia felicidad. Que yo lograba contarme verdades si Matías me refugiaba entre sus labios lentos. Que el centelleo de algunas estrellas podía atravesar la frondosidad de las ramas que nos recogían, y que él era capaz de estrecharme entre sus brazos una noche entera durmiendo a la intemperie... y entonces yo me olvidaba del frío y del mundo.



18 MATÍAS

*«El ciego se entera mejor de las cosas del mundo,
los ojos son unos ilusionados embusteros».*

(Luces de Bohemia, Ramón M^a del Valle-Inclán)

«Día setenta y cinco en la aldea. Ya son dos semanas sin hacer balance en este diario de (super)vivencias. He estado demasiado ocupado disfrutando los entresijos de mi relación amorosa con la autóctona y pirómana emocional. Han sido quince días de paz y amor desde que le declaré mis sentimientos y se abrasaron sus últimas dudas. Por otra parte, mi rutina en la aldea sigue incluyendo mierdas de vaca y de gallina; apesto durante toda la mañana y necesito baños eternos para volver a mi estado habitual. Además, aún no he conseguido encontrarle el truco al trabajo en la granja. La nativa ya me ha dado por imposible allí, y reconozco que me siguen llamando más como obra de caridad que como ayuda real. Es gracias al gran jefe granjero, con el que he establecido un trueque de favores: yo me ocupo de asesorarlo en cuestiones de conquista y de vestuario; por su parte, él hace la vista gorda a mis desastres en su granja y a los minutos que de vez en cuando nos perdemos la nativa y yo entre tractores. Yo puedo salir con mi chica de gasolina los viernes por la noche y ellos se quedan con el pequeño nativo; los sábados son el gran jefe granjero y su enamorada los que disfrutan de la casa en soledad y nosotros nos llevamos al chico. Las noches de teatro siguen siendo el único momento del día en el que siento que soy útil para algo. Mañana empiezan las fiestas patronales del pueblo, un emocionante capítulo por descubrir».

A pesar de mi entusiasmo, las chicas no querían bajar a disfrutar de las fiestas, no se sentían seguras. Los vecinos las protegían, pero las ferias tradicionales y las verbenas atraían también a gente desconocida, generalmente de pueblos cercanos, y las caras nuevas solían inquietarlas. El viernes, nuestro viernes, había orquesta en directo. ¡Una puñetera orquesta desafinada y *amateur* era lo más cerca que había estado de una juerga en dos meses y medio! Así que la convencí. Se mire como se mire... fue culpa mía...
Yo

desaté
nuestro
apocalipsis.

Paseamos por las casetas repletas de productos típicos y juguetes, y fue en una de esas últimas donde le compré un llavero con un *sheriff* de Playmobil para que llevara siempre consigo el recuerdo de nuestro primer encuentro. En nuestra relación perfectamente atípica no cabían regalos típicos. Ella lo entendió, porque sacó a relucir esa sonrisa que no quería serlo.

Después bailamos hasta anesthesiarnos las caderas. Ella, con su vestido rojo y su mirada glacial, que, paradójicamente, era capaz de incendiarme. Bailó con otros, pero solo conmigo se escandalizaba. Yo saqué a Oti a la pista desafiando su artritis, y tuve que continuar con tropecientas vecinas que se arremolinaban a nuestro alrededor jaleándonos con palmas, esperando su turno. Tessa estaba entre ellas, bailándome con sus ojos repletos de risas hasta que la perforé con una mirada y me rescató. Esa noche nos poseímos el uno al otro en la cama, rabiamos haciendo el amor.

Quizá fue un regalo del tiempo, sabedor de que sería una de nuestras últimas noches.

El miércoles no trabajé. Almorzaba en el bar de Tino cuando a media mañana recibí una llamada de Julián.

—Supongo que ella es la responsable de que no quieras volver —anunció como saludo.

—¿Qué dices, Julián? —Qué pesado estaba, qué matraca daba últimamente.

—Es muy guapa. Aunque me cuesta pensar que estés aparcando tu carrera solo por ese motivo.

—¿Y tú qué sabrás? —Supuse que era una de sus artimañas para hacerme reaccionar.

—La tengo delante en una foto. Salís muy bien, en una verbena. Tú en tu salsa, como siempre.

No entendía nada.

—¿Qué coño dices?

—Digo que te ha pillado la prensa. Sales en una revista del corazón, con la chica. Leo textualmente: «¡Nuevo romance a la vista! El rompecorazones Matías Cruz ha sido cazado junto a su última conquista de vacaciones en un pueblo de la provincia de Castellón. El actor, que eliminó sus redes sociales y permanecía en paradero desconocido desde que se presentara ebrio y

fuera despedido del reparto de su último trabajo, parece haber encontrado un nuevo amor. ¿Qué tiene este hombre para hacernos perder la cabeza a todas? El actor se muestra reservado con su vida privada, aunque sus salidas nocturnas nos revelen todos los detalles. Esperemos que esas merecidas vacaciones con su nueva y desconocida chica acaben con sus problemas y regrese pronto para seguir enamorándonos». ¿Qué te parece?

En el mismo momento en el que empezaba a ser consciente de toda la situación, noté que temblaba, como si la sangre hubiera empezado a escurrirse de mi cuerpo, gota a gota.

—¿Cómo son las fotos? ¿Tienen buena calidad?

—A ver..., parecen hechas desde móvil y con *zoom*. Pero mala calidad no tienen.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

—¿A ella se la reconoce? ¿Se aprecia su rostro?

—No lo sé, no la conozco, pero supongo que sí. Hostias, Matías. ¿Está casada? ¿Por qué haces esas preguntas?

Joder.

—Ojalá fuera tan simple como que estuviera casada. Necesito que me envíes ya una imagen de las fotos, por WhatsApp. Voy a instalar la aplicación de nuevo ahora mismo. No tardes.

—¿Pero qué...?

—Ya, joder.

Le colgué. Aún con el corazón aporreando en mis manos y haciéndolas temblar, pude descargar las fotos que me envió Julián.

En la primera bailábamos pegados. Estaba a punto de besarla, así que mi cara cubría la suya. En la segunda yo la abrazaba por detrás y hundía mi boca en el hueco de su clavícula, haciéndola reír. Y era tan visible nuestra felicidad como su rostro. Supe, sin atisbo de duda, lo que se nos venía encima.

Volví a llamar a Julián.

—Ponte en contacto con tu amigo el periodista y averigua quién ha vendido las fotos a la agencia, si continúan siguiéndome. No tengo tiempo de explicarte, pero es urgente y grave. Habla con quien tengas que hablar y paga lo que tengas que pagar. Necesito saber si siguen por aquí. Te lo devolveré en cuanto pueda. Busca en el resto de revistas y dime si salen más imágenes.

—Me acabas de acojonar. Voy a ello, pero llámame en cuanto puedas para

contarme qué has hecho ahora. Ya sabía cómo iba a acabar esto, mira que te aconsejé que te olvidaras de la chica...

«Como si fuera posible ignorar a alguien como ella».

—La he cagado, Tessa.

La había recogido de la granja a toda prisa, ignorando sus preguntas hasta sentarla en el porche de su casa.

—¿Qué ha pasado?

—Quiero explicarme antes que nada. —Ella asintió—. Soy un actor de teatro, solo eso. Mi nombre artístico es Matías Cruz, por el segundo apellido de mi madre. No he sido nunca conocido; pero hace unos meses, en una fiesta, conocí a una chica. Nos enrollamos, empezamos a vernos más y la prensa enloqueció. Es una conocida *influencer*, acababa de divorciarse de un cantante, y eso me puso a mí en el ojo del huracán.

—Matías... —Entrecerró los ojos, y deseé que tuviera ganas de abofetearme y odiarme. Mucho mejor que encontrarme aquel dolor reflejado en ellos.

—Espera, por favor. Déjame hablar. Empecé a salir en prensa, nos seguían; los teatros se abarrotaban, agotábamos las entradas... Antes de que ella llegara, yo era reconocido en el mundo del teatro, pero eso no significa que vayan más a verte, ¿sabes? Después de Laura, fue una locura. Me llegaban contratos de todo tipo: como modelo, de publicidad, para videoclips, series de la tele... Al contrario de lo que debería haber sucedido, la prensa y la presión de tantos ojos puestos en mí sin tener en cuenta mi valía me pasaron factura.

—Miedo escénico —dijo entre dientes.

—Sí. Pensaba demasiado en la gente que venía a verme, y menos en lo que hacía. Seguí en mi rutina de noches de fiesta, pero de repente a la gente le interesaban y tomaban fotos. Cuando Laura y yo rompimos, tuve una avalancha de mujeres dispuestas a consolarme; y me dejé. Algunas de ellas también eran conocidas...

—Eres un cabrón. Me has mentido todo este tiempo.

—¡No! No te he mentado, solamente he omitido una parte de mi vida, la que no me representa. Necesitaba estar al margen de todo aquello, volver a mirarme con otros ojos de nuevo...

—Has ocultado información que lo cambia todo, así que no me vengas con

que no es una maldita mentira. Y ahora dime ya por qué de repente te sinceraras. ¿Te vas? ¿Es eso? Lárgate cuanto antes.

—Tessa... Hemos salido en la prensa, en una revista del corazón. Es una página interior, un recuadro pequeño y la revista no es muy conocida. Pero nos hicieron fotos el viernes en la verbena.

Nunca antes había visto la verdadera imagen de la decepción y la rabia hasta ese momento en su rostro.

—Hijo de puta...

—Por favor, entiéndelo. Aquí nadie me reconocía, era como siempre, como antes. ¡No llegué a pensar que nadie lo hiciera! No sabía vuestra situación, y cuando la supe, era tarde... Ya... ya me importabas. Si te lo hubiera dicho, me habrías impedido llegar a ti, y ya no quería soportarlo. Intenté marcharme, cuando me di cuenta de que podía joderos quise alejarme, pero no pude. ¡Nadie tenía ni idea de quién era yo por los alrededores! ¡Pensé que sería siempre así! Y necesitaba estar cerca de ti. Te juro que pensé que estabais seguras: aquí no llega esa clase de prensa, y era uno más. —Intentaba hablar mientras la perseguía hasta la bicicleta. Traté de detenerla, pero ella se soltó, furiosa.

—Necesito las llaves de tu coche. —Tenía los ojos llenos de lágrimas por derramar y tiritaba. ¿De rabia? ¿De pena?

—No puedes conducir así, cariño. Dime adónde y te llevo. —Mentira. Ella no se quebraba. Ahí estaba, dispuesta a la lucha contra los temblores de su cuerpo, contra mí, contra la amenaza.

—¡¡¡No te atrevas a hablarme así!!!

Forcejeó contra mi pecho en un intento por deshacerse de mí, hasta que se subió en el coche ante la evidencia de que perdíamos tiempo y no llegaría al pueblo de otra manera.

En el trayecto se iban evaporando mis esperanzas de que aquello acabara bien, al mismo ritmo que se cargaba ella de respiraciones rápidas.

—Tessa, por Dios, perdóname. He sido un inconsciente, pero no te he mentado y nunca quise haceros daño.

—¡¡¡Nos has expuesto!!! ¡¡Acabas de joderlo todo!! ¡¡Estos años escondiéndonos no han servido de nada!! Te atreviste a decir que le estábamos robando posibilidades a Luis, y tú acabas de condenarnos a huir de nuevo. A quitarle su vida aquí.

—No. No. Tessa, escúchame: hablaremos con Sonia. Tengo ideas. Avisaremos a la policía, haremos que la prensa sepa de vuestra situación y eso

lo disuadirá. Lo solucionaremos, no podéis seguir así siempre. No tenéis que marcharos, es el momento de...

—Te atreviste a decirme que me querías. ¡Te atreviste a decirme que me querías! Yo pensaba en ti y te acercaba a tu teatro, y tú te dedicabas a pensar en tu polla. Solamente me dijiste una verdad en todo este tiempo: siempre has mentido mejor. Mucho mejor. Una fantástica interpretación.

Dio un portazo y la seguí hasta la casa de la anciana. Nos abrió Sonia, y Tessa le expuso la situación con premura allí, en la misma calle.

—Haremos lo que tú quieras, So. Si quieres que nos quedemos y lo enfrentemos, nos prepararemos y avisaremos a todo el mundo. Si quieres marchar...

—No lo hagáis, Sonia. —Ninguna me miraba—. Os juro que os ayudaré, pero...

—No puedo. No puedo exponerlo. Sabrá que tiene un niño y me lo quitará. Y un día no volverá, como esos niños que...

Tessa la acalló con un abrazo.

—Si quieres que nos marchemos, tendrá que ser ya. No sé cuánto puede tardar la gente de nuestro barrio en reconocernos y que la noticia llegue hasta él.

Buscaron a una vecina que se ocupara de la anciana y fueron directas a sacar a Luis del colegio con el coche de Sonia. Yo aproveché para llamar a Julián y conocer los detalles. La fotografía la había tomado un periodista nacido en la zona que pasaba las vacaciones en su tierra. Me había reconocido y vendió las imágenes a una agencia, pero no había más noticias en otras revistas. Confesé la situación de las chicas a mi amigo y le advertí que era posible que necesitara a todo el mundo para movilizarnos si conseguía convencerlas para quedarse.

Ni siquiera estuve cerca de ello. Cuando regresé a la aldea para intentarlo, Humberto, Ricardo, Mariana y Ben ya estaban ayudándolas a preparar todo. Oti se había llevado a Luis a su casa para tratar de no asustarlo: acordaron decirle que se iba de viaje, por primera vez en su vida. Mientras ellas recogían al vuelo sus pertenencias, ellos me fulminaban con gesto grave.

Intenté en vano hacerlas cambiar de opinión. Tessa me insultaba sin descanso y no me dejaba acercarme; Sonia me ignoraba mientras lloraba. No me cansé de perseguirlas. Incluso intenté arrancarles las maletas de las manos en un intento desesperado de que me escucharan.

—No podéis seguir viviendo así. Es el miedo el que os impide pensar con

claridad. Os estáis equivocando.

—Apártate. Tú eres el que no has pensado con claridad.

Cargaron el coche entre sollozos que rompían el silencio habitual de la aldea. Todos lloraban. Después intentaron fingir sonrisas tristes cuando Oti trajo de la mano a Luis. Supongo que no les enseñé a interpretar tanto como para enmascarar toda aquella pena, pero al menos trataron de evitar que el pequeño entrara en pánico.

Se abrazaron uno a uno.

Tan solo Luis se despidió de mí.

—Nos veremos pronto, colega. —Él sonrió, ajeno al drama, para después abrazarme y acabar de descomponerme.

No podía creer que aquello estuviera sucediendo. El corazón me quemaba en la garganta. Pensé en abalanzarme delante del vehículo para detenerlas, pero aquello habría alterado a Luis. Hubiera tirado las llaves del coche por el despeñadero para contenerlas. Hubiera vendido mi alma con tal de parar aquello. Pero no podía arriesgarme a aturdir al pequeño.

Tessa y Ben permanecieron unos minutos estrechándose el uno al otro, ante las miradas bajas del resto.

—¿Me-me-me quedo so-solo para siempre, Tessa?

Toda la pena del mundo quedó capturada en el gemido de ella. Si hubiera ocurrido en un teatro, aquel sonido habría conseguido apuñalar el alma del auditorio entero. Como ocurrió en nuestra realidad, nos rasgó a los allí presentes.

—No, Ben. Llamaré los domingos por la tarde al bar de Tino para hablar contigo y en cuanto pueda vendremos a visitarte. Quizá puedas venir al nuevo... destino en el que nos establezcamos. —Sonaba desencajada.

—Me necesitaréis.

Ella asintió y volvió a colgarse de su cuello.

—Siempre —le susurró. Aunque todos pudimos escucharlo.

Y
así
la
perdí.

*«Vuestras lágrimas son lágrimas de los ojos nada más,
y las mías vendrán cuando yo esté sola,
de las plantas de los pies, de mis raíces,
y serán más ardientes que la sangre».*

(Bodas de sangre, Federico García Lorca)

A Sonia le pesaban los párpados. Le pesaba el cuerpo. Le pesaba la vida. Esa que de nuevo llevaban a rastras de aquí para allá. ¿Qué sería ahora? ¿Guadalajara? ¿Soria? ¿Cuenca? ¿En qué provincia encontrarían un nuevo sitio olvidado para malvivir?

Se habían establecido temporalmente en El Collado, cerca de Logroño. Sin luz. Un motor a gasolina reemplazaba sus funciones, y delante de Luis intentaban vivirlo todo como si de una aventura se tratase, temiendo que volviera a quedarse sin habla. Dos semanas desaparecidas, huyendo de su segunda vida. ¿Cuántas más les quedaban?

Observó el viejo coche conducido por su hermana subiendo por el sendero de piedras y se acercó para recibirla.

Tessa conducía cada día hasta la ciudad más cercana, buscaba una cabina pública para llamar al bar de Tino y conocer qué pasaba por su antigua vida. Marcaba los números de memoria, y preguntaba, y pedía, y se atrevía, mientras Sonia se quedaba en el coche o en la oscura casa que habían alquilado, con el alma atragantada. Ni siquiera preguntaba detalles, se limitaba a escuchar lo que su hermana quisiera relatarle.

La primera semana no hubo cambios. Empezaron a creer que la noticia había pasado desapercibida, que nadie la habría reconocido o que Ernesto ya no la buscaba. Pero nueve días después él había aparecido por el bar de Tino con la revista en la mano, describiendo a Sonia y olfateándolas como un sabueso.

—¿Cómo has quedado? ¿Qué te han dicho? —Se obligó a preguntar, a quitarle peso a su hermana.

Tessa sacó las bolsas de la compra del asiento trasero y saludó a Luis, que jugaba con un balón de fútbol en la lejanía.

—He hablado con Tino y Cris. Dicen que Ernesto sigue por el pueblo. Los vecinos saben quién es y de manera encubierta le hacen el vacío. Ha tenido que hospedarse por los alrededores, pero nos busca. No creen que sepa que vivíamos en Artigas, pero estuvo preguntando también por allí. Parece que está peinando la zona con la revista en mano. En la aldea habló con Matías y creen que lo convenció de que solo me conocía de aquella noche y que ni siquiera sabía que tenía una hermana. No saben nada más.

—¿Ha preguntado por un niño? ¿Alguien le ha dicho algo de Luis?

—No. Sigue sin saber que existe, tranquilízate.

Sonia empezó a dejar entrar el aire en sus pulmones y siguió a su hermana hasta aquel cuartucho al que llamaban cocina.

—¿Qué crees que hará ahora?

—Se marchará dentro de unos días si sigue sin dar con nosotras. Pero aquí no va a encontrarnos, estamos seguras.

—Pero a Artigas ya nunca podremos volver, ¿verdad?

—No creo. Se dejará caer de vez en cuando si sospecha que puede sonsacar información o incluso encontrarte.

Las dos hermanas se miraron. Sonia estaba segura de que, aunque se enfocaran la una a la otra, también por los ojos de las dos paseaban las caras de Oti, Ben, Rodrigo...

Rodrigo. Ni siquiera se había despedido de él en condiciones. Una sola llamada al día siguiente de huir, un «estamos bien, seguimos de ruta, ya te volveré a llamar». ¿Acaso Rodrigo no se merecía más? Claro, siempre. Por eso mismo no se atrevía a llamar. ¿Vergüenza? ¿Culpa?

Miedo.

Pero otro tipo de miedo.

¿Se volverían a ver? ¿Tendría que pedirle a su primer amor sano que la olvidara? Trató de alejar aquellos pensamientos, intentando recordar cuál había sido su último momento juntos: la noche de teatro del martes. Las risas de todos habían envuelto sus típicos cruces de miradas, porque no había forma de que Rodrigo hiciera las flexiones de voz que requerían las lecturas dramatizadas, y porque solo la miraba a ella. A él no le habían importado las risas, había seguido sin desprender sus ojos de ella. Y Sonia había tenido la certeza de que nunca antes la habían mirado así.

La voz de su hermana la devolvió al presente.

—También he llamado al colegio de Luis. El curso ya estaba casi acabado, así que no afectará a su ritmo.

Tessa había desviado la mirada, Sonia supo que disimulaba algo.

—¿Qué más te han dicho?

Tardó unos segundos en responder.

—Lo que ya sabíamos. Que sus calificaciones son muy justas, y que habían decidido que promocionara al siguiente curso debido a la evolución de los últimos meses, para que siguiera con sus compañeros de siempre. Dicen que... que no le convienen más cambios. Están preocupados. Me han pedido que sigamos haciendo lo que fuera que hubiera provocado esa mejoría. Así que supongo que tendremos que continuar con las noches de teatro, de algún modo.

Sonia asintió. Quería tener ese arranque. Esa fuerza que mantenía a su hermana tan entera a pesar de todo el desánimo, el enfado, la impotencia y la rabia que se reflejaban en ese mar lila que había bajo sus ojos. Quería poder ser la mujer que decidiera con esas agallas que seguirían con el teatro a pesar de que supusiera invocarlo a él cada noche. A Matías. Al fantasma del que Tessa no quería hablar.

—Gracias, Tess. De verdad que no podría hacer todo esto sin ti, me hubiera rendido hace tiempo... —La voz se le quebró y le impidió continuar. Se abrazaron.

—No digas tonterías... Ahora seguiríamos viviendo en Artigas tan tranquilas si no hubiese sido tan tonta para no investigarlo.

—No, no es verdad. Odio que te machaques de esa manera. Se equivocó, eso no es discutible; debería habértelo contado todo. Pero no significa que nuestra situación sea culpa suya, y desde luego no lo es tuya. Esto tenía que ocurrir, sabíamos que un día u otro tendríamos que dejar Artigas. Lo teníamos claro desde el principio.

—No puedo creer que aún intentes defenderlo. Tú. Justamente tú, que podrías haber...

—Shh, shh. No lo defiendo, y los primeros días estaba muy cabreada con él. Pero Luis no ha dejado de preguntar por su «tío Matías», y yo no puedo odiarlo después de todo lo que ha hecho por mi hijo y por ti. Incluso por mí. Todos cometemos errores, Tess.

«¿No es acaso un error que yo os esté arrastrando por esta vida nómada por miedo?». Empezaba a tener sus dudas.

—No pueden cometerse errores cuando la vida de otra persona está en juego y menos aún por la simple razón de querer salirse con la suya. Solo piensa en él.

—Esta semana he tenido tiempo de replantearme la situación, y no es justo,

lo miremos como lo miremos. Durante estos años mi decisión de esconderme ha implicado a terceras personas. Si Matías nos hubiera dicho desde el principio que era conocido, ¿qué habríamos hecho? ¿Obligarlo a marcharse de la aldea por si subía la prensa? No, no está bien. Puede que no nos hubiéramos relacionado con él, pero eso no arregla nada. Sé que es difícil verlo así, pero en parte... creo que las cosas tenían que ocurrir de esta manera.

Sonia observó la postura decaída de su hermana, que no contestó. Al menos esta vez no se había negado a hablar de Matías.

—¿Sabes algo de él? ¿Ha vuelto a Madrid? —le preguntó de nuevo.

—No, sigue en la aldea. Hace guardia en el bar de Tino e intenta interceptar las llamadas para hablar conmigo, pero le cuelgo.

—¿Y qué hace aún por allí? ¿No me dijiste que su amigo ya le había conseguido trabajo?

—Al parecer se ha quedado por Ben.

—¿Ves? No es verdad que piense solo en él, no puedo obviar esos detalles que tiene. —Se armó de valor para seguir preguntando, aunque adivinaba el rapapolvo—. Por cierto, ¿sabes algo de Rodrigo?

—Pues sí, tu Rodrigo está desesperado por hablar contigo. Deberías llamar a la granja de una vez. No le sirve que yo le diga que estás bien.

Debería, pero antes quería estar lo suficientemente fuerte como para no limitarse a llorar por teléfono. Incluso para escuchar que no podían seguir así. Ambas se quedaron pensativas, con la mirada perdida en el pequeño que jugaba en aquel árido paisaje.

—Después de tanto tiempo, llegué a creer que Ernesto se había olvidado de mí. ¿Por qué no rehace su vida?

—Ojalá. Pero no lo hará... No es de esos, es de los que te poseen, cree que eres de su propiedad. No sé qué hará con su vida, pero no dejará que rehagas nunca la tuya. Has herido su ego escapándote y apartándote tanto tiempo, pero si tiene la oportunidad...

—Vendrá a por mí. «Vivir juntos o morir juntos». Eso me decía, que no concebía la vida sin mí. Y que todo lo hacía por mi bien.

—Calla, Soni. Todo se arreglará.

—¿Cómo? ¿Qué sucederá con Rodrigo y con Matías? ¿Se acabó? ¿Qué le diremos a Luis cuando pasen las semanas y no regresemos? ¿Y cuando lo obligue a empezar el curso aquí?

Por primera vez en mucho tiempo, Sonia observó como su hermana replegaba el cuerpo y se cubría la cara para silenciar los sollozos.

Rodrigo no esperó ni un tono para descolgar el teléfono. Tino lo había avisado para que estuviera preparado para recibir una llamada de Sonia el domingo por la tarde. Y vaya si lo estaba. No se había movido del despacho de la granja en todo el santo día.

—¿Rodrigo? —La voz de ella sonó insegura, y sin embargo, él pensó que nunca su nombre en boca de otra persona lo había aliviado tanto.

—Sí. —Tuvo que carraspear, cerrar los ojos unos milisegundos, aferrarse al teléfono, invocar un milagro para que las palabras no se escondieran—. Sí, soy yo, Sonia.

Dejaron que las respiraciones hablaran por ellos unos instantes fugaces.

—No pude despedirme en persona...

—No pasa nada. —«Mejor así. No hubiese podido dejarte ir». ¿Cómo estáis?

—Bien. Bueno... Luis empieza a estar harto de la aventura y ya pide regresar a casa. Tessa está más taciturna que nunca, no sé cómo ayudarla, se niega a hablar mucho. Aun así sigue llevándolo todo, ya sabes cómo es. Y yo estoy bien..., pero os echo de menos.

«Yo estoy agotado de levantarme con tu ausencia auestas. Ya. Y solo han sido dos semanas, Sonia. ¿Qué voy a hacer?».

—Yo también os echo de menos. Te echo mucho de menos a ti. —Ah. Al fin las cuerdas vocales cedían.

—Rodrigo... —Lloraba. Él tuvo que morderse el puño para soportarlo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña. Dime dónde estáis, iré unos días con vosotras.

—Espera un poco, no sabemos si es seguro que vengáis de momento. Tampoco sabemos si nos quedaremos aún aquí. Aguanta.

—No te apures, Sonia, sabes que esperaré. Tú solo... llama. ¿Puedes llamarme cada día?

«No sabes qué es esto. Estoy harto de apretar la mandíbula y los puños cada vez que me dicen que sigue por el pueblo. Se me pasan por la cabeza mil locuras. Pero lo prefiero: tenerlo a él cerca y a ti lejos, pero a salvo. Llámame cada día para que no se me ocurra lo peor cuando desaparece unas horas...».

—Lo intentaré.

—¿Y Luis?

—Con menos ganas de hablar cada día. Me preocupa... Últimamente se me pasa por la cabeza volver a casa, intentar afrontar esto de otra manera.

Las manos de Rodrigo se volvieron blancas aferrando el teléfono.

—Haz lo que sea para mantenerte a salvo, pequeña. Te esperaré lo que haga falta. Iré a verte adonde sea, las veces que haga falta. Tú solo... haz lo que sea para estar bien. Sabes que me cuesta expresarlo con palabras, pero... te quiero mucho.

A Rodrigo ya no le importaba ser suficiente. Le parecía una gilipollez haber deseado aquello. Por encima de todo, necesitaba que ella estuviera bien. Aunque no lo eligiera o no lo quisiera.

Él pudo escuchar el llanto leve de ella, que lo interrumpió. Que cortó el flujo de palabras.

Después solo se escucharon unos tonos intermitentes y regulares anunciando el fin de la comunicación.

20
TESSA

*«Y me levanto con el más terrible de los sentimientos,
que es el sentimiento de tener la esperanza muerta.
Quiero huir, quiero no ver, quiero quedarme serena,
vacía... (...). Y sin embargo la esperanza me persigue, me
ronda, me muerde; como un lobo moribundo que apretara
sus dientes por última vez».*

*(Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,
Federico García Lorca)*

Tratar de reconstruirte en tantas ocasiones extenua.

Hay que buscar minuciosamente los pedacitos desgarrados y desperdigados después de tu rotura. (Se vuelven más pequeños por cada vez que te rompes de nuevo). Después hay que acunarlos entre tus manos para separar los tuyos de los que pertenecen a las personas que se han roto contigo porque te quieren. Y empezar a pegarlos uno a uno, hasta que estén suficientemente fuertes como para sostenerte de nuevo.

Ya me sabía aquello.

Lo había hecho otras veces.

Yo había salido poquito a poquito de mí, de puntillas, sin remolinos. Me había dejado ver a duras penas... y cuando pensaba que era capaz de recomponerme fragmento a fragmento..., alguien a quien quería me mintió.

Eso era lo único en lo que podía pensar un día tras otro. El problema de las mentiras es que salpican las verdades, y es difícil separarlas. ¿Hasta dónde era mentira lo vivido?

¿Quién era Matías?

¿Qué quería?

¿Y a quién?

Esas tres semanas fuera de casa me dedicaba a esquivar los recuerdos, pero mi mente desarrolló una manía casi enfermiza de recapitularlos y

ordenarlos para tratar de entender. «Matías Ballesteros», nos había dicho el primer día, ocultando su nombre artístico. ¿Había vacilado un poco al decirlo? ¿O ahora veía fantasmas en cada esquina? También recordaba ese reparo a hablar de sus desastres, ¿pero cómo iba yo a pensar que entre ellos se incluía la prensa? Se había interesado por las revistas que llegaban al pueblo, incluso había comentado algo respecto a algunas entrevistas... pero creí que se trataba de esas páginas de publicidad que nadie leía. «La fama está sobrevalorada», de ese comentario también me acordaba. Menudo cabrón. «Con toda mi mierda egoísta pidiendo que seas tú quien te alejes». Lo habría hecho de haberlo sabido. Y la cita, ¿había elegido aquel sitio apartado tratando de no ser visto? Siempre me hizo creer que su intención era protegerme a mí.

«Qué bien mintieron tus ojos, Matías. Qué bien supiste usar tus armas canallas mientras tu boca mentirosa me aprisionaba».

Ese era mi baile de pensamientos en bucle. Giro y giro. Paso tras paso. Y vuelta a empezar.

En la nueva cama fría de la casucha alquilada, nos acostábamos los tres acurrucados; y cuando Luis se dormía, mi hermana y yo nos apretábamos las manos para arroparnos la una a la otra. Era descorazonador escucharla sollozar bajito, tan bajito, tan despacito...

Y entonces solo podía maldecirlo.

Lo peor de aquel odio es que se estaba llevando una parte de mí que apenas acababa de recuperar.

«Maldito seas, Matías. Y maldita yo por creerte y quererte».

A partir de la tercera semana, ya no supimos engañar del todo al pequeño para que pensara que aquel paripé era una aventura. No sabíamos guardarnos tanta pena en los bolsillos, aunque lo intentamos con ganas. Sonia y yo advertimos un regreso lento pero progresivo hacia su mutismo. Redoblamos esfuerzos.

Mentira: —Luis, ¿jugamos a ser exploradores perdidos por la zona?

Verdad: Tenemos que saber si este sitio tiene otros puntos de acceso.

Mentira: —Luis, ¿te apetece bajar a la ciudad y hablar con Oti y Ben?

Verdad: Necesitamos noticias de Artigas.

Mentira: —Pequeño saltamontes, ¿te vienes con la tía a recoger frutas?

Verdad: Vamos a dejar a tu madre sola un rato para que no tenga que fingir todo el día que está feliz.

Mentira: —Luis, ¿jugamos al *Veo-veo* por el monte?

Verdad: Así la tía puede derrumbarse en soledad.

Nosotras también desdibujábamos tanto las mentiras y las verdades que ya no sabíamos qué terreno habitábamos en cada una.

La cuarta semana en El Collado nos sorprendió la noticia de la marcha de Ernesto. Nadie se acababa de fiar, pero llevaba días sin dejarse ver por Artigas, y nosotras seguíamos llamando para controlar.

—¿Qué tal todo, Oti?

—Todo igual, hija. Ese desalmado se ha ido, sigue sin aparecer. Mi Ben te echa mucho de menos, y yo... Todos os echamos de menos. Artigas se ha quedado seca otra vez. ¿Tenéis frío allí? ¿Pasáis hambre?

—No, hace más fresquito por la noche, pero estamos bien. Aún nos queda algo de dinero, y pronto buscaré trabajo si nos convence quedarnos.

—Ay, hija. Con lo bien que estabais aquí... No me lo quito de la cabeza: mis niñas y mi pequeño... La aldea está tan silenciosa ahora... Ben anda de aquí para allá sin saber qué hacer. Menos mal que Matías no lo deja ni a sol ni a sombra. Le ha comprado un uniforme de *sheriff*, lo pidió a sus compañeros del teatro y se lo enviaron con camioneta, como los libros que pides tú. Pero ni aun así hay consuelo para mi Ben. ¡Ay, Tessa! Qué desgracia...

—...

—Matías está por aquí por el bar. Antes o después tendréis que hablarlo, ese chico está atormentado. Tiene muy mala cara. Mira que yo me enfadé, ¿eh? Pero ¿qué quieres que te diga? Ahora me da pena, porque sé que se arrepiente. Lo tengo sentado en el taburete de la barra sin dejar de observarme; después, cuando cuelgo, me interroga para saber todo de vosotros. Yo le digo que se te pasará, porque tiene que ser así, hija. Ya se castiga suficiente él, ¿verdad?

«¿Verdad o mentira?».

—No me apetece hablar de Matías.

—Bueno, pero piénsalo. Está perdiendo kilos..., con lo guapo que es, y no hay forma de que venga a comer a mi casa ya. No sé qué hacer... Tú piénsalo. ¿Quieres que te pase a Ben?

—Sí, *porfa*.

—¿Tessa?

—Hola, Ben.

—¡Tessa! El su-su-sujeto peligroso ya no está. Ahora tengo nuevo uniforme y me cubre toda la pantorrilla y Matías ensayó conmigo los protocolos. No

quiso que saliera a hablar con el sujeto porque-porque-porque decía que podía ser pe-peligroso, yo no tenía miedo, pero tenía que pro-protger a mi madre en la casa. ¿Hice bien?

Ya sabía todo aquello, Ben me lo contaba cada vez que llamaba, pero reconocía el entusiasmo de mi amigo al repetirlo.

—Hiciste muy bien, *sheriff*.

Escuché unos susurros al otro lado de la línea.

—Tessa, tienes que leer y escribir pa-para no estar triste. Es tu-tu refugio. ¿Estás escribiendo?

—Dile a Matías que no le interesa y que no se atreva a preguntar a través de ti.

La voz de Ben se hizo más lejana.

—Dice que no te interesa y que no me pre-preguntes. —Volví a escuchar susurros—. Dice que sí le importa, que esto no es una pregunta y luego dice «te quiero».

—Dile que puede irse a la mierda.

—Tessa..., eso no puedo decírselo... —El tono de mi amigo se agravó.

—Tienes razón, Ben, perdona.

Escuché de nuevo murmullos y un suave golpeteo, como si el teléfono estuviera cambiando de manos. Ya lo había escuchado otras veces.

—Tessa, cariño... —Matías sonaba cansado. Escuchar su voz me hizo perder unos centímetros de profundidad en el pecho, como si de repente se hundiera y no cupiera aire en él.

Solo colgué.

La quinta semana empecé la búsqueda de trabajo por la ciudad, pero no resultaba sencillo encontrar nada para una desconocida que nunca había servido mesas. Luis preguntaba a todas horas cuándo volveríamos a Artigas, Sonia parecía estar sumando fuerzas y llamaba cada día a Rodrigo.

El domingo por la tarde volvimos a bajar todos para llamar al bar de Tino.

—Tessa, cariño. Se han ido. —Podía imaginarme a Oti entrecerrando los ojos con tono expectante.

—¿Quiénes?

—Matías y Ben. A Madrid. —La pausa se me hizo eterna, pero después habló precipitada—. El chico tenía que empezar a trabajar, pero no quería

dejar solo a mi Ben..., así que se marcharon los dos el jueves. Tino no adelantó nada porque quería explicártelo yo. Mi hijo está viviendo allí con él, y lo harán ayudante en el teatro. Asistente o algo así. ¡Figúrate, mi Ben! Tú no te enfadas, ¿verdad, hija? Aquello será bueno para Ben, ¡figúrate, la capital! Yo le decía a Matías que aquí es inútil esperar. ¿Sabes cómo lo convencí? Le dije: «Ella no va a volver aquí, pero eso no quiere decir que se acabe lo vuestro. Podréis empezar de nuevo en otro sitio, pero en Artigas con cara de pena no solucionas nada, chico». Ben llama cada día al bar, tendrías que oírlo, Tessa, ¡tan ilusionado! Pregunta por ti, yo le digo que estás orgullosa de él, ¿verdad que sí?

—Claro.

—¡Ay, Tessa! Ya lo sabía yo. Estábamos todos preocupados por si te lo tomabas mal, pero yo sabía que tú quieres demasiado a mi hijo como para eso. Matías ha dejado un número de teléfono para que lo llames si quieres hablar con Ben. Esperan tu llamada.

—Hoy no —necesitaba recuperarme de la noticia—, pero en cuanto pueda lo llamaré.

—Hija..., es un atolondrado, y no pensó mucho las cosas. Pero tiene buen corazón.

—Si hablas con Ben, dile que lo echo mucho de menos.

—Claro, yo se lo digo. ¿Y a Matías quieres que le diga algo?

—No. A él no, gracias.

Llamé al número de teléfono de Matías la sexta semana, por Ben, ese hombre que había salido a parar cada coche para identificar a su conductor y tratar de avisarnos del peligro. Mi mejor amigo.

—¿Sí? ¿Diga? —Su inconfundible voz de pirata me descolocó.

—...

—¿Tessa? ¿Eres tú?

—Sí. Llamo para hablar con Ben.

Hubo una risa corta al otro lado de la línea.

—Lo sé, lo sé. Pero me moría por escuchar tu voz. Tessa, fui un imbécil, pero...

—No voy a hablar contigo, Matías. Ni siquiera voy a escucharte, pásame a Ben.

—Ya, bueno, pero tendría que quedarme sin voz para no intentarlo, Tessa. Y entonces me desangraría escribiéndote *post-its* hasta quedarme sin piel en las manos y...

—Matías, ahórrate el melodrama y déjame hablar con mi amigo.

—Esa es mi chica... —¿Por qué sonaba orgulloso?—. Mándame a la mierda, dime todo lo que se te pase por la cabeza. Me lo merezco. Pero que esta no sea la última vez que me odies, cariño.

—Como no cierres la boca, cuelgo.

—No, mira, llevo mes y medio esperando esto. Ben está loco por hablar contigo, así que no puedes colgar. Al menos tendrás que escucharme; si no quieres decir nada, lo respetaré.

«Por Ben, no le colgaré por mi amigo».

Mentira, mentira, mentira.

—Joder, tenía un maldito guion en mi cabeza de todo lo que quería decirte... y ahora no sé ni cómo empezar. —Suspiró—. Sé que he sido un gilipollas, cariño, pero vivir así es un infierno. Pánico no era aquello que creí que me sucedía, pánico es esto: pensar que te he empujado a pasarte la vida huyendo de tus terrores y cumpliendo así los míos. No puedo pasarme los días preguntándome en qué piedras te escondes; me está destrozando. Y no puedo soportar que el odio sea lo último que te quede hacia mí, Tess. —El tono de su voz había ido bajando hasta resultarme demasiado íntimo.

—...

—Nunca pensé que me fueran a reconocer. Mi mayor error fue crearme invencible, pero es que esa era la única manera de estar para ti. No hay otra forma de estar a tu altura...

—Ya vale, Matías. Ya he escuchado suficientes mentiras.

—Pensar que todo aquello no existía y que podíamos superarlo era la mentira que necesitaba para seguir viviendo, Tess. La mentira vital de la que me hablaste, ¿recuerdas?

—No, esas no hacen daño a nadie. Y la tuya podría habernos costado mucho. Pero déjalo, te he dicho que no voy a hablar.

—Te pasaré con Ben. —Ahora su tono era de derrota—. Te quiero... y estás loca si piensas que esto es el final. Voy a seguir intentándolo.

La chica de gasolina se calcinó.

De ella solo quedaban cenizas.

21 MATÍAS

*«Tiempo de dolor
no es tiempo de amor».*

(Romeo y Julieta, William Shakespeare)

«Quinta semana sin ELLA. Primeros días en Madrid (¿la civilización?) tras la vuelta de la aldea. Traigo conmigo a uno de los nativos, que ha ocupado la buhardilla para invitados de mi piso. Alucina con los hipermercados y esa extraña magia inmediata llamada Internet; piensa que los laberintos subterráneos del metro son de las tortugas Ninja y se queja del ajetreo madrileño. Decidí traerlo en uno de mis arrebatos, de otra manera no hubiese sido capaz de marcharme de Artigas sabiendo que se quedaba tan solo; y cada vez que observo su cara de ilusión, me doy cuenta de que a veces no pensar me lleva a la decisión acertada. El resto sigue siendo una puta mierda. Las realidades son tan distintas que si no fuera por mi compañero de piso, pensaría que lo vivido en la tierra descubierta fue solo un sueño».

«Sexta semana sin ELLA. Primera semana en Madrid. He conseguido hablar por teléfono con la chica de gasolina. Para ser la primera llamada, no ha ido del todo mal. He hecho un maldito monólogo, preguntándome y respondiéndome solo, pero aun así creo que tengo posibilidades. El nativo que vive en mi casa y devora la comida basura recién descubierta de mi despensa no opina lo mismo. No me conoce lo suficiente. Vuelvo a centrarme en el teatro. Estoy documentándome y preparando un papel que puede cambiar el rumbo de mi carrera artística».

«Séptima semana sin ELLA. Segunda semana en Madrid. Hemos empezado los ensayos de una nueva obra de teatro, y el nativo *okupa* será asistente en ella,

esa ha sido mi exigencia de contrato. A veces la fama consigue lo inimaginable. La nativa hostil lo está más que nunca, pero no cuelga cuando cojo el teléfono. Eso cuenta como avance».

«Octava semana sin ELLA. Tercera semana en Madrid. Me llueven contratos de publicidad, entrevistas y mierdas varias. Rechazo todo. Empieza a tambalearse mi optimismo».

«Undécima octava sin ELLA. Quizá la décima. Qué sé yo. Contar los días de ausencia no me genera ningún interés. Antes sabía exactamente en qué día estaba; ahora solo sé que llama los lunes y los jueves para hablar con el nativo, y que yo malvivo entre esos paréntesis. La chica de gasolina sigue sin dirigirme la palabra. No pelea. Deja que yo le cuente lo que me parece sin resistirse ya, hasta que le paso a su amigo. Si pego el oído al teléfono mientras ellos hablan, tampoco encuentro su voz firme. Cuando río, lo hago amargamente. Cuando me muevo, lo hago por inercia. Quizá una vez sí fui un muñeco de prácticas de tiro y ella me perforó el alma, la cordura».

«Decimoquinta semana sin ELLA. Ayer estrenamos la obra. Pero sobre todo, ayer debería haber llamado y no lo hizo. ¿Les ha sucedido algo? ¿Me he inventado los avances? ¿Se acabaron las llamadas?».

Julián se plantaba en mi casa cada pocos días, como un vigilante de mi reinserción en sociedad.

—Tu piso apesta a macho, joder —espetó cuando abrí la puerta.

Lo cierto es que esos días vivíamos casi en el teatro, así que lo teníamos todo hecho una ratonera.

—Aún no he hecho reparto de tareas con mi compañero de piso. Por cierto, no sé dónde está. ¡Ben! Julián está aquí. ¡Nos vamos en media hora!

—¿Qué hace encerrado en su habitación?

—Ahora es adicto a Internet y Netflix. Espérate a que descubra Amazon y me arruine...

Ambos reímos.

—¿Estás nervioso después del superestreno de ayer? De momento he leído tres críticas y todas son muy buenas. ¿Te has enterado?

—Sí, algo he oído. Los compañeros lo han colgado en el grupo de WhatsApp.

—¿Tampoco saldrás esta noche para celebrar? A Ben le iría bien conocer la noche madrileña, y si no le apetece, puedo quedarme con él.

—No tengo ganas de fiesta, Julián. No empieces de nuevo...

—Joder, nunca pensé que te diría esto, pero no es sano que te encierres de esa manera. No ha pasado nada, ellas y el pequeño están bien. Todo ha quedado en un susto.

—Y una mierda. Están vivos —TENÍAN que estarlo— pero bien jodidos. Y es todo por mi culpa. Soy un descerebrado.

—Escúchame, te vino todo de sopetón. No estabas acostumbrado a ser... digamos, popular, ¿cómo ibas a pensar que podía ser noticia que estabas con una desconocida en un pueblucho? Llevabas ya bastante tiempo lejos de esto, es normal que te dejaras llevar... Nos hubiese pasado a cualquiera.

Vivir para ver. De repente era Julián quien trataba de quitar hierro a mis asuntos.

—No intentes arreglarlo. Ese hijo de puta podría haberlas encontrado por mi culpa. Y encima ahora están lejos de su casa y solas. Lo predijiste y tenías razón, la cagué de nuevo.

—No sirve de nada fustigarse. Y me empieza a preocupar tanto abatimiento; pensé que se te pasaría antes... como siempre. Solía darte todo igual. Y ahora ni siquiera sales.

—Hay que joderse... Mi estado de ánimo no está al gusto de nadie, o demasiado abatido o demasiado despreocupado. ¿Tengo que pedirte un calendario para que estés tranquilo y así acertaré las fiestas que debo darme?

—¿Ves? Es que ya no pareces el mismo. Acabas de estrenar obra como protagonista, el mejor papel de tu carrera profesional, las mejores críticas, tu mejor representación, y estás como si nada. Antes habrías encendido Madrid con la celebración. Y ahora ni siquiera lees las opiniones ni sales con los compañeros después de los ensayos. Soy el primero que te quería un poco más serio, ¡pero tanto?! Solo te importan tus llamadas telefónicas, Ben y esas escapadas que haces en tus días libres. ¿Adónde vas? ¿Qué sucede?

—¿Adónde crees que voy? A llevar a Ben de visita a Artigas.

—Mientes. Ben me dijo que también pasabais por otros pueblos, pero a mí

no me la cueles. ¿La estás buscando? ¿Es eso lo que haces?

—Sí, aunque no te importe; sí, es lo que hago.

—¿Vas a pasarte la vida conduciendo en tus días libres por los pueblos deshabitados de toda la península hasta dar con ella? Planazo.

—¿Prefieres que beba?

—Prefiero que seas coherente.

—Entonces te has equivocado de persona, amigo.

—Matías... —Cerró los ojos con fuerza, parecía cansado del tema, pero yo lo estaba más—. Pasa página. Sal de fiesta. Conocerás a otras mujeres. Siempre lo has hecho. ¿Dónde está el tipo romántico que se hundía cada vez por una mujer hasta la siguiente?

—Olvidalo, ya no existe. Y voy a recuperarla.

—Lo que tú digas... —Suspiró.

Ben salió de su habitación con el pelo engominado y una sonrisa enorme que paseaba por la capital desde el primer día.

—Vamos, dormilón. Para la próxima recuérdame que pida que trabajes con uniforme.

—¿Por qué?

—Porque no hay manera de que memorices los protocolos para conjuntar la ropa.

Joder, era el día después del estreno, viernes, y llegamos al teatro justo a tiempo; la gente seguía parándome para tomarse fotos conmigo y aún me pillaba por sorpresa. Por suerte nadie consultó el reloj cuando entramos.

Ben ya se había metido a toda la plantilla en el bolsillo y parecía feliz de dedicarse a cualquier cosa que le pidieran: quitar decorados y guardarlos con rapidez, recoger el vestuario que traían de la tintorería y repartirlo, ocuparse de las bebidas... Todo con protocolos, eso sí.

No me extrañó que el equipo al completo nos recibiera tan entusiasmado al vernos llegar al teatro para la reunión general. Advertí que respiraron tranquilos al encontrarme tan sobrio como siempre (había sombras que me acompañarían eternamente, al parecer).

Era el proyecto que mayor reto suponía para mi carrera profesional, y ni rastro del pánico escénico. Paradojas de la vida: ahora el miedo estaba tan presente en mi vida real que tan solo deseaba subirme al escenario para ser

otro. Olvidarme durante esos momentos de que la había cagado, de que ella ya no estaba y que no sabía realmente cómo les iba.

En el escenario no existía todo aquello.

Subió el telón. Y desapareció el hombre y sus ruinas, ese pegado a un teléfono descontando los días, al que le dolían todas las partes del cuerpo porque echaban de menos.

Me movía como otro. Pensaba como otro. Reaccionaba como otro.

No eran mis manos (así que ya no anhelaban).

No eran mis labios (así que no sangraban).

No era mi pecho (no dolía).

No era mi voz (no la llamaba).

Lo jodido era que ese tiempo fuera de mí siempre acababa. Los aplausos me devolvieron a mis escombros. Bajó el telón. Nos felicitamos entre nosotros, nos abrazamos, nos agrupamos para salir a saludar. De nuevo telón arriba. El público ya no estaba en sombras: era increíble la cantidad de gente de pie, los *flashes*, los aplausos efervescentes. Sonrisas y agradecimientos. Había gente que se apresuraba en marcharse... En realidad, solo una persona. Me llamó la atención. ¿Era posible que esa chica de negro fuera...? ¿Era posible que aquella melena oscura le perteneciera?

Joder, la hubiera reconocido entre un millón de personas.

Salté del escenario sin tener en cuenta que aún quedaban saludos o que podía dejar a todo el mundo boquiabierto, y salí corriendo tras ella por la segunda puerta lateral. Fulminé el pasillo en una carrera.

—¿Hacia dónde ha ido la chica morena que acaba de salir? —pregunté casi sin aliento a los porteros.

—No ha salido nadie, aún.

—Acaba de pasar por aquí una mujer con el pelo largo, morena, vestida de oscuro.

—Debe de estar dentro; acabamos de abrir las puertas y no hemos visto a nadie.

La busqué desesperadamente. Empezaban a salir los espectadores y se quedaban mirándome, sentenciándome a un psiquiátrico de por vida por lo que acababa de hacer. Me señalaban. Lo único que me molestaba era que suponían obstáculos para encontrarla. Algunos intentaban acercarse a saludar, pero los ignoraba y seguía escudriñando cada rincón sin éxito.

¿Era posible que hubiera creado un espejismo? No podía haberse esfumado. ¿Tenía razón Julián y aquello me afectaba demasiado? Ella no

estaba y tampoco había salido... No me quedaban más opciones.

Volví a adentrarme entre bambalinas, preguntándome qué responder cuando mis compañeros me pidieran explicaciones por mi reciente espectáculo de salir corriendo tras un fantasma.

Entonces

la

encontré.

En la puerta de mi camerino, abrazada a Ben, frente a un guardia de seguridad que lo reñía por haberla dejado pasar y trataba de sacarlos explicándoles que Tessa no podía entrar allí sin autorización.

Me acerqué lentamente. Como lo haría un Segismundo^[v], un príncipe condenado temiendo estar siendo engañado por sus sueños: aterrado por si ella se desvanecía de nuevo ante mis ojos.

—Déjala pasar, Adrián. Es mi chica... —anuncié cuando estaba lo suficientemente cerca. El seguridad arqueó las cejas. Ella ni siquiera se giró al escuchar mi voz tras su espalda.

Finalmente se separó lentamente de Ben y se volvió. Tenía los ojos más verdes que nunca, quizá por las lágrimas. Estaba un poco más delgada, pero sus mejillas no habían perdido esa llama sonrosada que las teñía. Preciosa, como siempre. Y enfadada, eso también.

—Vas a querer apartarme los brazos a mordiscos, pero me da igual. Voy a abrazarte, sea como sea.

Y lo hice, claro.

Me dejé caer sobre su cuerpo, derrumbado sobre ella, aprisionándola con toda el hambre que sentía por verla. Su espalda, Dios. Estaba tocando su espalda. ¿Alguna vez me había preguntado qué era un abrazo antes? Unir un pecho con otro y lograr que tuviera sentido. Cerré los ojos y percibí el instante en el sus músculos perdían toda la tensión, como si estuviera rindiéndose también a ese abrazo, y hundí la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su aroma cálido.

—Dios mío, no puedo creer que estés aquí... No llamaste ayer; estaba agobiado pensando que podía haberos pasado algo. Dime que está todo bien —susurré en su oído—. No puedo creer que por fin te tenga entre mis brazos. Perdóname, cariño. Lo siento tanto... Te quiero tanto...

No hubo reacción. Tessa no gruñía. No luchaba. No me apartaba. Pero tampoco me abrazaba.

Empecé a auparla, besarla, acunar su rostro para creérmela y volver a

abrazarla. Ignoré que ella se mantenía rígida, cortante. Me aferré como a un clavo ardiendo al hecho de que al menos no me impedía tocarla. Comprobé que estaba entera, la examiné de arriba abajo: sus brazos esquivos, sus manos heladas, sus hombros pequeños, todos y cada uno de sus dedos, su nariz congelada... Qué cosas más moñas se hacen cuando uno está hasta las trancas, pero cuánto lo necesitaba. Le repetía en murmullos que la quería y rogaba para que me perdonara. Ella solo se dejaba, con su mandíbula rígida, los ojos anegados en lágrimas a las que ordenaba no vaciarse y levantando la barbilla hacia un punto inconcreto para no mirarme a mí.

Entonces entendí su juego. Por supuesto que estaba luchando, pero aquella era su nueva estrategia contra mí: el hermetismo, la autoprotección mediante la indolencia, la indiferencia eléctrica.

—Déjame respirar, Matías —pidió, pero sin rastro de beligerancia.

—Ni loco. Yo te doy mi aliento —la provoqué.

Por muchas capas que tenga encima la gasolina, con la chispa adecuada acaba prendiendo. Y yo pensaba sacar a Tessa de aquella reserva en la que habría estado subsistiendo los últimos meses.

Quería

sus

incendios.

—¡Ni se te ocurra decirme gilipolleces poéticas de las tuyas después de todo! He venido para ver a Ben, déjame —siseó. Fue una reacción aún contenida, pero al menos había reacción. La lucha con ella era un terreno conocido. La apatía, no.

—A Ben aún le queda un ratito de curro, ¿verdad, socio? ¿Quieres ir a acabarlo para que no nos riñan y, mientras, yo retengo a Tessa un rato?

El *sheriff* reconvertido en asistente asintió visiblemente aliviado.

—Tessa, no te vayas... Es que-es que-es que se enfadarán... —revelaba Ben con cara de circunstancias.

—Ya te he visto, no te preocupes, ya me voy. Solo quería...

—¡Pe-pe-pero, Tessa! ¡No puedes irte ya!

—Solo he pasado a saludar, no puedo quedarme más.

Se me escapó una carcajada ronca.

—Esta es mi chica. Sigues siendo un auténtico desastre mintiendo. Vete tranquilo, Ben, te juro que cuando acabes seguirá aquí.

Fue una auténtica prueba de confianza, pero él debió de imaginarse que la postura de su amiga era un farol, porque se marchó a ocuparse de su trabajo.

Tessa trató de marcharse entonces por el otro pasillo, el que conducía a la salida. La atraje hacia mí apresando al vuelo su cintura desde atrás.

—Quieta..., fiera. Tenemos que hablar.

Nos encerré en mi camerino y rodé la llave desde el interior, como pude, porque se me echó encima para impedírmelo.

—¡Ni se te ocurra!

—Demasiado tarde, cariño.

Le mostré la llave y la guardé en mis calzoncillos con mi típica sonrisa calavera, aunque por dentro me sentía como un puñetero flan, rezando para que funcionara.

—Parece que volvemos al origen y que deberás buscar de nuevo la llave en el fondo del mar. —Ignoré el vuelco que me dieron las entrañas al recordar aquella parte de nuestra historia—. ¿Quieres que me ponga de rodillas para pedirte que me perdones? Lo haré, pídemelo lo que quieras porque estoy dispuesto a todo. Incluso a encerrarte aquí y torturarte recitándote versos hasta que te des cuenta de cómo te amo y me digas que estoy perdonado.

—No juegues conmigo, Matías. Porque esta vez te juro que conseguiré quitarte la maldita llave aunque para ello tenga que arrancarte la polla de un mordisco. —Pues sí que estaba enfadada... Apreté los labios y me palmeé la cara intentando en vano contener una sonrisa que a ella la cabreó más. Cómo me gustaba aquella mujer así de peleona...

—Me vas a complicar mucho la reconciliación que tengo pensada si me mutilas, cariño. Pero lo asumiré si crees que merezco esa penitencia.

—No me hace ni puta gracia. Abre la puerta o me pondré a gritar como una loca, te denunciarán por acoso o secuestro o lo que sea y te joderán vivo. —Bien, muy bien. La mujer volcán empezaba a rugir.

—Seguro que la prensa ahora mismo estará justo por esos pasillos intentando cazar entrevistas. Es el momento perfecto para hacer lo que dices: ambos saldremos en las fotos, pero para ti sería la perfecta venganza. Empieza a gritar —la reté. Ella bufó y yo lo aposté todo a una misma carta—. ¿Sabes qué pasa, Tess? Que es justo en este cuartucho donde quieres estar. Que has venido a vernos, sí; pero que no era necesario tragarte la obra solo para ver a Ben. Que debiste comprar las entradas hace al menos tres semanas, porque después se agotaron. Y todo eso me da la suficiente seguridad para seguir siendo el mismo desvergonzado, porque para mí, que hayas venido hasta aquí incluso enfadada y fingiendo resistirte significa que, estés de acuerdo o no, lo sepas o no..., aún me quieres un poco. Hay que saber cuándo se pierde una

guerra, amor. Así que sigo siendo un capullo bien jodido pero afortunado.

Se lanzó contra mí como una manada de rinocerontes encolerizada. Por fin.
—¡Serás capullo! ¿¿Cómo te atreves??

La besé.

La silenció devorando sus labios, y ella me devolvió el beso con toda la rabia y el desafío de los que era capaz. Me empujaba contra la puerta y yo me dejé vencer por aquella urgencia y necesidad.

Había imaginado aquel reencuentro en mi cabeza millones de veces, y siempre lo pensé más calmado, más hablado, repitiendo todas las explicaciones que ya le había dado. Pero teníamos que rendirnos a la evidencia de que la gente discreta tiene amores serenos, y Tessa y yo nos vivíamos con ferocidad y extremos. Como éramos. Queriéndonos con locura y llevándonos a ella.

Así nos follamos aquella vez, así nos amamos. Ella me desvistió con desesperación. Con la guerra en sus manos: el «no debo, pero quiero», el «date prisa antes de que te piense y me arrepienta». Yo la desvestí con la insensatez del que quiere ofrecerlo todo, como el pirómano emocional que siempre fui, con el ansia de prenderle fuego a ella.

Contra la puerta. Resbalando. Dejándonos caer al suelo sin dejar de enroscarnos. De jadearnos. De domesticarnos. De rendir al otro. De desear llevarnos lejos.

A

un

puto

orgasmo

eléctrico.

Después, aún sin resuello, ella empezó a vestirse de nuevo. Ya sabía lo que se avecinaba, así que la imité, antes de que quisiera marcharse, de que se odiara y recordase que me odiaba a mí. Y, aún con los latidos atosigados y medio desvestidos, la besé. Un beso suave. Pegué la frente a la suya.

—Te quiero, Tessa. Te quiero con locura.

Sus lágrimas bañaron mis mejillas.

Y

todo

estalló.

—¡Maldito cabrón! ¿¿Cómo pudiste exponerlos?? Podían haberla matado... Podrían haberla matado por tu puta culpa —intentó apartarme, yo

traté de inmovilizarla y calmarla reteniendo sus brazos como podía mientras ella se retorció—, ¡y entonces también habría sido mi culpa! ¡¡Me habrías hecho vivir con eso el resto de mi vida!! ¡¡¡Sin mi hermana!!! ¿Qué habría pasado si no te llegan a avisar de que sales en la prensa? ¿Llegaste a pensar alguna puta vez en algo que no fuera tu polla? ¿Eh? ¿Lo hiciste? Maldito mentiroso de mierda... Y encima... —Respiraba con dificultad y seguía peleando con fuerza—. Y encima me dices que sigo queriéndote...

Pensé que seguía siendo un jodido egoísta por querer retenerla allí. Y por primera vez en mucho tiempo pensé antes de actuar, y me di cuenta de que no podía pedirle más.

—Joderrr... Soy un imbécil. Me he empeñado en arreglarlo y ahora entiendo que he vuelto a ser un inconsciente y que no puedes perdonarme, ni merezco pedírtelo. Y lo comprendo. —Exhalé—. Si no quieres verme, puedo marcharme. Ben vendrá aquí cuando acabe. No volveré a hablarte por teléfono, no te molestaré más.

Cerró sus ojos invencibles.

—Te odio —dijo bajito.

—Lo sé. Yo te querré siempre. Pero tienes razones de sobra para odiarme.

—Te odio... —repitió, y yo pensé que me ahogaría si lo repetía de nuevo—, te odio... porque quiero que te quedes. —El corazón parecía desperdigado a pedazos por todo mi cuerpo. Lo sentía como latigazos—. Porque nunca debí venir, y en cambio estoy aquí. Porque tienes razón y te sigo queriendo. —No me atrevía a abrir la boca—. ¿Pero sabes lo peor? Que tu mentira ha desordenado toda nuestra historia. Ya no sé qué fue verdad o qué pudiste interpretar. Quizá sigues interpretando ahora.

Me acerqué más a su rostro y sujeté con suavidad sus mejillas con ambas manos.

—Nunca interpreté, mírame bien: nunca. Fui un capullo al esconder parte de mi pasado, pero hacía tiempo que nadie me miraba sin prejuicios. No me reconocían en todos los sitios, pero si decía quién era acababan atando cabos y entonces salían a relucir rumores y me etiquetaban. Llegué a Artigas y te conocí, y me conquistaron tu lucha y tu pasión. Además, todos me trataban como a uno más: no como a un borracho, un juerguista, ni un desastre. Solo era Matías. Contigo fui persona y no personaje. Nada fue mentira. —Tessa deslizó las manos por su rostro con gesto agotado—. Tienes derecho a estar enfadada, pero, por favor, no te mientas pretendiendo que un error contagie todos nuestros aciertos solo por rabia. Compartimos más verdades que mentiras. Y

te prometo que no habrá más de las últimas. No bajes la mirada, cariño, mírame a los ojos: ¿me crees? Me equivoqué. —Suspiré.

—A lo bestia.

—A lo bestia —repetí esperanzado.

—Fuiste un gilipollas.

—Un gilipollas de magnitudes épicas. Y debo ser un loco, porque todo este tiempo he recapacitado y no sé si de volver atrás... sabría hacerlo mejor. —Estrechó sus ojos de acero esperando mi explicación—. ¿Te lo diría? ¿Te lo diría sabiendo este resultado? Pues no lo sé, joder, porque eso supondría perderte y no vivir nada de lo que creamos. Y estoy pasando un jodido calvario... Ya sé que antes yo leía y dormía solo, pero ahora me faltas en cada página y cada noche. No es que me falte alguien, es que me sobras tú en todos los recuerdos, pero no me arrancaría este dolor si eso significa no vivir aquello. Al contrario..., daría años de mi vida por volver a respirarlo junto a ti. Así que perdóname también por esto... si puedes.

No me di cuenta de que era yo el que estaba llorando hasta que ella capturó varias de mis lágrimas con sus dedos temblorosos.

—Puedo —dijo con la voz rota.

—No lo hagas por verme así. No quiero que sea por mí...

Asintió y me abrazó, ya sin fuerzas.

—Te creo. Poeta loco —sollozó.

—Gracias a Dios... —La volví a besar enmarcando su cara entre mis manos—. Dime que no es un truco. ¿Tratas de que baje la guardia? ¿Has maquinado cómo descuartizarme mientras duermo?

—No me tientes. —Una diminuta sonrisa nació en sus labios—. Estos meses he ensayado mentalmente todas las formas que tenía de acabar contigo, pero...

—¿Me quieres demasiado? —la interrumpí.

—Me he dado cuenta de que odiarte me duele a mí. Necesitaba tiempo, pero está todo perdonado.

Tragué saliva, aliviado.

—Dime cómo están Luis y Sonia. ¿Han venido?

—No, era demasiado arriesgado. Están escondidos, en una aldea que encontramos vacía.

—¿Dónde?

—No puedo decírtelo.

—Tessa...

—No, Matías. Vendrás a vernos, que te conozco; te seguirán y volveremos a tener problemas. Ni siquiera debería haber venido yo. —Sobreactué una carita de pena que ella ignoró—. Por cierto, has estado magnífico en el escenario, nunca pensé que... Te he visto con tu traje de poesía y sangre. Y estoy orgullosa de ti. Mucho. Ahora entiendo cada una de tus palabras... y me alegro de no haberte apartado de esto.

Las críticas más importantes nunca son las escritas. Aquella me agujereó la desidia, pero yo seguía preocupado.

—Sí, pero no desvíes el tema. ¿Cómo vamos a vernos si no sé dónde estás?

Ella tragó saliva, pero no bajó ni un milímetro sus ojos, clavados en los míos, mientras me daba la estocada final:

—No sé si me has malinterpretado... Que te haya perdonado no cambia nada nuestra situación. Tú sigues siendo Matías, el actor de teatro que llenará las páginas de las revistas por sus éxitos y que será cada vez más conocido, y nosotras tenemos que escondernos... Lo nuestro no es posible y no podrá serlo nunca.

—¿Y ya está? ¿Dónde está la Tessa peleona que conozco? ¿La que luchaba en primera línea cada una de las batallas?

—Salvando a los suyos.

Volvieron las lágrimas a sus ojos, y solo supe apuñalar la puerta con rabia y hundir mi cabeza en su cuello, acariciándole el pelo mientras ideaba mil soluciones que sabía que no eran viables.

—Tengo que irme en un ratito, Matías. No quiero dejarlos solos tanto tiempo. ¿Le queda mucho a Ben?

—¿Me estás diciendo que tengo que dejarte ir después de esto? Tessa, no sé qué es peor: que estés enfadada y decepcionada o que sepa que me has perdonado, pero no puedo tenerte. ¿Es esta tu forma de matarme? Te quiero, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Yo también te quiero, pero...

—¡Es todo lo que importa!! Te quiero más a ti. Puedo dejarlo todo.

—No puedes dejar de ser conocido.

—Puedo ser lo que haga falta: *Si tú te convirtieras en cabellera, yo me convertiría en beso. Si tú te convirtieras en pecho, yo me convertiría en sábana blanca*^[vi]. ¿Te acuerdas? —dije refiriéndome a una de nuestras lecturas.

—Cierra la boca —pero sonreía con tristeza—, no lo hagas más difícil.

Los golpes de Ben tras la puerta aceleraron la despedida. Nos acabamos de vestir con rapidez.

—¡Ya he acabado todo! —dijo con gesto triunfal cuando abrimos.

—Estás muy guapo, Ben. Te sienta bien la capital. —Volvió a colgarse de su cuello. Yo lo envidié.

—Matías me compró ropa, pero dice que no sé con-con-jun-tar-la.

—¿Qué sabrá él de moda? Tú ni caso... —Ella y yo nos miramos, recordando.

—Chivato... —mascullé acusándolo en broma. Quise ayudar a Tessa, que pretendía dejarlo al margen de nuestra tristeza.

—¡Soy asistente! Y he-he-he firmado un contrato de verdad.

Me perdí el resto de la charla. Solo podía recorrer el poco espacio del estrecho cuarto de arriba abajo, chasqueando la lengua, mirándola y besándola sin motivo en cada ocasión.

Tessa se marchó poco después. Con prisas y con la mirada baja. Me prometió volver a vernos, pero supe que solo lo decía para que la dejara marchar. Me prometió llamar más a menudo.

Yo

le

prometí

esperarla.

Siempre.

*«A reinar, fortuna, vamos;
no me despiertes, si duermo,
y si es verdad, no me duermas».*

(La vida es sueño, Pedro Calderón de la Barca)

Sonia se aferraba con fuerza al volante del viejo Ford Orión, como si apretarlo pudiera sofocar esa ansiedad que hormigueaba en su cuerpo creando huracanes invisibles que casi podían levantarla.

Regresaban a casa. A Artigas.

La carretera de repente parecía muy larga, muy solitaria. Demasiado espacio para retractarse y volver atrás.

—Tess... —Miró de reojo a su hermana—. Dime que estamos haciendo bien, dime que no estoy loca.

—No estás loca. —Acompañó sus palabras con un apretón tierno en la rodilla que le transmitió coraje.

—No me has dicho que crees que irá bien... —pidió de nuevo.

—No sé cómo irá, pero estaremos juntas. Haremos que vaya bien. No puedo decirte más.

—¿Vuelvo? Debo de estar loca... —Detuvo el vehículo en uno de los senderos de tierra que, a un lado y a otro de la carretera, se adentraban en los campos.

—No puedo ayudarte, So. Ya sabes que es una decisión que tienes que tomar sola, pero te apoyaré tomes el camino que tomes.

Su hermana tenía razón: no podía ponerla en la tesitura de decidir por ella en algo que implicaba la vida de su hijo y la propia. Era la postura más cómoda, y ya había tenido suficiente de eso.

Además, Tessa parecía desinflada desde la semana anterior. La visita a Ben y Matías la había consumido. Ni siquiera fingía delante del pequeño, ni hablaba, y no pudo conseguir sonsacarle mucho: «Todo fue bien. Hablamos y me pidió perdón. Está cuidando mucho de Ben». Entonces, ¿por qué había vuelto tan abatida?

Sonia había tenido que excusarse y bajar un día sola a la ciudad, para llamar a Matías y enterarse de que su hermana había sentenciado a un

imposible la relación en su visita al teatro. Eso era realmente lo que le ocurría.

Y por si fuera poco, su hijo también empeoraba; habían vuelto a los monosílabos, y cada día recibía una nueva notita del colegio indicando que no se adaptaba. Si lo miraba a los ojos, veía el azul apagado de los suyos cuando no le encontraba la luz a la vida. Cuando se había abandonado... Hasta que los latidos de Luis habían llegado a su vientre.

«Muerta en vida». Eso era lo que Ernesto estaba consiguiendo de nuevo. Hay muchas formas de matar sin arañar tu piel, sin amaratarla ni detener tus latidos. «Esto es lo que muchos no saben, que no es necesario que te desangren: el miedo puede reseca la sangre vena a vena. Que no es necesario que te magullen: que ellos saben cómo hacer que el terror desgare la piel poro a poro».

Y eso era lo que había logrado Ernesto. Secuestrarle el tiempo, inundarla de termitas, de minúsculas partículas aterrorizadas que iban carcomiéndola por dentro poco a poco pero sin descanso. Desde hacía siete años no planificaba el futuro porque no sabía si tendría. Se había aferrado a Luis y Tessa como únicos salvavidas... y solo entonces, cuando los dos la necesitaban, encontró motivos suficientes.

Se volvió hacia los asientos traseros, Luis dormía en la sillita. Ya había salido huyendo en dos ocasiones. Por él había huido. Y por él volvía.

Estaba cansada de verse débil.

Clavó los ojos en la carretera de nuevo y respiró hondo.

—Allá vamos —logró decir al fin.

Ambas hermanas se abrazaron. Sonia, casi paralizada, analizaba cada detalle. Los ojos apenados de Tessa, que, si hubieran podido hablar, habrían gritado que dieran media vuelta. Los labios de las dos, intentando una sonrisilla orgullosa para infundirse valor y consiguiendo solo una mueca asustada. Sus propias manos temblorosas, que arrancaron el vehículo y reemprendieron el camino.

En una sola decisión puede caber una vida entera.

Era Tessa quien conducía en el último tramo; Luis ya estaba despierto y, gracias a su ilusión, el ambiente estaba mezclado de entusiasmo y expectación.

—¿Ya llegamos? —Era la pregunta número mil trescientos veintisiete del

pequeño.

—Sííí. Aquellas casitas de allí son del pueblo. Y la montañita aquella, la aldea. ¿Lo ves?

—¿Y estarán todos?

—No. Ben y Matías están trabajando lejos.

—¿Iremos a verlos?

—De momento, no. Pero iremos a ver a Oti. ¿Te apetece?

El chico asintió, y su tía le guiñó un ojo por el espejo retrovisor. Sonia se aferró a todo aquello: estaban volviendo las palabras.

—Tess, necesito ver a Rodrigo primero. ¿Vamos a la granja antes que nada? —No pudo ocultarse a sí misma aquel nerviosismo más propio de una niña la noche de Reyes.

—Pues claro. No me perdería esto por nada del mundo.

Encontraron la granja a media mañana, en plena actividad. De lejos divisó a Rodrigo cargando una camioneta, hasta que ellas aparecieron en su campo de visión. Sonia no pudo esperar a que su hermana maniobrara para aparcar. Abrió la puerta pidiéndose calma, pero no se la concedió: ambos se encontraron en mitad del camino. Se olvidaron de que había toda una plantilla de trabajadores observándolos (incluso los ojos inocentes de un niño) y se besaron como si tuvieran que saciar en pocos segundos todas las ganas condensadas en esos meses de ausencia. No fue un beso, fue un choque de bocas hambrientas, prisioneras de amaneceres desarropados y de noches vacías. Las piernas de ella, siempre tímidas y precavidas, las mismas que se habían abalanzado corriendo hacia él, ahora rodeaban la cintura masculina. Una de las manos de Rodrigo la sostenía, mientras la otra, en su nuca, la acercaba a sus labios.

Sonia se vaciaba de miedos mientras la conquistaba el optimismo.

Los aplausos de los jornaleros les permitieron aterrizar de nuevo en la realidad. Al pasear la vista por su alrededor, fue consciente de que todos los observaban: los brazos cruzados, apoyados sobre las herramientas o incluso palmeándose la espalda algunos; había sonrisas traviesas, pícaras, dulzonas, cómplices... Reparó en su hermana, que descansaba el codo sobre el coche y tenía los ojos empañados por la emoción. En Luis, que, al lado de su tía, sonreía con cierto reparo.

Rodrigo guio su barbilla con suavidad para que solo pudiera mirarlo a él.

—¿Qué significa esta visita? ¿Qué hacéis aquí, pequeña?

—Venimos para quedarnos. Vengo a estar contigo, no me volveré a

marchar. Le haremos frente a él, porque quiero una vida con Luis y contigo.

Y entonces el bueno, calmado, reflexivo y considerado de Rodrigo, el hombre que no dejaba escapar las emociones... estalló en sonoras carcajadas, la levantó entre sus fuertes brazos y la hizo girar y girar y girar como en un carrusel de feria.

Después se volvió hacia su plantilla y les habló aún risueño:

—A trabajar todos, mirones. Yo me tomo el resto del día libre.

Esa vez los aplausos fueron acompañados por vítores.

Saludar en la aldea. Descargar maletas. Y antes de que pudiera plantearse otra opción, Rodrigo se llevó a Sonia a la habitación del piso superior mientras Tessa y Luis acababan de instalarse en casa.

Él la besó entrecortadamente. La besaba, la miraba, la volvía a besar y se la comía de nuevo con los ojos. Memorizaba cada sonrisa de ella. Cada presión de los labios sobre los suyos.

—¿Lo has pensado bien, pequeña? ¿Qué haremos?

—Esperar, supongo. Estar preparada. Lo que sea, pero Luis necesita estar aquí. Y yo también. Lo he hablado con Tessa; llamaremos al 016 para que me asesoren.

A él le gustó encontrar la convicción en sus ojos.

—¿Por qué no trabajas con Tessa en la granja? Estaríamos más cerca y siempre tendrías gente alrededor, ahora que Ben no está para avisaros... Incluso podríais vivir en casa, en mi casa. Los tres, claro.

Sonia le sonrió.

—Lo pensaré. Trabajar me vendría bien. Mudarnos a tu casa... Tendría que valorarlo. Quizá Luis no esté preparado aún para un nuevo cambio, y además... no sé si mi hermana estaría cómoda. Lo hablaré con ella. Pero me encanta la idea.

«Estoy tratando de protegerte sin restarte libertad. Sin controlarte ni ahogarte. Pero necesito que me ayudes».

—Tendremos que bajar al pueblo y avisar a la policía. Y a los vecinos, para que nos avisen si lo ven llegar. Podríamos ir ahora mismo. También deberíamos...

—Antes de hablar con nadie en el pueblo, tengo que hacer una llamada.

—¿A quién?

—A Matías. Tiene que saber que ella está aquí, y que nos quedamos. Tienen que arreglarlo como sea.

—No te preocupes por eso. Lo he solucionado yo.

—¿Tú? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Cuando he entrado a casa a por las llaves de la camioneta he aprovechado para llamarlo. No me ha cogido el teléfono, pero he llamado al bar y Tino se encargará de avisarlo esta noche.

—Gracias, Rodrigo. No solo por eso. Todas estas semanas he pensado mucho en ti. —Movi6 la cabeza y chasque6 la lengua contra el paladar, inspir6 hondo y se irgui6 antes de continuar—: Yo... quiero que sepas que soy muy feliz a tu lado. Que despu6s de Ernesto me sentí... indigna, incapaz de un amor como el que tú me has dado. Nunca te lo he dicho, pero no sabes c6mo agradecí todas las veces que subiste a casa para ayudarnos cuando apenas teníamos para comer. Y las de despu6s, cuando ya lo hacías solo para vernos unos segundos...

—Yo tampoco me sentía capaz. Pensaba: ¿qué mujer de ciudad querría a un granjero y una vida pegada a una granja? Solo quería ser suficiente para ti, pequeña.

—Eres mucho más que eso. Y la vida contigo es mucho más que vivir en una granja: me has enseñado a confiar de nuevo, a perder el miedo a equivocarme; me he acostumbrado a que me escuchen porque importa lo que digo, a sentirme admirada sin tener que hacer nada especial para ello, a que cuando levanten la mano sea para acariciarme y nunca para advertirme. Y puede que a ti te pese, pero nunca les estaré suficientemente agradecida a tu exmujer y tu examigo.

—Ya no me pesa. Pero, Sonia, esto... parece una despedida.

—No lo es, pero tenía que decírtelo. No sé qué puede pasarme y...

—¡Ni se te ocurra pensarlo! —El gesto ag6nico de Rodrigo no la detuvo.

—Shh, shh. Déjame acabar. Yo solo quiero que sepas que, pase lo que pase, te quiero justamente por c6mo eres y por todo lo que nos has demostrado. Por no lanzarte a esas locuras que me dijiste que se te pasaban por la cabeza cuando lo veías, por no ser como él. ¿Entiendes?

—Sí, Sonia. Y yo te quiero por no rendirte. Así que ahora mismo iremos con Tessa al pueblo y pediremos medidas.

—Sí. Todo en seguida. Pero primero... —ella desatasc6 las palabras—, antes quería...

Se lo mostr6 sin hablar. Se fue dejando pedacitos de su miedo y us6 su

cuerpo entero para hablarle otro lenguaje, el de la ternura.

23 MATÍAS

*«¿Cómo podría quererte no siendo libre, dime?
¿Cómo darte este firme corazón si no es mío?».*

(Mariana Pineda, Federico García Lorca)

«Decimoséptima semana sin ELLA. La obra, Ben y yo seguimos levantando pasiones en la civilización. Hemos empezado a salir a tomar algo con los compañeros por las noches, después del curro. Es la terapia de choque a toda la penuria que me ha dejado la marcha de mi nativa como legado. Ir a los mismos lugares de siempre, sin pizca de ganas de hacer las mismas cosas de siempre, es la prueba que (no) necesitaba para darme cuenta de que esto no es pasajero. Y que la autóctona ha llegado para quedarse en mí. No ha llamado desde que se marchó tras la visita, pero sé por su hermana que está tan jodida como yo. Ben es el único ajeno al drama».

Aquella noche volvería a obligarme a conversar, a desplegar mi humor y socializar, aunque no tuviera ganas. Pero al salir a la calle empezaron a llegar a mi teléfono un tsunami de mensajes del contestador y las notificaciones de llamadas de Rodrigo y Tino:

«Matías, soy Rodrigo... Llámame cuando puedas. A la granja».

«Matías, soy Rodrigo de nuevo. No estaré en la granja. Llama al bar y habla con Tino, es importante».

La falta de explicaciones casi me provocó trescientos infartos en unos minutos; menos mal que las palabras que le faltaban a Rodrigo le sobraban a Tino, que me dejó un mensaje poniéndome al día:

1. Las chicas habían vuelto a la aldea para quedarse.

2. El pueblo entero estaba al tanto y habían ideado un nuevo protocolo para protegerlas.

3. Me pedían tranquilidad, que no hiciera ninguna locura y que Ben y yo nos quedáramos en Madrid hasta tener algún día libre, porque se suponía que todo estaba bajo control.

Estaba claro que no iba a hacer caso a nada de aquello.

—Ben, socio, si salimos ahora para allá llegaremos sobre las cuatro de la

madrugada. Te prometo que volveremos pasado mañana antes del ensayo y el próximo pase. ¿Qué dices? —Esperaba regresar con ella de la mano, o al menos con uno de sus «sies» para llevar una relación a distancia. Por supuesto que mi amigo no se hizo de rogar.

Quemé el acelerador tanto que a las tres de la mañana mi coche ya subía la cuesta hacia el pueblo. Estaba loco de ganas por meterme entre las sábanas de mi chica inflamable y abrazarla adormilada.

Mi copiloto roncaba en su asiento. Lo desperté.

—Espabila, Ben, que ya estamos...

Él bostezó rugiendo como un león, pero su gruñido se apagó cuando, tras una de las curvas, advertimos un coche desconocido aparcado. Estaba pegado a la montaña, casi escondido en la oscuridad de la noche.

Detuve nuestro vehículo.

—Mierda. ¿Te suena este coche? ¿Es del pueblo? No lo he visto en mi vida.

Ben negó enfocando la vista en él.

—Es la matrícula pe-peligrosa. ¡Matías, es del su-sujeto peligroso! Estaba en el pro-pro-to-co-lo.

No tenía ninguna duda de que era así. ¿Qué otro coche podría estar a las tantas de la noche disimulado en medio de la nada? Decidí con rapidez.

—Bien. Escucha. No tenemos tiempo. Este es nuestro nuevo protocolo: voy a llamar al 112 y tú, mientras, tienes que reventarle las ruedas a este coche. En el maletero hay una caja con herramientas, coge el destornillador puntiagudo.

Ben agrandó los ojos.

—Pe-pero Matías, ¿eso está bien?

—Sí, pero solo si lo hace el *sheriff* como medida de protección, ¿entiendes?

Por cómo se enderezó, pensé que sí.

Mientras él peleaba con ello, yo llamé a emergencias para avisar de que en Artigas había una pelea monumental con varios heridos, para que enviaran ayuda sanitaria y policial... por si acaso.

Me la iba a cargar si no era necesaria. Pero ya estaba acostumbrado a asumir consecuencias de ideas precipitadas.

—¿Por qué mentimos a los del te-te-teléfono?

Subíamos ya con el coche a toda prisa, para avisar a la Policía Local.

—Porque no sé si ya ha vencido su orden de alejamiento, y después de tanto tiempo es probable que sí. No harán nada si solo les decimos que hay un

coche sospechoso o que creemos que hay un hombre que quiere hacerles daño. Además, no sé si ya necesitan a un médico. Y lo más seguro si lo encuentro en la aldea es que nos enzarcemos a hostias, así que es mejor que nos adelantemos.

Alertamos al poli de guardia de lo que ocurría, y mientras el chico activaba su parte del protocolo a toda prisa, nosotros desaparecimos hacia la aldea. Ben se aferraba a la puerta del coche y pegaba su espalda tiesa en el asiento. Yo me decía a mí mismo que llegábamos a tiempo, me lo repetía como mantra para que no me volvieran sordo los porrazos que me daba el corazón.

Escuchamos la canción de alerta desperdigándose por toda aquella oscuridad. Era la señal del protocolo que alertaba al pueblo de que alguien había visto a Ernesto. Deseé que estuvieran bien, que la escucharan, pero no pude pensar más porque nos topamos con él. Giraba la última curva corriendo hacia el pueblo, en nuestra dirección.

No pensé, como siempre. Y el resto ocurrió demasiado rápido.

Frené el coche y lo alcancé para propinarle el primer puñetazo de mi vida. Me poseía la furia. Forcejeamos, él intentaba ahogarme para que lo soltara. Nos dimos de hostias y conseguí tumbarlo boca abajo y retenerle los brazos. Ben me ayudaba con ello. Ernesto revolvía las piernas para quitarnos de encima, pero en su postura y contra dos, le resultaba imposible. No sabía qué diablos hacer más. Hasta ahí había llegado mi plan.

—Ben, tenemos que llegar a la casa para ver cómo están las chicas, pero sin dejar que se escape. Inmovilízalo por un lado y yo lo haré por el otro.

Ernesto se oponía dejando su cuerpo en peso muerto sobre el suelo, para que no pudiéramos levantarlo, pero lo hicimos y lo arrastramos hacia la aldea. Los casi dos metros de altura de Ben y su fuerza ayudaron mucho.

Cuanto más nos acercábamos, más conscientes éramos de que algo iba mal. Un resplandor empezaba a crecer en la aldea. Las llamas despuntaban desde la casa de las chicas.

—¡¡Joder!! ¡Serás malnacido!

—Has llegado tarde... —lo dijo apenas sin voz, pero en mi cabeza se repitió con más fuerza.

Oti, Humberto, Ricardo y Mariana llegaban ya con cubos de agua. Las dos entradas se quemaban. Recuerdo el olor a gasolina y cenizas. Los ojos, incapaces de mantenerse abiertos por el ardor de las llamas. Mi impotencia.

—¡¡¡Teessa!!! —lo repetí tantas veces como pudo mi garganta, pero no hubo contestación.

Fui consciente de que había dejado solo a Ben ocupándose de Ernesto, pero eché la vista atrás y me tranquilizó ver que se apañaba y que empezaban a subir faros de coches por el camino como una caravana interminable de ojos iluminados dispuestos a no mirar hacia otro lado. Un escalofrío recorrió cada tramo de mi piel hasta morir en mi nuca.

La policía se hizo cargo de Ernesto, liberando a Ben. Los vecinos que habían subido hasta la aldea tenían claro que vivían demasiado lejos de los cascos urbanos como para que la ayuda llegase a tiempo, así que no fue necesario convencerlos para que actuaran.

Hicimos dos cadenas humanas conectando las casas de Oti, Mariana y Humberto con la de las chicas, y los cubos de agua, cubetas, jarrones y todos los recipientes grandes que encontraron fueron pasando de mano en mano. La cadena que finalizaba en Ben los derramaba sobre el fuego de la entrada, mientras que la mía se ocupaba de sofocar el de la puerta del porche.

El incendio no se había descontrolado, pero sí había calcinado el portón de madera, y las llamas me impedían ver más allá. Habíamos actuado rápido, no era nada que no pudiésemos sofocar..., pero su cama estaba justo detrás, así que o bien se había dado cuenta a tiempo o... Me negaba a pensar otras opciones. Me concentré en los recipientes de agua, que aunque lentamente, iban aminorando las llamas.

—¡¡Están bien!! ¡¡Han salido los cuatro al balcón!! Sonia, Tessa, Rodrigo y Luis —gritó alguien desde mi espalda. Las rodillas casi me llegaron al suelo cuando lo escuché.

Seguimos lidiando contra el fuego de forma frenética, en un caos ordenado de manos, humo, toses, consternación y pavor. La gente mojaba los cuellos de sus chaquetas o ataba toallas húmedas alrededor de su cuello, y se cubría nariz y boca con ello. Yo no quería perder ni una gota de agua para ellas, ni un segundo de mi tiempo ni de mis manos. El humo me impedía ver con claridad y cada bocanada era áspera y asfixiante. Conseguimos apagar las llamas de esa entrada y todos nos concentramos en la principal.

Como sombras borrosas y difuminadas, veíamos al otro lado del fuego varias figuras. Ellos también trataban de sofocarlo, desde el interior.

Logramos extinguirlo.

Apenas quedaban rescoldos en alguna esquina, pero yo me lancé sobre Tessa sin importarme el agua que seguían arrojando ni las brasas que esparcían humareda oscura, mezclándose con la noche. Sonia y Luis asomaron la cabeza tras el grito de Rodrigo y todos nos permitimos unos milisegundos

de respiro, de abrazo conjunto, aturdido y anhelante. De llantos y «menos mal», de «todo ha pasado» y «ya está»... Después nos examinamos unos a otros, toqueteándonos con la fuerza y la tensión acumulada, comprobando que todos estábamos bien. Enteros, al menos.

Salimos todos de allí. Sonia, con un Luis que tiraba de la ropa de su madre como si quisiera meterse bajo su piel. La gente los cercó entre aplausos y preocupación. Tessa y yo nos abrazamos, ignorando al resto. Cuando la apreté a salvo entre mis brazos, me di cuenta de que yo temblaba como si mis huesos estuvieran unidos por muelles endeblés.

—Estoy bien, estoy bien, estoy bien... —Su voz sonaba frágil y asustada, aunque quisiera tranquilizarme.

Ben abrazó nuestro abrazo, y quedamos los tres unidos, aferrados, nuestras cabezas descansando las unas con las otras.

—Felicidades, *sheriff* apagafuegos. —Tuve que toser para poder arrancar las palabras de mi garganta. El ambiente aún estaba cargado de un olor penetrante y denso—. Has sido muy valiente. —Ben se quebró con un llanto de alivio desconsolado.

Al levantar la vista vi un abrazo similar al nuestro entre Rodrigo, Luis y Sonia. Él los envolvía como si pretendiera aislarlos de las miradas, ella besaba la cabeza de su pequeño rítmicamente, demasiado paralizados aún para reaccionar de otro modo.

El resto de los recuerdos que me quedan son difusos. La gente preguntaba y contaba, y algunos seguían movilizándose para inspeccionar las cenizas que podían prenderse de nuevo. Uno de los policías sujetaba contra el coche a Ernesto, cabizbajo y esposado.

Oti, aún con batín, me trajo una botella de leche fresca, obligándome a ingerir la mitad.

—Hazme caso, cabezota, es un remedio para la irritación de la garganta por todo este humo. Más, más, bebe más: mi Ben se ha bebido la botella entera él solito. Hay que ver, menudo susto, pero qué bien lo habéis hecho todos. El pueblo volcado, como tiene que ser. Y él ahora tan manso, ¿eh? Les ha dicho a los agentes que lo merecían, por fugarse y ocultarle a su hijo. Lo ha escuchado Guillermina. Fíjate tú, quién lo diría, cuando lo ha confesado la gente ha empezado a increparle y de repente se ha callado. Con lo valiente que parecía para subir por la noche y delante del pueblo no abre la boca. ¿Cómo puede ser capaz alguien de hacer daño a su propia sangre? Yo no me lo explico. Y aún repetía que él la quería. ¿Cómo la va a querer? Eso no es una forma de amor,

digán lo que digan: ¡eso es una forma de odiar! Menos mal que llegamos a tiempo... No quiero ni pensar qué hubiera podido pasar. —Se santiguaba sin cesar y siguió empachando al resto con leche.

Luis seguía escondiendo su rostro en el pecho de Sonia.

—Hola, campeón. ¿Dejamos descansar a tu madre y te vienes conmigo?

Me miró de reojo unos segundos antes de despegar sus bracitos y refugiarse entre los míos. Me alejé de la multitud con su cuerpo hecho una bola; podía sentir su absoluto terror. Me faltaba el aire, pero tenía que alejarlo de todo aquel ajetreo.

Luis y yo nos sentamos en una de las rocas de la montaña, y Rodrigo se sumó a nosotros. De lejos pude ver cómo entonces Tessa y Sonia se permitían derrumbarse juntas, enjugándose las lágrimas una a la otra; después se abrazaban y se mecían ajenas a cada persona que las rodeaba. Me saqué el llavero del *sheriff* de Playmobil del bolsillo y lo puse entre las manitas de Luis. Se aferró a él.

—¿Sabes qué ha pasado, colega? —Pensé que le debíamos una explicación—. Había un hombre... Un bandido, como esos muñecos con los que jugamos, que quería hacer daño y ha provocado el fuego. Pero entre todos lo hemos apresado y ya no podrá hacerlo más.

—Y a partir de ahora todos estaremos tranquilos, sobre todo tu mamá y tu tía —me ayudó Rodrigo. Imaginé lo que suponía para él decirlo.

No sabía si aquella era la aclaración adecuada..., pero fue lo que nos salió. Luis miró hacia la casa y luego se acurrucó en mi regazo.

Nosotros habíamos hecho lo fácil. Me pregunté cómo le afectaría al niño saber, en el momento que fuera oportuno, que la persona que había tratado de quitarles la vida era su padre. Al menos en lo que a biología se refería.

El aire que conseguía respirar me quemaba el esófago, pensaba que el dolor en el pecho era causado por aquellos pensamientos, pero cada respiración se hacía más difícil que la anterior. Me esforcé por enfocar a Luis, pero me mareé y la vista se me empezó a ensombrecer... como si estuviera a punto de desmayarme.

Menudo bombero perdonavidas estaba hecho.

Ni un asalto duré.

Me desperté en una habitación de hospital, ya con una mascarilla de oxígeno

en mi boca y una pinza en el dedo corazón conectada a un cable. Si me hubieran puesto ese trasto antes lo hubiera detonado a petardazos. Tessa se acurrucaba a mi lado, con otra mascarilla, su mejilla sobre mi cama y los ojos cerrados.

Acaricié su pelo y se sobresaltó.

—Te juro que nunca pensé que fueras a llegar tan lejos..., chica de gasolina. —Las palabras me rasgaban la garganta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y frunció sus labios sonrosados intentando reprimir la emoción, pero fracasó. Se abalanzó sobre mí en un abrazo que apenas le pude devolver, pero acaricié su espalda sin dejar de sonreír.

—¿Estamos todos bien? —Tenía que susurrar, y aun así la tos me perseguía.

—No, estamos preocupados porque has estado casi todo el día dormitando. Nos has dado un susto de muerte... Nunca pensé que llegarías tan lejos para que te hiciera caso. —Imitaba un tono de reproche fingido que no conseguía por el llanto suave contra el que luchaba.

Me hizo gracia. A ella, mis risas, no mucho.

—Ya te dije que haría lo que hiciera falta para que me tuvieras en cuenta.

Me cerró la boca con el beso más tierno que me había dado jamás, presionando sus labios siempre llenos sobre los míos durante segundos eternos. Después me recolocó la mascarilla.

—Tendría que llamar a los médicos... Aunque tus ganas de bromear me dejan más que tranquila.

—No llames a nadie. Estoy bien, quédate conmigo. ¿Todo el día, dices que llevo aquí tirado? ¿Qué hora es? —Mi voz sonaba enronquecida y me arañaba el pecho al proyectarla. Tessa se empeñaba en ponerme el jodido trasto de oxígeno en la boca.

—Deben de ser sobre las cinco de la tarde. Déjate la mascarilla puesta, aún la necesitas.

La levanté unos centímetros.

—Entonces cuéntame qué ha ocurrido, gruñona. —Oculté aquel dolor que seguía presente en mi pecho.

Se tumbó a mi lado envolviéndome el torso con un brazo y descansó su cabeza en mi hombro.

—Te desmayaste por una intoxicación leve por el humo. Te han hecho pruebas y la buena noticia es que no hay daños permanentes en los pulmones,

pero tienes que quedarte en observación. Nosotros teníamos toallas, pero tú...

—¿Dormías arriba? —la interrumpí.

—No. Luis dormía conmigo abajo; me despertó el fuego y subimos para alertar a Sonia y Rodrigo.

Nos miramos durante unos minutos. Ella me acarició el pelo con delicadeza.

—¿Qué ha pasado con Ernesto?

—Nos han dicho que puede caerle tentativa de homicidio múltiple con agravantes, y no sé cuántos cargos más, así que será una condena larga... Los agentes creen que alguien lo pudo avisar de que regresamos, o que ha estado viviendo cerca. Aún lo están investigando. Parece más viable la primera opción, porque él confesó que sabía que tenía un hijo y que mi hermana lo había ocultado, por eso quiso vengarse. Ahora tiene un abogado y se ha desdicho, se ha declarado inocente... Pero bueno, parece que lo tiene jodido.

—No lo suficiente, Tessa. No lo suficiente. Pero al menos todo ha acabado.

Ella asintió, pero seguía mintiendo rematadamente mal, así que supe que era una pose fingida. Imaginé en qué estaría pensando: juicios, exposición mediática, las palabras escurridizas de su sobrino de nuevo en peligro... Quizá no todo acababa. Quizá empezaba.

—¿Sonia y Luis...? —pregunté.

—Están... más tranquilos. Los ha atendido un equipo de psicólogos... Estarán bien. Será duro, pero al menos ahora..., si sale todo como debería, tendremos unos años de calma.

Me pregunté si me incluía en esos años o si aún me quedaban obstáculos que superar. Iba a seguir con mi estrategia para convencerla a piñón fijo. Pero no pude averiguarlo porque una de las enfermeras asomó la cabeza y Tessa aprovechó para informarla de que ya estaba despierto. Salió de la habitación para que la doctora me hiciera unas preguntas y un reconocimiento general, mientras ella iba a informar al resto de cómo me encontraba.

Después de un día entero en aquella habitación empezaba a cogerle el gustillo a todas las atenciones. La noticia de quién era y qué nos había ocurrido se había extendido por la planta, lo que propició un continuo flujo de personal con miles de pretextos que venía para preguntar detalles. Dejé de ser el ex de

la *influencer* para convertirme en *persona* por méritos propios. Mi chica inflamable volvía a sincronizar el movimiento de arquear los ojos con mis narraciones explícitas, especialmente cuando exageraba o aderezaba mis relatos con versos teatrales. La gente alucinaba con la vida que habían tenido que llevar las chicas; al parecer, para muchos la violencia de género aún es algo lejano que solo ocurre en la televisión. Aunque esté mucho más cerca de nosotros de lo que querríamos creer.

La última enfermera acababa de salir.

—¿Cuándo me dan el alta? Me encuentro estupendamente.

Era verdad. Ni rastro del dolor de pecho ni de garganta. El único síntoma visible era la voz un poco más enronquecida de lo habitual, pero no lo suficiente como para no actuar.

—La doctora pasará antes de la comida para verte y decidir qué hacen. Por cierto, ha llamado tu amigo Julián para preguntar si llegáis a tiempo a la función de esta noche.

—Por supuesto. No pienso joderlo todo de nuevo; si no me dan el alta, pediré la voluntaria. Pero para la noche estamos currando, seguro. Estoy de lujo, y todas las pruebas han salido bien.

Tessa se mordió el labio.

—También dice que el caso ha salido esta mañana en la tele y en diarios digitales, en los informativos. Han hablado de ti... Se les ha ido la olla y te han pintado como un ciudadano ejemplar, así que creo que han multiplicado tu buena fama. —Cogió mi teléfono móvil y rebuscó la noticia—. Leo textualmente:

Nuevo caso de violencia machista. En Artigas, aldea de la provincia de Castellón, se ha conocido esta noche un intento de homicidio que ha sido paralizado gracias a la rápida actuación de la población. Al parecer, la mujer, junto a su hijo, se escondía en dicha localización del presunto agresor, que intentó prender fuego al domicilio. Una cadena humana de vecinos socorrió a las víctimas, que se encuentran en perfectas condiciones. El actor Matías Cruz ha resultado herido en el intento de extinción, su pronóstico no es grave. «Se necesita una verdadera cadena humana para erradicar el problema de salud social que supone la violencia de género». Ha opinado Benjamín Ortega, uno de los protagonistas de esta actuación ejemplar.

—No habéis ensayado para nada esas declaraciones, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—En el pasillo del hospital, mientras te hacían mil pruebas.

Me reí.

—Tendrás que venirte a Madrid conmigo, entonces. No sé cómo llevaré lo de detener a los ejércitos de fans, pero con mi chica de mirada invencible al lado... no hay quien me pare. —Ella desvió la vista—. Anoche tu hermana dijo que había decidido vivir con Rodrigo y Luis en la granja. ¿Irás con ellos? ¿No crees que es el momento de... de que todos empecemos nuestro camino? ¿No crees que nos merecemos una oportunidad?

Supongo que dilató la respuesta como venganza.

—Eso creo. Tendré que ir a poner orden por Madrid con mis chicos. Al menos por un tiempo... Visto lo visto, alguien tendrá que avisar a las chicas de que en el fondo eres más canalla que héroe.

La miré buscando indicios de broma en su rostro. Pero sus ojos verdosos se achicaban un poco retándome a contradecirla. A mí me embargó una emoción que mezclaba orgullo y entusiasmo.

—¿Eso significa que ya has rendido tu alma?

—Nunca —paladeó con su lucha a cuestas y esa sonrisa que trataba de reprimir.

—Ya veremos. Tengo toda la vida para vencer esa guerra, cariño.

Tiré de ella para conquistar uno de sus besos..., que interrumpió la enfermera que vino a tomarme la tensión. La misma que intentó echar a Tessa de la habitación porque yo no podía dejar de removerme nervioso, contándole todo lo que tenía pensado para nosotros.

Por supuesto, mi chica se salió con la suya y permaneció en una esquina. Jodida Tessa.

Aunque no lo supiera, ella siempre acababa ganando todas las luchas.

EPÍLOGO

TESSA

*«Para el rito amoroso basta a los amantes la luz de su
belleza;
o, si ciego es el amor, congenia con la noche.
Ven, noche discreta, matrona vestida de negro solemne,
y enséñame a perder el juego que gano».*

(Romeo y Julieta, William Shakespeare)

Cuatro años después

Una vez, un tipo pretencioso, guaperas, con poca vergüenza pero muchos versos, me preguntó por las verdades y mentiras que me pertenecían. Entonces no le contesté, no estaba preparada.

Ahora lo estoy.

Todas estas verdades me pertenecen:

Sigo siendo la chica de gasolina que lo vive todo intensamente, que es incendio un momento, y cenizas al siguiente. Matías entiende mis llamas y sigue avivándolas con versos, respeta mis vestigios y los calma con sonrisas. El hombre que rehuía las batallas ya no existe. La mujer que estaba en plena batalla contra el mundo, tampoco. Juntos no necesitamos ser otros.

El rey de los maleantes tiene razón cuando me recuerda que somos tan imperfectos que somos perfectos el uno para el otro. Él me ha ayudado a entender que las guerras contra las mentiras que uno se cuenta están abocadas a rendirse en los labios ajenos. Yo no le permito esconderse tras su sonrisa cuando no es perfecta, cuando sé que trata de disimularse los miedos, la tristeza o los problemas. Las únicas batallas que luchamos en distinto bando son las que libramos entre nuestras sábanas. Y siguen siendo salvajemente deliciosas.

Otra verdad tan mía como nuestra es que adoro nuestra vida atípica.

Vivimos en el loft de Matías en Vallecas, con Ben. Nuestro amigo ha ocupado la habitación abuhardillada del piso superior, en la que busca su intimidad para navegar por internet. Aunque tanteó algunos talleres de empleo, decidió seguir acompañando a Matías en cada trabajo que este elige, dispuesto a ser uno de los mejores operarios de teatro disponibles.

Matías sigue en su mundo de interpretación. Selecciona mejor cada proyecto y sigue desgarrándose con su traje de poesía y sangre. Se ha formado como director y ha empezado a cumplir su sueño. Cuando llega a casa, la llena de risas, post-its y versos, y cada noche, entre las sábanas, abre uno de sus libros de páginas amarillentas y lo recita en mi oído con esa voz trágica de trasnochador, y sus ojos puestos en mí y no en las letras.

Yo he tenido la oportunidad de finalizar la carrera de Periodismo, y lo hice solo para que Ernesto no se llevara ese logro, para que no hubiera conseguido arrebatármela. Sigo escribiendo, a veces amor, a veces teatro, a veces los dos. Gracias a escribir guiones teatrales puedo vivir humildemente, pero con plena dedicación a las letras. Me ha reconciliado con ellas. Además, me permite, en ocasiones, trabajar con mis chicos.

Estoy disfrutando de vivir en Madrid. Vivir con cobertura. Vivir sin tanto miedo. Vivir pensando en mí. Echo de menos a Luis y Sonia como modo de vida, pero los llamo cada día a la granja, y cuelgo sintiéndome feliz, con la sensación de que aunque quedarme aquí fue una decisión difícil... también fue la más acertada. Todos estamos aprendiendo a andar sin depender.

Y con respecto a las mentiras..., he aprendido a no juzgarlas con doble rasero: entendiendo las mías y condenando las ajenas. Siempre que me encuentro con una, trato de entender su porqué. No las elogio ni me cautivan, pero tampoco las castigo. Todos convivimos con algunas.

Estas son las mentiras que me pertenecen:

Miento cuando me despiertan las pesadillas alguna noche, esas que tienen como protagonistas a mi hermana o mi sobrino, y me levanto a escribir a sabiendas de que después me resulta imposible volver a conciliar el sueño. Miento porque él siempre me pregunta cómo he dormido y le respondo que me despertaron las musas, aunque vea en su expresión que sabe la verdad. Y lo quiero más si cabe, porque entonces siempre me abraza en silencio y me obliga a reír con alguna de sus tonterías.

Me miento a mí misma cuando me digo que soy optimista respecto al futuro una vez Ernesto haya cumplido su pena, y lo hago porque es la mentira que necesito para seguir hacia delante. Así que está bien.

No miento cuando afirmo que mi vida no es ideal, ninguna lo es, pero en ella siempre encuentro las fuerzas para seguir riendo, amando, luchando.

Y lo cierto es que también hay mentiras que nos siguen venciendo sonrisas. Como cuando miento contra sus labios afirmando que no espero sus besos, a pesar de que me derrita por ellos. O cuando finjo indolencia ante sus ronroneos, aunque mi piel sea prisionera de cada una de sus caricias.

Cierro el cuaderno de inspiración en el que anoto todas esas reflexiones que quiero trasladar a los últimos capítulos del guion en el que trabajo actualmente y salgo de mi despacho. Ben y Matías preparan las bolsas para el trabajo tirándose las cosas desde la barra de la cocina al sofá.

—¿Ya has salido de tu cascarón, Brontë? —Me enlaza la cintura y me besa como si hubiese estado encerrada media vida. Ya me he acostumbrado a estas muestras efusivas de cariño cada día, así que no me sorprenden.

—Sí. ¿Queréis que os acompañe antes al teatro?

—Ni de coña. Tú espera a la tropa aquí y ven con todos a la hora de la función. Descansa. Y si quieres inspirar a tu chico desde la platea, ponte un vestido rojo con los labios del mismo color. Mmm... —Hunde la cabeza en mi cuello y va dejando besos húmedos hasta que logro deshacerme de él entre risas.

—Te desconcentrarás y se te olvidará el papel.

—Prueba —me desafía.

—Yo qui-quiero irme antes. Solo.

Matías y yo compartimos una mirada recelosa, pero asentimos. Ben está conquistando poco a poco más autonomía en la ciudad. Empezó saliendo a comprar solo por el nuestro barrio, y últimamente se atreve con más retos. Nosotros nos conocemos la teoría: lo necesario y beneficioso que es para él y bla, bla, bla. Pero nos sigue dejando preocupados cada uno de sus pasos independientes.

Mi amigo me da un abrazo de oso de los suyos e intercambia el saludo chulesco con Matías, ese toque de cejas con el dedo índice y corazón en la frente, como los tipos duros que no son.

—Hoy tampoco quiere venirse conmigo —se queja mi rey de los tunantes preferido.

Ambos contemplamos la puerta del piso con cierta preocupación, como dos padres asumiendo un nido vacío.

—Llegará bien.

Él asiente, pensativo.

—Hablando de llegar, ¿sobre qué hora te han dicho que estarán aquí? ¿Cuál es el plan?

Hoy es un día especial...: el primer estreno de Matías como director de teatro con una obra escrita por mí. Lleva semanas más agitado, amoroso, entusiasmado, intranquilo, exultante y desequilibrado de lo que es habitual en él. Y ya es difícil. Al estreno hay que sumar que hemos invitado a mi hermana y su recién estrenado marido, a Luis, a Oti y al pequeño Rodrigo júnior (con apenas dieciocho meses) al gran estreno.

—En un ratito estarán aquí. Comeremos por el centro y, ya que me has dicho que no os hago falta, daremos una vuelta por las tiendas y volveremos para cambiarnos y acicalarnos. Acudiremos sobre las ocho.

—Mejor a las nueve; no quiero que vengas antes y empieces a ponerme nervioso con tu presencia. Hoy... tiene que estar todo controlado. —Asiento. Parece mentira que este hombre atacado sea el tipo indolente al que conocí—. Perfecto. Y dime, ¿cómo va nuestra historia? ¿Ya tiene punto y final... literario?

—No, estoy casi en el epílogo. Aunque te confieso que me gustaría esperar para contar un poco más. Me duele cerrarla... Creo que estoy procrastinando por eso.

—Lo que digas; tú eres la jefa, aunque me muero por leerla. Más te vale haberme dejado bien en ella, Brontë, porque si no te juro que elegiré a la peor actriz que haya para representarte a ti.

Me río contra su boca. El nuevo guion teatral que estoy escribiendo relata nuestra historia, o mejor, muchas historias junto a la nuestra: la historia de amor de la chica incendiaria y el pirómano emocional; la de la mujer que se escondía tras su melena pelirroja y el hombre que hablaba sin los labios; la historia de superación del chico que había hecho un pacto con el silencio, y del hombre que fingía tener un trabajo porque no le daban la oportunidad de obtenerlo decentemente.

—He reflejado tu versión original, con todas tus cadencias y variaciones, cariño, tal y como tú me enseñaste. Pero no te creas que no te voy a retratar como el caradura que eres de vez en cuando.

—Vas a obviar el momento del desmayo tras el incendio, ¿verdad?

—No. Ya sabemos que eres el antihéroe romántico.

—Vas a arruinar mi imagen, Miss Cinismo.

—Me remito a los hechos...

—¿Suavizarás el tema de Sonia? ¿Cambiarás ese final?

Ha endurecido la voz. Suspiro y reflexiono bien su propuesta antes de responderle. No niego que no se me ha pasado por la cabeza hacerlo, pero si de algo va también esta historia es de mentiras que pueden hacer daño. Y mentir con finales extremadamente felices puede hacerlo. Así que he contado la verdad: que pasar por el juicio fue un calvario dentro de otro calvario para mi hermana y que Ernesto fue declarado culpable de todos los cargos. La investigación reveló que un vecino de uno de los pueblos aledaños, que frecuentaba el bar de Tino, fue quien comunicó a Ernesto nuestra llegada y la existencia de Luis. No supo realmente el riesgo que representaba, como otras tantas veces ocurre.

A través de mis letras quiero contar que, a pesar de todo ello, el tormento nunca finaliza para las mujeres que, como mi hermana, sufren maltrato. Que ella tuvo suerte. Pero la suerte no debería ser el factor protector en estos casos. Que para mi sobrino ha sido muy difícil aceptar que su padre biológico representa un peligro para su madre y para él. Afortunadamente, ahora tiene una figura paterna al lado que lo quiere incondicionalmente. Tanto como sus tíos y su *abu*. Luis y Sonia ahora son felices porque quieren serlo, porque se esfuerzan. Es duro tener que esforzarse para ser feliz. Evitar vivir con un ojo puesto en el futuro, temiendo el día en que él empiece a recibir permisos penitenciarios. Esperemos que, para entonces, la justicia lo sea para ellas.

Las dos hemos enmendado errores pasados, estamos inscritas en asociaciones para lograr más fuerza entre todas: más medidas de protección, más inmediatez, más premura en los juicios, más unidades de valoración forense con horario de guardia, más protección para los hijos. Más.

Eso es lo que me pregunta Matías, si voy a escribir otro final, uno más dulce para el público.

—No. Me remitiré a lo que sucedió. No es un final perfecto, pero es nuestro final. Por ella, y por las que no han tenido su suerte. Lo que sí haré es destacar que tenemos ganas de pelear lo que venga, y que ahora sabemos cómo.

«Aún nos quedan luchas. Siempre nos quedarán luchas».

—Esa es mi chica... Estoy orgulloso de ti.

—Y yo de ti, señor director.

Hunde la mano en su pelo eternamente despeinado en un gesto que delata su nerviosismo.

—Hablando de eso..., tengo que irme ya.

—¿Tan pronto?

—Sí. Hoy quiero que salga todo perfecto. Te veo en el teatro, cariño. Pasadlo bien... —Me besa y hace el amago de irse. Pero regresa para besarme de nuevo encarcelando mi rostro entre sus manos, como si tuviera que retenerme—. Te quiero.

—Y yo.

—Recuérdalo —dice señalándome con el dedo y guiñándome un ojo.

El día por Madrid con la tropa al completo ha sido todo lo pintoresco que pensé que podría llegar a ser. Y feliz, también ha sido tan rematadamente feliz como imaginé. Mi pequeño Luis, que ya es casi un hombrecito, y que no habla mucho pero sí lo suficiente, nos ha arrastrado por todas las tiendas de juguetes para coleccionistas buscando los muñecos de Playmobil que le faltan. ¿A quién se le ocurriría regalarle el primero? Los colecciona y mima como si cada uno de ellos tuviera una vida por contar. Mi hermana me dice que lo ha pillado más de una vez interpretando voces e historias en el silencio de su habitación, en secreto. Matías asevera que «su sobrino» va a seguir sus pasos, que se transforma cuando interpreta. Nadie sabe por qué lo tiene tan claro; esos dos mantienen un vínculo que traspasa miradas.

Oti se ha quejado de sus piernas durante todo el día, escogiendo para descansar los escaparates de tiendas de labores y utensilios de cocina. Le hemos comprado todos los que deseaba para conseguir despegarla de las vitrinas. Rodrigo babeaba con Rodrigo júnior en los brazos. El pequeñajo tiene los ojos azules y el cabello rubio trigo como su padre. Por lo que sé, él tampoco consigue alterar al jefe granjero.

Sonia y yo no hemos dejado de sonreír cogidas del brazo, recuperando el tacto perdido. Siempre que viene de visita hay algún momento en el que nos descubrimos contemplando nuestro alrededor, sorprendidas, como si nos pareciera mentira poder patearnos cualquier calle a rostro descubierto.

Las calles de la capital los han secuestrado tanto esta vez que casi llegamos tarde al estreno. Matías ha tenido que llamarnos para regañarnos un poco.

Todos disfrutan de la obra. Otilia ha informado a todas las filas adyacentes de que su hijo es el encargado del decorado; Rodrigo júnior se ha quedado

entre bambalinas con el tío Ben; Luis desliza sus ojos por el escenario con clara admiración; Sonia mantiene su mano engarzada a la mía, y Rodrigo no se ha vuelto ni tres veces para mirar a su mujer, todo un elogio para la representación viniendo de él. Ellos aún lo desconocen, pero algún día se sentarán en este teatro y alguien los representará a ellos, andará sus pasos y contará nuestra historia.

Matías, que además de director interpreta uno de los papeles secundarios, sale al escenario y lo llena con su presencia, aunque jamás se lo confesaré. El final logra poner en pie a parte del público, y yo respiro tranquila, porque después de tanto esfuerzo y tanto bache, él se lo merece.

El telón se levanta para dar paso a los saludos de los actores..., pero nos sorprende a todos ver a Matías solo. Las tablas del escenario están llenas de *post-its* de colores. Se me corta la respiración.

—Buenas noches a todos. En primer lugar, agradecerles que estén aquí en un día tan importante para mí. Mis compañeros saldrán pronto, pero me han brindado este espacio para compartir con ustedes el momento más jodido de mi vida..., porque necesito mucha ayuda para conseguir lo que pretendo con la rebelde de mi chica. Tessa, cariño, te voy a pedir que subas al escenario...

Niego con rapidez. Creo que mi cabeza había empezado a hacerlo cuando he anticipado lo que va a hacer este maldito loco. Aquí. No quiero escuchar los susurros apremiantes de Oti, Luis, Rodrigo y mi hermana; me niego a hacerles caso.

—Pensé que eras más valiente —me dice con esa sonrisita canalla, micrófono en mano.

Me hago a la idea de que es absurdo posponerlo más y aumentar con ello la curiosidad, así que subo junto a él. Y me esfuerzo por expresar con mi mirada todos los instintos que me acaba de despertar y todas las formas en las que quiero hacerle pagar por esto.

Del público me llegan algunos susurros emocionados, hipidos de emoción y miradas cursis que sé que a él deben de encantarle. Según me voy acercando aumenta el alcance de su sonrisa.

—El escenario está lleno de notas con los motivos por los que deberías decirme que no: soy un atolondrado; reflexionar se me da de puta pena; inadecuado la mayor parte del tiempo; voy a aburrirte con versos y teatro; no soy un rubio de ojos verdes, y nunca me teñiré; no puedo filtrar ideas malignas, ni evitar ser un pretencioso; suelo salirme con la mía... Podría seguir toda la noche enumerando cada una de las mierdas que ya conoces de

mí. Y aun así te desafío a que me digas que sí, por un único motivo: te quiero con locura, y sé quererte bien. —Me mira con esos ojos oscuros de príncipe de las tinieblas y se arrodilla frente a mí—. Quédate conmigo, siempre.

Cierro los ojos. Suspiro. Me río.

—Te odio por hacerme pasar por esto.

—Te prometo que no será la última vez que me odies.

—A mí no me amenes —susurro bajito para que nadie más pueda escucharnos.

Me regala una sonrisa calavera de las suyas, se levanta y me agarra suavemente de la nuca para acercarme hasta sus labios y darme un beso que me hubiera convencido de no haberlo tenido claro.

—¡Ha dicho que sí! —anuncia al público con su habitual arte para disfrazar verdades, y la gente rompe en aplausos efusivos. Matías está disfrutando y musita en mi oído—: Sigues mintiendo de puta pena, cariño.

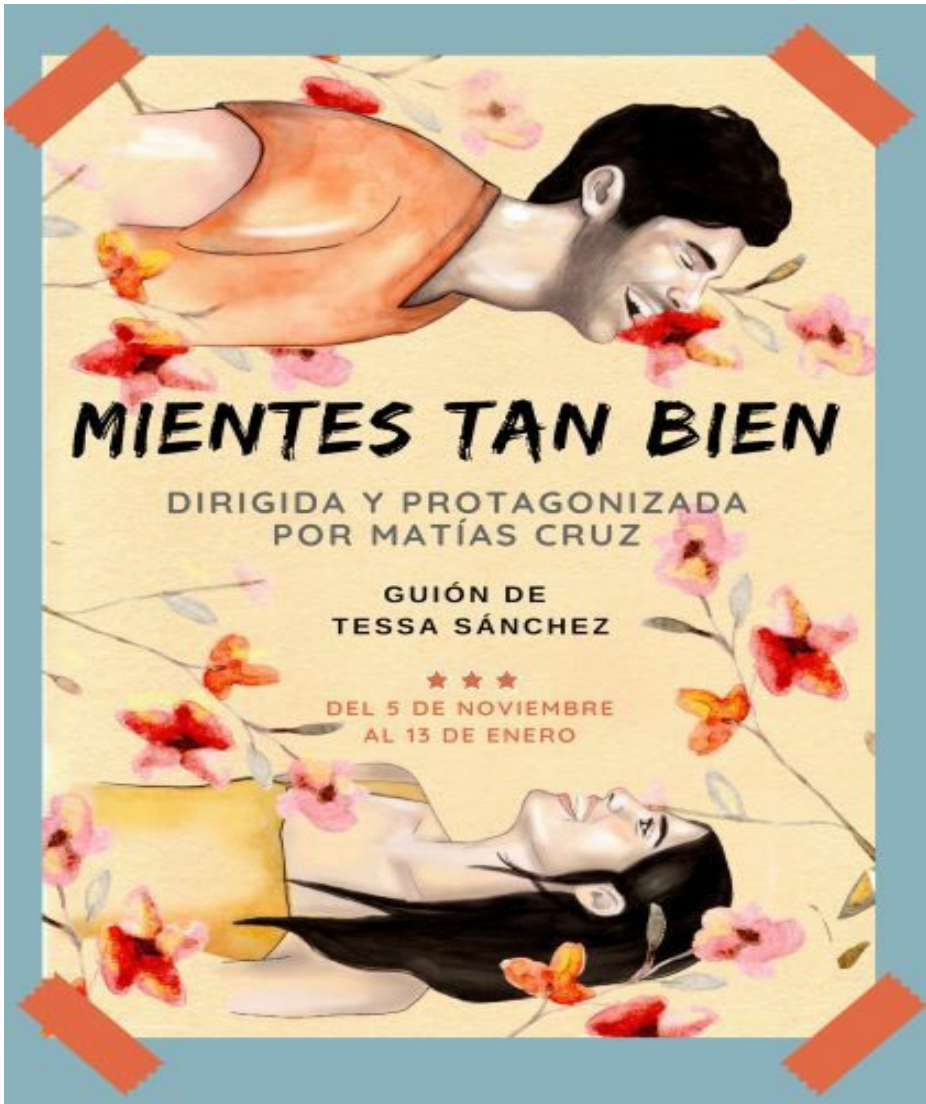
—Ah, pero tú mientes tan bien...

—Todo esto significa que sí en nuestro idioma, serás la mujer de este canalla, ¿verdad?

—Verdad.

«Actuar es encontrar la verdad. Algunas verdades son más importantes que otras. Algunas verdades resuenan y otras son solamente conceptos intelectuales. Actuar bien es encontrar una verdad total e intelectualmente inspirada, algo personal y trascendental que nos conmueve».

(Kevin Kline)



MIENTES TAN BIEN

DIRIGIDA Y PROTAGONIZADA
POR MATÍAS CRUZ

GUIÓN DE
TESSA SÁNCHEZ

★ ★ ★
DEL 5 DE NOVIEMBRE
AL 13 DE ENERO

APÉNDICE

EXTRACTO DEL ÚLTIMO ACTO DE LA OBRA

CUADRO I

(Terraza de una casa rural en Artigas, que conecta con la montaña. En el centro una mesa larga bajo un porche de madera. El sol se cuele entre las vides y la enredadera. A la derecha entre dos árboles, una hamaca de cuerda blanca, rocas, vegetación... A la izquierda la puerta que conecta con la casa.)

Al levantarse el telón está la escena sola. La acción empieza a las cinco de la tarde de un 4 de agosto. LUIS entra con un walkie-talkie y se coloca en lo alto de una de las rocas, mirando a través de unos prismáticos.)

LUIS.—*(Hablando a través del walkie-talkie.)* Coche negro a la vista, repito, coche negro a la vista. Corto y cambio.

RODRIGO JR.—*(Entrando a escena entusiasmado.)* ¿Son ellos?

LUIS.—¿Rodri! Tienes que contestarme por el teléfono.

RODRIGO JR.—*(Marchándose y hablando por el walkie-talkie.)* Recibido. ¿Son ellos?

LUIS.—Afirmativo. Son los tíos. Aparcando en la replaceta, repito, aparcando en la replaceta.

RODRIGO JR.—¡¡¡Ya están aquí!!! *(Entrando, gritando y colocándose al lado de su hermano de puntillas para divisar de lejos.)*

Salen a escena OTI, RODRIGO Y SONIA.

SONIA.—¡Dios mío! ¡Qué grande veo a Fede! Pero si tan solo hace un mes que no lo veo y me parece que ya ha crecido.

(BEN, MATÍAS, TESSA y FEDE deben aparecer por la pasarela del teatro, caminando entre el público. MATÍAS Y TESSA cargados con maletas. BEN avanzando lentamente con el pequeño FEDE, de tres años de edad, de la mano.)

OTI.—*(Emocionada.)* Ay, sí. Mira cómo mi Ben lo intenta coger de la mano. Tiene razón Tessa, cada día se parece más a su padre con esos ojos oscuros de gitano y el pelo siempre revuelto.

SONIA.—Bueno, pero yo le veo los labios de mi hermana. De nariz para

abajo es de ella.

RODRIGO.—¿Qué más dará?

OTI.—¡Ah! Pues bien orgulloso dices por el pueblo que Rodrigo se parece a ti.

SONIA.—(*Sonriéndole a su marido.*) Pero tiene mi carácter.

MATÍAS.—(*Ya sobre el escenario.*) ¡¡¡Familia!!! ¡¡¡Espero que estéis todos preparados para las noches de teatro, porque venimos a tope!!!

TESSA.—¡Hola a todos! Di «hola», Fede.

(*El pequeño, vergonzoso, se tira a los brazos de su madre. Se niega a saludar. Todos ríen, se abrazan y se saludan con evidente alegría y cariño.*)

MATÍAS.—¿De quiénes son todos esos coches que hay en la replaceta? Cada vez que venimos hay más.

RODRIGO.—Se han vendido tres casas más. Parece que tu boda y tu presencia por aquí han ayudado a poner Artigas en los mapas... En invierno somos los de siempre, pero en verano se multiplican.

MATÍAS.—Lo que faltaba, yo que venía por aquí a desconectar... (*Cruzando una mirada con TESSA.*)

OTI.—(*Dirigiéndose a BEN.*) ¡Pero qué guapo estás, hijo! ¡Qué bien te sienta la capital! ¡Cada día estás más moderno!

BEN.—Sí, pe-pe-pero ya tenía ganas de pasar este mes a-aquí, mamá.

TESSA.—¿Y los niños?

LUIS.—(*Saltando de la roca y acercándose a su tía con timidez.*) Aquí.

TESSA.—Bueno..., niños por decir algo. ¡Cariño! (*Abrazando a su sobrino mayor.*)

MATÍAS.—Siempre igual, no ahogues al chico que es mi turno. Déjame que te vea... (*Silba.*) Tú en nuestra cama no cabes ya, tío. Olvídate de dormir entre nosotros.

SONIA.—¡Matías! Hace años que no lo hace, has hecho que se sonroje.

MATÍAS.—Espero que hayas ensayado mucho, porque si estás preparado, las próximas vacaciones de Navidad actuarás como secundario en una de mis obras.

LUIS.—¿En serio?

MATÍAS.—¿Crees que bromeo con estas cosas?

LUIS.—Tío, tú bromeas con todo.

(*Todos ríen.*)

OTI.—Bien dicho.

MATÍAS.—Hay que joderse, pues esta vez va en serio.

TESSA.—(*Haciendo como que busca a RODRIGO JÚNIOR, que se ha quedado escondido tras su padre.*) ¡Aquí está mi pequeño granjero! ¡Me han dicho que ayudas un montón a tu papá con las gallinas...!

RODRIGO.—Bueno..., ayudar, ayudar... Cuando entra al gallinero las estresa tanto que perdemos la mitad de los huevos. Me recuerda a alguien que tú y yo sabemos...

SONIA.—¡Qué mayor está Fede! Me moría por verte, cielo. ¿Le das un besito a la tía?

FEDE.—No.

TESSA.—¡Pero si llevas todo el viaje preguntando por ellos! Venga, amor, dales un besito a cada uno y luego puedes ir a jugar con tus primos.

(*El niño accede y después sale corriendo tras RODRIGO JÚNIOR. Los dos salen de escena por la parte del escenario que representa la montaña.*)

MATÍAS.—(*Murmurando y mirando hacia allí.*) Ha salido borde como su madre...

OTI.—¡Matías! No empieces a provocarla.

TESSA.—Mentira, el niño es un cielo, pero lleva todo el viaje aguantando al pesado de su padre. Es normal que después se rebote un poco.

OTI.—(*Azorada.*) Haya paz, venga, que hoy es vuestro aniversario de boda... Así que ¡felicidades!

MATÍAS.—Eso, Miss Simpatía: muy pesado, muy pesado, pero hace cuatro años que delante de toda la aldea me dijiste: «SÍ, QUIERO».

SONIA.—¡Cuatro años ya! Qué rápido pasa el tiempo ahora.

OTI.—Uy, pero me acuerdo como si fuera ayer. Ella llegando con el vestido corto y los botines esos calados...

MATÍAS.—(*Mirándola amoroso.*) Los labios rojos y sus ojos invencibles.

TESSA.—Dejadlo ya.

OTI.—¿No tienes noticias que darnos? ¿Daréis un hermanito a Fede? Mejor una chica, que parece que solo sepáis hacer pililas.

TESSA.—No, yo ya me he plantado: los tres que tengo en casa ya me dan bastante guerra.

MATÍAS.—Anda, anda. Si estás como una reina con nosotros.

OTI.—(*Conciliadora.*) Ven, Tessa, y te muestro cómo te hemos dejado la casa. ¡Qué bien hicisteis en comprarla a los Bernal! Ahora sí que está

acondicionada como Dios manda.

(Salen de escena SONIA, TESSA Y OTI por la parte del escenario que representa la entrada a la casa. LUIS también, sin separarse de su tía.)

MATÍAS.—Cuñado, necesito un favor.

BEN.—Ya-ya empieza.

RODRIGO.—Dime.

MATÍAS.—Tu sobrino está como un loco por volver a la granja con sus primos. Así que he pensado que esta noche podría quedarse con vosotros. El colecho es precioso, pero un asesino de mi vida sexual, y para hoy tengo pensada una sorpresa de celebración.

RODRIGO.—Claro, Sonia se va a poner loca de contenta si nos quedamos a Fede. ¿Qué has organizado?

MATÍAS.—*(Mostrándole los walkie-talkies con los que jugaban los niños.)* Se me acaba de ocurrir, pero esas son mis mejores ideas: primero jugaremos al escondite por el monte con estos trastos, ya sabes... frío-frío, caliente-caliente. Y cuando la atrape...

RODRIGO.—Vale, ya me imagino.

MATÍAS.—Pues eso, y una hamaca perdida por la montaña. Unas velas. Una manta. Y mucho teatro.

BEN.—¡No se puede en-encender fuego hasta octubre, Matías!

RODRIGO.—Olvídate de las velas..., coge mi linterna.

MATÍAS.—Tenéis razón.

RODRIGO.—Y a cambio, el sábado te quedas tú a Luis y Rodrigo júnior.

MATÍAS.—Hecho. No sé si te has dado cuenta, pero en cuanto empecemos por las noches con el teatro de títeres y las lecturas dramatizadas, no van a querer volver a dormir en tu casa.

BEN.—Pe-pero seguro que por las mañanas qui-quieren ir a ordeñar las vacas.

RODRIGO.—Menudo verano nos espera...

TELÓN

CUADRO II

(La escena representa la misma terraza de la casa. TESSA Y MATÍAS se mecen en la hamaca, abrazados. Entre sus brazos descansa FEDE. La acción empieza a las diez de la noche del día 6 de agosto, y no se sabe cuándo acabará...)

MATÍAS.—*(Besa a TESSA en la sien.)* ¿Duerme?

TESSA.—Aún no... Fede, vida, ¿quieres que el papá te cuente un cuento de los suyos para dormirte?

FEDE.—Sííí.

MATÍAS.—¿No le tocaba hoy a mamá?

TESSA Y FEDE.—Nooo.

TESSA.—Anoche ya lo contó mamá, ¿verdad, amor? No nos dejaremos engañar por papá.

(Todos ríen.)

MATÍAS.—Érase una vez, en un pueblo escondido y cercano, una mujer dragón que cuidaba y protegía a sus gentes. Un buen día llegó a la aldea un príncipe oscuro tremendamente guapo y listo, aunque estaba en apuros.

FEDE.—¿En apuros?

TESSA.—En problemas.

MATÍAS.—Exacto. Total, que el príncipe oscuro...

TESSA.—Yo creo que no era tan guapo como dice papá.

FEDE.—¿Era malo?

MATÍAS.—¿Qué va...! Pero si era un buenazo. *(Dirigiéndose a su mujer.)* Además, cariño, recuerdo perfectamente que el príncipe era el más guapo de los reinos.

TESSA *tose riendo.*

MATÍAS.—Como iba diciendo, al príncipe le sorprendió mucho encontrarse a una mujer dragón.

FEDE.—¿Tenía alas y echaba fuego?

MATÍAS.—Pues eso es lo que quería contarte si los dos dejáis de interrumpirme *(les hace cosquillas)*. La mujer dragón era preciosa y muy valiente, tanto que el príncipe oscuro fue enamorándose perdidamente, pero ella también estaba en apuros: tenía las alas rotas.

(Se van apagando lentamente las luces del escenario, sumiéndolo progresivamente en la oscuridad. Las voces también bajan de volumen paulatinamente.)

FEDE.—¿Por qué?

MATÍAS.—¿Por qué, mamá?

TESSA.—Creo que era porque le habían hecho daño, y las tenía llenas de pupas.

MATÍAS.—Aun así, era tan valerosa que echaba chispas por los ojos y fuego entre sus labios. Pero al príncipe oscuro aquello no le dio miedo. Así que él hizo todo lo posible para conquistarla. Cada noche acudía a su guarida para leerle, y así se enamoraron, pero...

FEDE.—(*Sorprendido.*)¿Una dragona y un príncipe? ¿De verdad?

MATÍAS.—Claro que sí. No es lo normal, pero puede ocurrir. Además, papá siempre te dice que lo normal no siempre es lo deseable. Algún día lo entenderás. (*Susurrando.*) No se lo digas a nadie, pero lo sé a ciencia cierta, porque esta historia está llena de verdades...

TELÓN LENTO

AGRADECIMIENTOS

Si pienso en agradecer, los primeros que me vienen a la cabeza son **los de siempre, mi gente**. Los pocos que saben que me dedico a esta aventura y que comparten conmigo el secreto, la ilusión y las confidencias.

El primero es ÉL, mi compañero de vida. MILLONES DE GRACIAS...

Por acompañarme desde hace doce años en todas mis batallas y no titubear en ninguna de ellas. Por hacerme sentir invencible desde el primer momento en el que nuestras miradas se cruzaron. Por alegrarte tan fuerte cuando me abalanzo sobre tus brazos después de escribir una escena importante. Por inspirarme con tus gestos tiernos, con tu amor sano, tu humor y generosidad. Por apoyarme mientras alcanzo mis sueños, por darles tanto valor y no desalentarte en los tuyos. Aprovecharé estas páginas que permanecerán para gritarte con tinta lo ORGULLOSA que estoy de ti: de tu lucha incesante, de todo lo que has conseguido; de lo que das cada día a todos, como persona y como profesional. Millones de gracias por ser y estar.

A mi HERMANA, que siempre es la primera en leerme, el apoyo más firme y la lectora más sincera (también la crítica más feroz). Pero todo eso es lo que menos importa. Aquí viene lo mejor, MILLONES DE GRACIAS... por inspirarme desde que naciste en el amor más puro entre dos hermanas. Por teñir mi vida de dulzura y ternura, por ser la protagonista principal de mi infancia y continuar siendo mi mejor compañera de vida ahora. Por saber estar cuando más te he necesitado, con tu mirada limpia y tu nobleza.

A mis PADRES, ellos ya lo saben, porque casi día les repito cómo les quiero y cómo les agradezco que nos hayan educado en la ternura, en la diferencia y nos sigan cobijando día a día.

A mis AMIGAS Y AMIGOS. Os debo el agradecimiento de lo que hicisteis por mí tras la publicación del primero. Por las miles de celebraciones que hicimos, la tarta y la sorpresa, por cada audio que me enviasteis mientras leíais el libro y que alborotaban nuestras risas, por intentar recomendarme, aunque yo os prohibiera que lo hicierais para poder seguir bajo seudónimo. Por ser deliciosamente atípicos.

A mi CUÑADO que es el mejor ingeniero informático del mundo (y el más paciente con todas mis peticiones). Gracias, además, por querer bonito a mi hermana.

A pesar de que soy muy *mía* (¿desde cuándo lo normal es deseable?), de que me aburren soberanamente las redes sociales y de que he aprendido de la vida a no tomar nada muy en serio, ha habido personas que me han abierto los brazos en este mundo de letras. MUCHAS GRACIAS...

A Érika Gael, que abrazó esta historia desde sus inicios con su característico entusiasmo y profesionalidad. Érika: estaría mintiendo si no sintiera esta historia un poco mía, un poco tuya y muy de ellos, de los protagonistas. Gracias por guiarme, por transmitirme tanto, por exigirme siempre mucho más... incluso cuando yo pensaba que no era capaz. Gracias por cobijarme entre tu sabiduría. Ojalá nadie te busque ahora mismo en Google para hacer tu taller personalizado de novela romántica, ni para leer tus libros, y así tenerte para mí sola (en qué mal bicho egoísta me has convertido, ¿eh?). Gracias, de corazón, por tanto.

A SUSANNA HERRERO. Por defender con tanto cariño esta novela. Por su luz transparente. Por transformar cada charla en una explosión de ilusión. Por su generosidad y franqueza. Por hacer fácil este camino: me siento muy afortunada por caminarlo a tu lado.

A ALEJANDRA BENEYTO, por los ratos de risas y confianzas. Por las inyecciones de ánimo después de ser lectora cero de esta historia. Por la ternura con la que me acompaña en la distancia desde que anduviera mis primeros pasos.

A ABRIL CAMINO, por estar siempre ahí. Por compartir la emoción de este proyecto. Por maquetarlo con tanto mimo, por no soltarme nunca de la mano.

A TODAS LAS COMPAÑERAS que me han dado apoyo y calidez sin apenas conocerme y de forma desinteresada. Reconstruís cada desengaño de este mundillo con vuestras sonrisas virtuales.

A TODAS LAS LECTORAS que le han dado la oportunidad a alguna de mis historias. Y especialmente a las que me escribieron con cariño para compartirlo conmigo por cualquiera de las vías: vuestras palabras fueron la gasolina que impulsó este libro. GRACIAS INFINITAS.

SOBRE LA AUTORA

Soy Audrey Ferrer y amo los libros. Desde muy pequeña he disfrutado perdiéndome entre las historias escritas, encerrándome en habitaciones para que nadie me molestara o incluso comprándome pequeñas linternas para poder leer bajo el edredón cuando las páginas me atrapaban hasta horas intempestivas. Cuando mi imaginación se desbordaba, autopublicaba libros infantiles con portada de cartulina, ilustraciones a color y personajes que, incomprensiblemente, se parecían mucho a mis compañeros de clase.

En la actualidad, me refugio en otros mundos para encontrar pedacitos de mí misma en ellos, siempre que el ajetreo de mi vida me lo permite.

En octubre de 2017 autopubliqué en Amazon mi primera novela romántica contemporánea: *[Nuestros mejores momentos](#)*. *Mientes tan bien* es mi segundo proyecto (noviembre 2018).

Si quieres saber más sobre mí, te invito a que me sigas en el [blog](#) u otras redes sociales: [Instagram](#), [Twitter](#) y [Facebook](#).

^[i] *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.

^[ii] Referencia a versos de *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.

^[iii] *Bodas de sangre*, Federico García Lorca.

^[iv] *Bodas de sangre*, Federico García Lorca.

^[v] Referencia al protagonista de *La vida es sueño*, Calderón de la Barca.

^[vi] Versión de *El público*, Federico García Lorca.